
MISTERIO
EN LA VILLA
DE LOS ACEBOS
Enid Blyton

En esta aventura, los Cinco Pesquisidores y el Perro tienen que descubrir quien se encuentra detrás del robo del dinero de un anciano que vive solo en una villa. La única compañía que disfruta el viejo es la de su nieta que lo va a visitar cada día.



Enid Blyton

Misterio en la Villa de los Acebos

Colección Misterio 11

ePub r1.0
gimli 09.02.14

Título original: *The Mystery of Holly Lane*
Enid Blyton, 1953
Traducción: María Dolores Raich Ullan
Ilustraciones: Treyer Evans
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Preámbulo

Nuestros amigos investigadores Fatty, Larry, Daisy, Pip, Bets y «Buster», el perrito, nos deleitan en este undécimo libro con otro de sus interesantes «MISTERIOS».

Ya nos son familiares sus desvelos para resolver siempre favorablemente los raros casos en que intervienen y cada nuevo libro nos apasiona tanto como los ya publicados que son:

Misterio de la villa incendiada
Misterio del gato desaparecido
Misterio en la casa deshabitada
Misterio de los anónimos
Misterio del collar desaparecido
Misterio en la casa escondida
Misterio del gato comediante
Misterio del ladrón invisible
Misterio del príncipe desaparecido
Misterio del extraño hatillo

Estoy segura que la presente obra os gustará tanto como las anteriores

ENID BLYTON

Capítulo primero

A recibir a Fatty

—¡Oye, Bets! —reconvino la señora Hilton—. ¡No te tragues las gachas así! ¿A qué vienen esas prisas?

—Verás, mamá —justificóse Bets—. Tengo que ir a esperar a Fatty a la estación esta mañana. ¿Olvidas que regresa a casa hoy?

—Pero no llegará hasta media mañana, ¿no es eso? —repuso su madre—. Hay tiempo de sobra. Conque haz el favor de no tragar así.

—Supongo que Bets quiere ir a poner una alfombra encarnada y alquilar una banda para dar la bienvenida a Fatty con todos los honores —bromeó Pip, el hermano de la niña, con una sonrisa—. Por eso tienes tanta prisa, ¿verdad Bets? Debes ir a contratar la banda y cerciorarte de que todos los instrumentos están relucientes y bruñidos.

—No seas «bobo» —gruñó Bes, enojada, tratando de darle una patada por debajo de la mesa.

Pero como el muchacho ágilmente apartó las piernas, Bets dio sin querer en un tobillo de su padre. Naturalmente, éste bajó al punto el periódico que estaba leyendo y miró a la chiquilla con expresión incendiaria.

—Lo siento, papá —disculpóse Bets—. Perdóname. Esa patada era para Pip. Créeme que lo…

—Como sigáis portándoos de este modo a la hora de desayunaros, os echaré a los dos del comedor —amenazó el señor Hilton, levantando de nuevo el periódico para apoyarlo en la gran jarra de leche.

Por espacio de unos instantes reinó un silencio sepulcral sólo

quebrado por el rumor de las cucharas en las escudillas llenas de gachas de leche y avena.

—¿Vais a ir los dos a recibir a Fatty? —preguntó al fin la señora Hilton.

—Sí —respondió Bets, satisfecha de que su madre se hubiera decidido a quebrar aquel embarazoso silencio—. Pero antes quiero pasar a recoger a «Buster». Fatty me pidió que lo hiciera. Por eso tengo tanta prisa.

—Apuesto a que te propones dar un baño al amigo «Buster», y luego sacarlo, cepillarlo y atarle una cinta roja al cuello —suspiró Pip—. Y, claro está, eso te llevará media mañana. ¿Piensas ponerte tu mejor vestido para ir a recibir a Fatty, Bets?

—Estás horrible esta mañana —lamentóse Bets, casi llorosa—. Pensé que tú también te alegrarías de la venida de Fatty. Ha sido una lástima que en su colegio hayan terminado las clases después de Pascua en lugar de antes, como en el nuestro. Eso significa que nosotros tendremos que volver a la escuela antes que él.

—Sí —convino Pip, cesando de chinchar a su hermana—. Es una solemne majadería que unos colegios terminen el trimestre antes de Pascua y otros después. Yo también espero ir a recibir a Fatty y te acompañaré a buscar a «Buster». Hasta es posible que te ayude a bañarlo.

—Sabes perfectamente que no tengo «intención» de bañarlo —replicó Bets—. Oye, Pip, ¿crees que Fatty vendrá disfrazado para gastarnos una broma?

—Confío en que no os metáis en otro lío estas vacaciones —refunfuñó el señor Hilton, interviniendo de nuevo en la conversación—. Ya empiezo a cansarme de que ese gordinflón de policía, el señor Goon, venga por aquí a quejarse de vosotros. Y el caso es que en cuanto aparece en escena vuestro amigo Federico, siempre ocurre algo.

—Desde luego, pero Fatty no puede impedirlo —repuso Bets, lentamente—. Los misterios «siguen» sucediendo, papá. Nadie puede evitarlos. Los periódicos vienen llenos.

—Pero vosotros no tenéis ninguna necesidad de mezclaros en tantos —insistió su padre—. Ese chico, ese Federico, o Fatty, como tan acertadamente le llamáis, no debiera meter las narices en esos

casos. ¡Para eso está la policía!

—Sí, pero resulta que Fatty es «mucho más» listo que nuestro policía, el señor Goon —declaró Bets—. De todos modos, no creo que quede tiempo para disfrutar de ninguna aventura emocionante estas vacaciones.

Pip cambió inmediatamente de tema, a fin de evitar que a su padre le diera por prohibirles a los dos que se inmiscuyesen en cualquier nuevo misterio, como había hecho ya en una ocasión. Y tenía el presentimiento de que aquello era exactamente lo que sucedería si no se apresuraba a cambiar de conversación.

—Oye, papá —dijo de pronto—. El jardinero sigue ausente. ¿Quieres que haga algo en el jardín para sacaros del apuro?

El señor Hilton acogió el ofrecimiento con evidente complacencia.

—¡Vaya, menos mal! —exclamó—. Precisamente me preguntaba si se te ocurriría ofrecerte para ayudar un poco. Bien, antes de que me marche esta mañana, ven a mi despacho y te daré una lista de instrucciones. ¡Así no tendrás tiempo de hacer diabluras!

Pip lanzó un suspiro de alivio. No sentía particular interés por dedicarse a la jardinería, pero, cuando menos, había logrado con ello desviar a su padre del asunto de los Misterios. Habría sido horroroso que le hubiese prohibido tomar parte en ninguno durante las tres semanas que quedaban de vacaciones. Así que miró con ceño a Bets para indicarle que no volviera a nombrar a Fatty para nada.

Después del desayuno, Pip desapareció con su padre en el estudio. Más tarde subió a reunirse con Bets, que, a la sazón, se estaba haciendo la cama.

—¡Mira esta lista! —gruñó el muchacho, con aire fastidiado—. ¡Cáspita! ¡Papá debe imaginarse que soy un jardinero de primera categoría! ¿Cómo voy a hacer todo eso?

—Ve al jardín ahora mismo y procura hacer algo —aconsejó Bets, consultando la lista—. No lo dejes todo para la tarde. A lo mejor Fatty quiere que vayamos a merendar con él o propone alguna otra cosa. Ojalá pudiera ayudarte. A falta de eso, procuraré hacerte la cama y asear tu habitación. ¿Estarás listo para salir a las once menos veinte, Pip? El tren de Fatty llega un poco antes de las

once y, primero, «tengo que ir» a por «Buster».

Pip no pudo menos de lanzar un suspiro de profunda pesadumbre al releer su larga lista de instrucciones.

—De acuerdo —farfulló—. Empezaré a trabajar ahora mismo. Gracias por ofrecerte a hacer mi cama y limpiar mi habitación. ¡Hasta luego!

A las once menos veinte, Bets salió al jardín a buscarle. En aquel momento, Pip procedía a recoger un rastrillo, con aspecto muy acalorado.

—¿Ya es hora? —gritó a su hermana—. ¡Caracoles! ¡He trabajado más que diez jardineros juntos!

—Estás tan colorado que pareces a punto de inflamarte —comentó Bets, riéndose—. Será mejor que te laves las manos. Las tienes muy sucias. Entretanto, yo me adelantaré a buscar a «Buster». ¡No tardes!

Y la chiquilla echó a correr alegremente por el sendero, satisfechísima de que Fatty regresara al fin. ¡Sentía tanto afecto por él! Considerábale el muchacho más inteligente, más simpático y más ingenioso del mundo. Su habilidad no tenía límites.

—¡Hay que ver sus disfraces! —pensó Bets, al salir a la calle por el portillo—. ¡Y la imaginación que tiene para todo y lo atrevido que es en sus cosas! ¡Qué «contenta» estoy de que venga! Todo resulta aburrido en su ausencia. Papá ha dicho una gran verdad: ¡en cuanto viene Fatty empiezan a ocurrir cosas!

Al llegar a la calle Mayor, la niña oyó un fuerte silbido. Inmediatamente volvióse a mirar. Era Larry, con Daisy, su hermana. Ambos le agitaron la mano, al tiempo que echaban a correr hacia ella.

—¿Vas a recibir a Fatty? ¡Nosotros también! ¿Dónde está Pip? ¿No piensa venir?

—Voy a recoger a «Buster» —explicó Bets—. Pip vendrá en seguida. ¡Qué contento se pondrá «Buster» cuando vea a Fatty! Apuesto a que conoce que hoy es el día de su llegada.

—Casi lo aseguraría —convino Larry—. Probablemente nos estará aguardando con la lengua fuera, ansioso de acompañarnos.

Pero, contra lo que suponían, «Buster» no estaba esperándolos. Al llegar ante la casa, los tres muchachos vieron a la señora

Trotteville, la madre de Fatty, cogiendo narcisos en el jardín.

—¿Vais a recibir a Fatty? —preguntó la dama, sonriéndoles—. Será estupendo volver a tenerle aquí, ¿verdad?

—Por supuesto —asintió Larry—. ¿Dónde está «Buster», señora Trotteville? Hemos pensado llevarlo con nosotros.

—Creo que anda por la cocina —contestó la señora—. No lo he visto hace un rato. Lo he mandado dentro para evitar que chafase los narcisos.

Larry, Daisy y Bets encamináronse a la puerta trasera de la cocina, llamando a grandes voces:

—¡«Buster»! ¡Eh, «Buster»! ¡Ven acá! ¡Vamos a esperar a Fatty a la estación!

Pero «Buster» no apareció. Nadie oyó el rumor de sus cortas y ágiles patitas, ni sus habituales ladridos de bienvenida. La cocinera abrió la puerta.

—No, no está aquí —dijo a los chicos—. Entró hace un ratito, pero volvió a salir en seguida. Seguramente se marcharía con el chico de la panadería. Simpatizaba mucho con él, sabe Dios por qué motivo. En realidad, ese rapaz es un pillo desvergonzado.

—En este caso, tendremos que irnos sin «Buster» —lamentóse Larry, desilusionado—. ¡Qué ocurrencia ha tenido de marcharse ahora! Fatty se llevará un disgusto con seguridad.

Mientras se dirigían los tres a la estación, reunióse con ellos Pip, casi sin aliento.

—¿Dónde está «Buster»? ¡No me digáis que se ha ido en el preciso momento que lo necesitábamos! ¡Eso no es propio de «Buster»!

Todos apretaron el paso.

—¿Creéis que Fatty vendrá disfrazado para gastarnos una broma? —inquirió Bets—. Ojalá no haga tal cosa. Quiero verle tal cual es, alto, gordo y sonriente.

—Sí no nos apresuramos, llegaremos tarde —advirtió Larry, consultando su reloj—. ¡Mirad! ¡Allí llega el tren y nosotros aún no estamos en la estación! ¡Vamos, daos prisa!

Todos echaron a correr y llegaron a la estación en el momento en que el tren arrancaba otra vez. Los pasajeros habíanse apeado ya y, a la sazón, recorrían el andén. Dos o tres aguardaban a que un

maletero fuese a por su equipaje.

—¡Mirad! —exclamó Pip, bruscamente—. ¡Allí está «Buster»! ¡Sentado debajo de aquel banco, él solito y vigilando!

En efecto, allí estaba el pequeño «scottie» aguardando pacientemente.

—¿Cómo sabía que el tren de Fatty iba a llegar ahora? ¡Ahora me explico su desaparición! ¡Pensar que él ha llegado a tiempo a la estación, tomándonos la delantera! ¡Qué listo es «Buster»!

—¿Pero, dónde está Fatty? —preguntó Daisy, al tiempo que el grupo de viajeros se dirigía a la puerta donde aguardaba el encargado de recoger los billetes—. No lo veo por ninguna parte.

—«Es posible» que vaya disfrazado para poner a prueba nuestra perspicacia —opinó Pip—. Fijaos bien en todos los viajeros, especialmente en los que lleven gafas.

Los cuatro permanecieron silenciosos detrás del empleado, mientras los recién llegados pasaban unos tras otros, entregando sus respectivos billetes. Desfilaron: una robusta mujer muy afanosa, un par de colegialas, un hombre con un maletín, dos jóvenes soldados con uniformes caqui y sendas mochilas a la espalda, dos hombres envueltos en gruesos abrigos, ambos con gafas. ¿Sería Fatty uno de ellos? Los dos tenían, poco más o menos, su misma estatura y corpulencia. Uno de ellos murmuró algo en un idioma extranjero al pasar.

Los cuatro muchachos se lo quedaron mirando con expresión dubitativa. «Pudiera» ser Fatty. Volviéronse entonces a observar a los demás pasajeros, pero ninguno tenía aspecto de encubrir a su amigo.

Por último, acercóse a ellos «Buster». Bets lo acarició, diciéndose que el animalito parecía triste.

—¿Tú tampoco lo has reconocido, «Buster»? —preguntóle la niña—. ¿Crees que era uno de aquellos hombres tan abrigados?

Al presente, no quedaba ya nadie en el andén, aparte de un maletero.

—Vamos —insistió Larry, tomando una decisión—. «A buen seguro», Fatty era uno de aquellos individuos. Propongo que los sigamos. ¡No podemos consentir que el amigo Fatty nos engañe tan fácilmente!

Capítulo II

¡Un poco de ayuda!

Los cuatro muchachos salieron de la estación y escudriñaron la calle. ¿Hacia dónde se habían dirigido los dos hombres?

—¡Allí están! —profirió Larry—. ¿Los veis? ¡En aquella esquina!

—¿Pero quién es el hombre que acompaña a Fatty? —preguntó Pip, desconcertado—. Nuestro amigo no habló de regresar con nadie.

—Fijaos —observó Daisy—. Se han estrechado las manos. Aseguraría que Fatty se ha limitado a trabar conversación con él para despistarnos un poco más. Vamos. Apuesto a que Fatty es el que ha doblado a la derecha. En todo caso, tiene sus mismos andares.

—Y va en la debida dirección —corroboró Pip—. No cabe duda que es Fatty.

Todos se apresuraron a seguirle. Al llegar a la esquina se detuvieron. ¿Dónde estaba el hombre?

—¡Allí está… hablando con aquella mujer! —exclamó Larry—. ¡Apresuraos!

Los chicos obedecieron. El hombre, con el cuello del abrigo levantado y los ojos provistos de gruesas gafas, interpelaba muy gravemente a una mujer menuda y delgadita con una cesta al brazo.

Los chicos apostáronse a espaldas del desconocido y escucharon sus palabras, regocijados. ¡Oh, Fatty, Fatty!

—Busco la casa de mi «hermana». ¿Podría usted orientarme por «favor»? La casa se llama villa «Grintriss»[1].

—Nunca la he oído nombrar —replicó la mujer, mirando al arrebujado forastero con expresión recelosa.

—¿Cómo dice? —interrogó el hombre, ansiosamente—. ¿Dónde está «eza» casa?

—He dicho que NUNCA LA HE OÍDO NOMBRAR —repitió la mujer—. Que yo sepa, no hay ninguna casa llamada «Grintriss». ¿Cómo se llama su hermana?

—Françoise Emilie Harris —contestó el hombre, mostrándose de pronto muy francés.

—Tampoco me suena ese nombre —repuso la mujer menudita con aire más receloso que nunca—. ¿Por qué no va usted a preguntar a la estafeta de correos?

—¿Cómo? —empezó el hombre—. ¿Qué significa «ezo» de «eztafeta»?

Pero la mujer alejóse impacientemente, dejándole allí plantado con su maleta.

Entonces Pip, dando con el codo a Larry, susurró:

—Ha llegado la hora de intervenir. Diremos a Fatty que sabemos dónde vive su hermana y que le conduciremos allí. Acto seguido, le acompañaremos a su propia casa y, de este modo, nuestro amigo comprenderá que lo hemos descubierto. ¡Vamos, en marcha!

—¿Pero dónde está su maletón escolar? —inquirió Bets tirando a Pip de la manga en el momento en que éste se disponía a seguir al desconocido—. ¿Estás «seguro» de que es Fatty?

—Probablemente ha enviado su equipaje facturado —dedujo Pip—. «Fíjate» en esos andares. Son exactamente iguales que los de Fatty.

Todos echaron a andar detrás de él. Súbitamente, Daisy recordó algo. ¿Dónde estaba «Buster»? La muchacha miró a su alrededor sin ver rastro del perrito.

—¿Qué ha sido de «Buster»? —preguntó—. ¿Por qué no viene con nosotros? Me sorprende que no haya conocido que «ese hombre» es Fatty. Lo natural es que hubiese comenzado a dar brincos y a hacerle fiestas.

—Sin duda lo habría hecho de haber estado con nosotros —objetó Pip—. Pero como había tanta gente en la estación, no lo reconoció y a buen seguro ahora sigue aguardando pacientemente debajo de aquel banco.

—¡Pobre «Buster»! —murmuró Bets—. ¡Mirad! Fatty ha parado a

otra mujer. ¡Qué salado es!

La segunda mujer no tuvo la paciencia de la primera. Limitóse a menear la cabeza y se alejó presurosamente. Entonces Larry, introduciendo los dedos en la boca, pegó un estridente silbido con el consiguiente sobresalto de los demás.

—No hagas eso —reprendió Daisy—. Ya sabes que está prohibido. Es un ruido detestable e irrita mucho a la gente.

—El caso es que ha detenido a Fatty —masculló Larry, complacido—. ¿Veis? Ha vuelto la cabeza.

—Sí, pero ya ha echado a andar otra vez —observó Bets con una risita—. Procuremos alcanzarle. Ahora se ha desviado del camino de su casa.

Todos corrieron tras él.

—Fingiremos no reconocerle —propuso Pip—. Le induciremos a creer que «nos embauca»; pero cuando le dejemos en su propia casa en lugar de en la villa de su «hermana» imaginaria, sugiero que nos echemos todos a reír.

A poco le dieron alcance, y el hombre se detuvo, escrutándoles a través de sus gruesas gafas. Llevaba un bigotito negro, pero como seguía con el cuello del abrigo levantado, no había motivo de verle la cara.

—¡Eh, niños! —exclamó el desconocido—. ¿Podríais ayudarme? Estoy buscando la casa de mi «hermana».

—«Vous cherchez la maison de votre soeur»? —preguntó Pip en su mejor francés.

—«Oui, oui»! —afirmó el hombre, mirándole con expresión radiante—. Se llama «Grintriss». ¿Acaso la conocéis?

—¡«Grintriss»! ¡Ah, sí! ¡Ya sabemos «dónde» está! —declaró Larry, mintiendo por todo lo alto con ánimo de pagar a Fatty en la misma moneda—. Por aquí, por favor. «Todo el mundo» conoce esa villa. Es muy grande y muy hermosa.



—«¿Grrande?» —farfulló el hombre—. No la casa de mi «hermana» es muy pequeña. Muy, muy chiquita. Se llama «Grintriss».

—¡Ah, sí! —barbotó Pip—. «Grintriss». Muy chiquita.

Y tras un ligero carraspeó, agregó:

—¿Tiene usted frío, «monsieur»? Va usted muy abrigado.

—Estoy muy resfriado —explicó el hombre, sorbiendo el moco y tosiendo con tos cavernosa—. He venido a pasar unas breves vacaciones con mi «hermana».

—¡Qué tos más fea tiene usted! —comentó Daisy.

El hombre tosió de nuevo, con gran regocijo de Bets. ¿Era posible que Fatty no se diera cuenta de que le estaban tomando el pelo? ¿Cuántas veces le habían oído toser de aquel modo cuando se disfrazaba de pobre diablo?

Los cinco remontaron la calle juntos. El hombre seguía arrebujado en su recio abrigo y, al doblar una esquina, cubrióse la barbilla con la bufanda para protegerse del viento.

—¿Llegaremos pronto a «Grintriss»? —inquirió ansiosamente—. Este viento es muy… muy…

—¿Fuerte? —concluyó Pip cortésmente—. Sí, eso es lo malo del viento. Que siempre suele soplar muy fuerte.

El hombre echóle una súbita ojeada y no volvió a chistar. Larry lo condujo por otra esquina y al punto se encontraron todos en la calle dónde vivía Fatty. La señora Trotteville no se veía por ninguna parte. Larry guiñó un ojo a Pip.

—Lo llevaremos hasta la puerta anterior y lo dejaremos allí —cuchicheó rezagándose—. ¡Entonces veremos cómo reacciona!

Y con mucha decisión abrieron el portillo y escoltaron al desconocido hasta la puerta principal.

—Ya hemos llegado —anunció Pip—. ¡Esto es «Grintriss»! Supongo que su «hermana» acudirá a abrirle la puerta personalmente. Voy a llamar al timbre.

Y, tras oprimirlo, llamó también con la aldaba. Luego, en compañía de los otros tres, retrocedió al portillo para ver cómo se las arreglaba Fatty. ¿Qué haría? ¿Dar media vuelta, quitarse las gafas y sonreírles? ¿Gritarles: «¡Me rindo! ¡Habéis ganado!»?

Abrióse la puerta y en su marco apareció la doncella de la casa. Al parecer, entablóse una discusión, si bien los chicos no podían seguirla más que a través de frases sueltas.

—Le he dicho que «aquí no vive nadie de ese nombre» —dijo la doncella, levantando la voz—. Es más, tampoco sé de ninguna villa llamada «Grintriss».

De pronto, Bets percibió un rápido rumor de pasos por la calle, seguidos de un familiar ladrido. Convencida de que éste pertenecía a «Buster», salió al punto por el portillo.

—¡«Buster»! —exclamó, lanzando un chillido—. ¡FATTY! ¡Pero

si es Fatty! ¿De modo que «ése» no eras tú? ¡Oh, FATTY!

Y, yendo a su encuentro, arrojóse en los brazos del muchacho. Allí estaba su amigo, tan rollizo como siempre, con los ojos risueños y una sonrisa en los labios.

—¡Fatty! ¿Entonces no eras tú? ¡Cielos! ¡Qué chasco!

—¿A qué te refieres? —inquirió Fatty, aupando a Bets, alborozado—. ¡Caramba, chiquilla! ¡Cada día pesas más! Pronto no podré levantarte. ¿Por qué no habéis venido a recibirme a la estación? Sólo me aguardaba «Buster».

A todo esto, los demás habían acudido ya, mirándole estupefactos. ¿Cómo era posible que le hubiesen confundido?

—«Sois» un hato de pollinos —espetó Fatty jovialmente—. Apuesto a que fuisteis a esperar el tren que llega cuatro minutos antes que el mío. ¡«Buster» fue «mucho más» sensato! Tuvo la paciencia de aguardar al otro tren y, en cuanto me vio, se puso a retozar por el andén, ladrando como un condenado. Yo os busqué en la estación, pero no vi rastro de vosotros.

—¡Qué «plancha», Fatty! —lamentóse Daisy, trastornada—. Además de equivocarnos de tren, hemos cometido otro error. Pensamos que, a lo mejor, venías disfrazado para gastarnos una broma y, al ver que no aparecías por ninguna parte, seguimos a un hombre, creyendo que eras tú. Para colmo de los males, Fatty, al preguntarnos ese desconocido por una casa, le hemos traído decididos hasta la tuya.

—¡«Vaya»! —exclamó Fatty, soltando una sonora carcajada—. ¡Pero qué zotes sois! ¿Dónde está ese pobre hombre? ¡Será mejor que lo orientemos debidamente!

En aquel preciso momento salía el hombre por el portillo, refunfuñando furioso, cosa, al cabo, perfectamente natural, después de la mala pasada que acababan de jugarle. Una vez en la calle, se detuvo a leer el nombre que figuraba en el portillo.

—¡Ah! ¿Conque no me trajisteis a «Grintriss», eh? ¡Esto no es «Grintriss»! ¡Sois unos picaros! ¿Cómo os atrevéis a tratar así a un pobre enfermo?

Y el desconocido se puso a toser otra vez.

Los chicos se alarmaron, francamente apesadumbrados por lo sucedido. Por otra parte, ¿cómo explicar su error a aquel pobre

señor? Sería inútil. No les comprendería de ninguna manera.

—¡«Pícarros»! ¡«Pícarros»! —repitió el forastero, acercándose a ellos, al tiempo que se sonaba ruidosamente—. ¡Sois muy malos, muy «pícarros»!

Y empezó a gritarles en francés, agitando los brazos. Los muchachos le escuchaban, aterrados. ¿Y si salía la señora Trotteville? Aún sería peor explicarle aquel estúpido error a ella que a aquel hombre.

De improviso sonó un fuerte tintineo y, a poco, se detuvo una bicicleta junto al bordillo. Una voz muy familiar les gritó:

—¡Eh! ¿Qué ocurre ahí? ¿Qué es todo este alboroto?

—¡Atiza! —profirió Larry—. ¡El señor Goon! ¡El viejo Ahuyentador! ¡Lo que nos faltaba!

«Buster» empezó a saltar en torno al señor Goon, ladrando furiosamente, aunque con evidente alborozo. Por su parte, el señor Goon no lo perdía de vista, felicitándose por llevar los pantalones más gruesos de su guardarropa.

—¡Maldito perro! —gruñó—. ¡Si no lo llamáis en seguida, le daré un puntapié! —¿Habráse visto escandaloso?

A una orden de Fatty, el pequeño «scottie» apartóse del hombre de evidente mala gana. ¡Hubiera dado cualquier cosa por morder a aquel antipático, grueso y autoritario policía!

—¿Qué pasa aquí? —inquirió Goon, dirigiéndose al aturdido francés—. ¿Le han molestado estos chicos? Si así es, los denunciaré.

El hombre soltó entonces un largo y airado discurso, pero como lo dijo todo en francés, el señor Goon se quedó sin entender una palabra. Por espacio de unos instantes, estuvo tentado de rogar a Fatty que se lo tradujera, pero ¿cómo iba a fiarse de la traducción de aquel gordinflón? Fatty miraba al policía con aire malicioso.

—¿No quiere usted saber lo que dice este forastero, señor Goon? —preguntó el muchacho, cortésmente—. De vez en cuando, capto alguna que otra palabra suelta. Por lo visto, a este señor no parece gustarle su presencia. De otro modo, no me explico sus insultos.

El señor Goon quedóse desconcertado. ¿Qué hacía allí entre aquellos diablos de chicos y aquel extranjero con aspecto de orate, y aquel horrible perro ansioso de morderle los tobillos? ¡Bah! Lo mejor que podía hacer era alejarse inmediatamente en su bicicleta,

adoptando el aire más digno posible.

Así, pues, con un desdeñoso resoplido, pedaleó calle abajo, seguido de un aluvión de ladridos del desilusionado «Buster».

—¡Vaya, menos mal que se ha ido! —exclamó Daisy, vehementemente.

Excuso decir que sus compañeros compartieron su opinión.

Capítulo III

¡Qué dicha estar juntos otra vez!

El francés quedóse mirando al policía, sorprendido. En Francia los policías no se conducían de aquel modo. Cuando alguien les presentaba una queja, escuchaban con interés y excitación, y tomaban notas del caso. En cambio, aquel agente habíase limitado a lanzar un resoplido y a alejarse en su bicicleta. ¡Curiosa reacción!

El extranjero empezó a toser. Compadecido de él, Fatty se puso a hablarle en perfecto francés. Como de costumbre, el muchacho dio muestras de su habilidad para resolver todas las situaciones. Sus compañeros apiñáronse a su alrededor, escuchándole con admiración. ¡De hecho, Fatty podía pasar por francés!

—¿Cómo habrá aprendido a hablar así el francés? —pensó Daisy, maravillada—. En nuestro colegio no hay nadie capaz de decir dos palabras seguidas. No cabe duda que Fatty es un ser extraordinario.

El hombre comenzó a apaciguarse. A poco, sacóse una pequeña agenda del bolsillo y, abriéndola, murmuró:

—Te mostraré el nombre. Es «Grintriss». ¿Cómo es posible que nadie sepa dónde está esa casa?

Y mostró a Fatty algo anotado en una hoja de la agenda. Los otros atisbaron por encima del hombro de su amigo para ver de qué se trataba.



—¡Ah! —exclamó Daisy—. ¡Pero si es GREEN-TREES! ¿Por qué no lo decía usted? ¡Nosotros entendimos «Grintriss»!

—Sí, «Grintriss» —repitió el hombre, desconcertado—. ¿No es eso? Os dije: «Grintriss», «porr favorr», ¿dónde «eztá eza» casa?

—Es Green-Trees —corrigió Daisy, pronunciándolo lenta y cuidadosamente.

—«Grintriss» —repitió el hombre—. Y ahora, vamos a ver: ¿dónde «eztá eza» casa? Os lo pregunto por última vez.

El infeliz parecía a punto de prorrumpir en sollozos.

—Venga usted —instó Fatty, tomándole por el brazo—. Se la mostraré. Esta vez no habrá engaño. Le llevaremos allí.

Y se pusieron todos en marcha, en tanto Fatty comenzaba de nuevo a charlar en francés. Tras dirigirse calle abajo, doblar la esquina y subir una cuesta, llegaron a una apacible callejuela. Más o menos hacia la mitad de ella había una linda casita de humeantes chimeneas.

—Green-Trees —anunció Fatty, señalando el nombre inscrito en el portillo blanco.

—¡Ah, «Grintriss»! —exclamó el hombre, satisfecho.

Y levantándose el sombrero, dijo a las dos muchachas:

—¡«Mademoiselles, adieu»! ¡Voy a reunirme con mi «herrmana»!

Luego desapareció por el senderuelo anterior. Entonces, Bets lanzó un suspiro de alivio y, deslizando el brazo en el de Fatty, murmuró:

—¡Qué vergüenza nos da haberle recibido con este estúpido embrollo, Fatty! Nos proponíamos estar en el anden de la estación para darte la bienvenida, y resulta que sólo encontraste a «Buster» por nuestra estupidez de irnos tras una persona que no se parecía «en absoluto» a ti.

—Sí, pero ahí está el caso —gruñó Pip—. Que cuando Fatty se disfraza cambia por completo y es capaz de despistar a cualquiera. En fin, Fatty. Ya es hora de que te llevemos a tu casa. Tu madre debe de estar con ansia ya.

La señora Trotteville experimentó un gran alivio al ver entrar a Fatty en el vestíbulo, acompañado de los demás.

—¡Federico! —gritó, saliendo a su encuentro—. ¿Perdiste el tren? ¡Qué tarde llegas! ¡Bienvenido, hijo mío!

—¡Hola, mamá! ¡Qué olorcito más agradable viene de la cocina! Parece de bistec con cebolla. ¿«Tú» qué opinas, «Buster»?

—¡Guau! —ladró «Buster», dispuesto a aprobar todo lo que dijera su amo.

Y tras hacerle unas fiestas galopó hacia el canapé, escondiéndose detrás, reapareció y empezó a dar corridas entre las sillas.

—¡Una carrera de obstáculos a reacción! —comentó Fatty—. ¡Eh, «Buster»! ¡Mira por donde vas! ¡Acabarás tropezando conmigo!

—Siempre hace lo mismo cuando regresas a casas —dijo la

señora Trotteville—. Ojalá se calme pronto. No me atrevo a dar un paso cuando le dan estos arrebatos.

—Es un sol —ensalzó Bets—. Comprendo lo que siente cuando Fatty llega a casa. A mí me sucede lo mismo.

—Bien —murmuró Fatty, dándole un súbito abrazo—, pero «no» se te ocurra empezar a correr alrededor de los muebles sobre las cuatro patas, ¿eh? Decidme, chicos. ¿Ha surgido algún misterio o problema insoluble en el curso de la última semana? ¡Qué lástima que regresarais todos a casa antes que yo!

—No ha sucedido nada todavía —declaró Pip—. Pero apuesto a que ocurrirá algo ahora que tú estás aquí. Como sabes, «las aventuras son patrimonio de los aventureros».

—Ojalá «no» suceda nada —suspiró la señora Trotteville—. De lo contrario, ese necio señor Goon volverá a aparecer por aquí. En cambio, el que «me cae» muy simpático es vuestro amigo, el superintendente Jenks.

Todos le miraron asombrados.

—¿«Superintendente»? —farfulló Larry—. ¿Insinúa usted que el inspector jefe Jenks ha ascendido a superintendente? ¡Cáscaras! ¡Cómo sube de categoría!

—Cuando le conocimos era inspector —recordó Bets—. Luego ascendió a inspector jefe. Y ahora es superintendente. Me alegro muchísimo. Se está convirtiendo en un personaje, ¿no os parece? Supongo que no nos retirará la amistad.

—Naturalmente que no —tranquilizóla la señora Trotteville, sonriendo—. ¡Cielos, qué olor a guisado! No comprendo por qué la cocinera no cierra la puerta de la cocina cuando hace cebollas.

—¿Cerrar la puerta cuando hay bistec con cebolla? —protestó Fatty, horrorizado—. ¿Has dicho «cerrar»? ¿Interceptar ese delicioso olor? ¡Pero, mamá! ¿No te das cuenta que, como de costumbre, vengo medio muerto de hambre después de un trimestre en el colegio?

—Pues no lo parece —repuso su madre, mirando su ajustado abrigo—. Esos botones parecen a punto de saltar. Ha llegado tu maleta, Federico. ¿Quieres deshacerla y prepararte para comer? Almorzaremos temprano, porque me he figurado que traerías hombre.

—¡Cuánto te quiero cuando «te figuras» cosas así, mamá! —exclamó Fatty con un súbito arrebato de afecto—. ¡Estoy muerto de hambre!

—¡Bah! —profirió su madre, divertida ante el inesperado abrazo de Fatty—. ¡Amor gastronómico!

—¿Pueden quedarse también mis amigos a comer con nosotros? —preguntó Fatty, esperanzado.

—Sí —contestó su madre—. Es decir, si estás dispuesto a compartir con ellos tu ración de bistec con cebolla.

Pero ni el propio Fatty era capaz de semejante sacrificio y, en consecuencia, despidióse de sus cuatro camaradas a regañadientes.

—Si quieres —contestóle la señora Trotteville—, puedes invitarlos esta tarde a merendar. Habrá muchos pasteles. Por favor, Federico, ten a raya a «Buster». Ya ha vuelto a excitarse. Me pone mala verlo así.

—¡«Buster»! —gritó Fatty—. ¡Repórtate!

Eso bastó para que el excitado «scottie» se convirtiera milagrosamente en un pacífico corderito, tendido a los pies de Fatty y empeñado en lamerle los zapatos.

—Volved a las tres —rogó Fatty, acompañando a sus amigos al portillo anterior—. Charlaremos un rato y podréis contarme todas las novedades. ¡Hasta luego!

Luego regresó a la casa, husmeando de nuevo el bistec con cebolla.

—Supongo, Federico, que no sabes nada de ese extranjero muy abrigado que se presentó aquí esta mañana y dijo a Jane que esta casa se llamaba «Grintriss» y quería ver a su hermana —indagó la señora Trotteville, al ver entrar a Fatty—. Aludió a unos «pícarros niños» al contestarle Jane que ésta no era la casa que buscaba. Me figuro que no tienes nada que ver con esa persona, ¿verdad? Confío en que no has vuelto a poner en práctica tus consabidos trucos y travesuras.

—De ningún modo, mamá —replicó Fatty, algo herido en su amor propio—. ¡Pobre señor! Lo encontré en el portillo y lo acompañamos todos al lugar a donde deseaba ir, o sea, a Green-Trees, en la calle del Acebo. ¡Oh, mamá! ¡Ya vuelvo a notar ese exquisito olorcillo! ¿Te importaría que fuese a olerlo más cerca?

Aún no he visto a la cocinera ni tampoco a Jane.

—De acuerdo —accedió la señora Trotteville—. Pero NO intentes sacar cebollas fritas de la sartén. ¡Oh, Federico! Nos alegramos mucho de tenerte de nuevo entre nosotros, pero de veras te digo que quisiera saber lo que bulle en tu cabeza. Te suplico que no te inmiscuyas en nada alarmante estas vacaciones. La madre de Pip me dijo ayer que daba gusto la «tranquilidad» de que habíamos gozado durante esta última semana.

El ruego no obtuvo respuesta, pues Fatty se hallaba ya en la cocina eligiendo pedacitos de cebolla a medio freír, mientras Jane y la cocinera se reían de su avidez y prometían proveerle de abundantes galletitas de jengibre, tortas calientes y mermelada de frambuesa de confección casera cuando sus amigos vinieran a merendar aquella tarde. Las dos sentían mucho afecto por Fatty.

—Es un chico excepcional —decía la cocinera a sus amigas—. Nunca sabe una lo que va a ocurrir cuando está en casa el señorito Federico.

Fatty comió muy a gusto y, durante el almuerzo, contó a su madre todas las incidencias del último trimestre. Como de costumbre, parecía haberlo aprovechado muy bien.

—No obstante, «es posible» que haya algo en mi informe sobre la… la conveniencia de limitarme a hacer uso de mi voz —declaró el muchacho, obligando a su madre a mirarle, sorprendida—. No te alarmes, mamá. No es nada importante. Significa solamente que mi ventriloquia ha obtenido un éxito este trimestre.

Una de las habilidades de Fatty consistía en poder modificar su voz, hasta el punto de que, a la sazón, era a un excelente ventrílocuo. Desgraciadamente, los profesores del colegio no admiraban tanto esta facultad como los alumnos, cosa perfectamente explicable si tenemos en cuenta que, en cierta ocasión, los compañeros de clase de Fatty habían pasado toda una semana buscando a un hombre, al parecer lastimado, en el ático de la escuela. Los gemidos habían sido tremendos y causaban gran sensación.

Naturalmente, cuando se descubrió que todo había sido una simple demostración ventrílocua de Fatty, la sensación fue todavía mayor…; pero no tan afortunada para Fatty. De hecho, no había

considerado prudente practicar más la ventriloquia aquel trimestre, lo cual era, a su modo de ver, una verdadera lástima. ¡Se desentrenaría!

A las tres en punto percibióse un rumor de pisadas en el jardín, en dirección al cobertizo de Fatty. Éste vio pasar a Larry, Daisy, Pip y Bets bajo su ventana y, al punto, interrumpió la tarea de deshacer su maleta.

Rápido como una centella, bajó la escalera con «Buster» para reunirse con sus amigos en el gran cobertizo situado al fondo del jardín.

El barracón hacía las veces de cuarto de estar, de almacén y de lugar para mudarse de ropa, es decir, que servía para todo cuanto Fatty juzgaba conveniente. El chico tenía una llave de aquel rincón y procuraba mantenerlo siempre herméticamente cerrado, pues conservaba allí muchos disfraces y prendas raras que no le interesaba vieran los mayores. Su propia madre habríase quedado estupefacta de haber visto algunos de los trastos por él adquiridos en los bazares de lance, tales como horribles sombreros, chales raídos, faldas voluminosas y pantalones de pana.

—¡Hola! —saludó Fatty, presentándose en el momento en que los otros atisbaban el interior del cobertizo a través de la ventana para ver si su amigo estaba allí—. Voy a abrir la puerta. Pasé un momento por aquí después de comer para encender la estufa de petróleo. Así ahora el cuarto estará caliente y confortable.

Todos entraron en el lugar. Efectivamente, el ambiente resultaba muy acogedor. El sol se filtraba por una ventana y, bajo sus rayos, todo aparecía desaseado y polvoriento.

—Cualquier rato te lo limpiaré —prometió Daisy, dando una mirada circular—. ¡Qué gusto da estar de nuevo juntos! ¡Los Cinco Investigadores reunidos otra vez!

—¡Sin nada que investigar! —gruñó Pip—. Lo paso mejor cuando tenemos algo emocionante entre manos. Además, Fatty, nosotros debemos volver al colegio una semana antes que tú. De modo que no disponemos de mucho tiempo para emprender ningún asunto.

—Siempre nos queda el recurso de practicar un poco —sugirió Larry—. Por ejemplo, salir disfrazados, seguir alguna pista o vigilar

a alguien.

—Sí —convino Fatty—. Podríamos hacer eso. Además, quiero practicar mi ventriloquia. Me he desentrenado mucho este trimestre.

—¡Oh, sí! —suplicó Bets—. ¡Procura ponerte «a fono»! Y ahora hagamos planes.

—De acuerdo —accedió Fatty—. ¡Manos a la obra!

Capítulo IV

Unos pocos planes

Aquella tarde los muchachos discutieron muchos planes extravagantes mientras saboreaban una magnífica merienda. La cocinera había cumplido su palabra, ofreciéndoles abundantes tortas calientes, mermelada de frambuesa, gruesas galletas de jengibre recién hechas con pasas en su interior, y un gran pastel redondo de chocolate con un relleno especial preparado por ella misma.

«Buster» tomó galletas perrunas aderezadas con carne en conserva, dando muestras de gozosa aprobación.

—Para él esto era un triple festín —explicó Fatty—. Primero olfatea con deleite las galletas con carne. Luego, las lame y, por último, les pega un gran bocado. Total: que disfruta, por así decirlo, de tres comidas en una.

—¡Guau! —aprobó «Buster», meneando fuertemente la cola.

—Y lo que es más —agregó Fatty, cortándose un enorme pedazo de pastel de chocolate—. Por añadidura, podremos reservarnos todo este pastel para nosotros. Las galletas con carne en conserva acaparan «toda» la atención de «Buster» y, por ahora, le impiden «darse cuenta» de la existencia de este pastel.

—Y cuando se la dé, ya no quedará ni rastro de él —profetizó Pip—. Al menos, si yo puedo evitarlo.

Una vez más, se entregaron los cinco a urdir proyectos. Fatty estaba muy bullanguero, y los hizo atragantar a todos de risa.

—¿Qué te parece, Larry, si tomásemos una percha y nos fuésemos a la calle Mayor fingiendo ser peones camineros de ésos que pican las calzadas? —sugirió Fatty—. Sólo tú y yo, Larry. Pip

no es aún lo bastante alto para pasar por un hombre hecho y derecho. Podríamos poner la percha a nuestro lado con un banderín rojo en lo alto, como hacen los peones, y picar la calzada.

—No seas bobo, Fatty —replicó Larry—. Armaríamos un zipizape.

—Apuesto a que el viejo Goon nos permitiría estar allí toda la mañana picando la calle —masculló Fatty—. No se le ocurriría preguntarnos qué estábamos haciendo.

—Oye, Fatty —intervino Daisy con un cloqueo—. Voy a proponerte una cosa. ¿Te atreverías a hacerlo? Verás, se trata de lo siguiente. Estoy intentando vender estos boletos para la Subasta Parroquial. Te desafío a que vendas uno al viejo Goon.

—¡Eso es fácil, facilísimo! —exclamó Fatty—. Dame uno. Mañana se lo venderé. Yo me encargaré de ello.

—¿Y yo, «qué» haré? —inquirió Larry.

—A ver, déjame pensar —murmuró Fatty—. Ya está. ¿Qué tal si te pusieras un mono y fueses a limpiar los cristales de alguien provisto de un cubo y una gamuza?

—¡Ni hablar! —declinó Larry, alarmado—. ¡Nada de eso!

—¡Sí, sí! —suplicaron Daisy y Bets—. ¡Hazlo, hazlo!

—Te bastaría escoger una casa de una sola planta —propuso Pip —. Así no necesitarías escalera y no tendrías que limpiar tantos cristales. ¡Qué gracia! ¡Larry en plan de limpiacristales!

—¿Tendré que «preguntar» antes si puedo limpiar los cristales? —farfulló Larry con expresión desesperada—. En realidad, no puedo ir a una casa y empezar a limpiarlos sin pedir permiso. A lo mejor los dueños ya tienen algún limpiador de cristales fijo.

—Sí, es verdad —admitió Fatty solemnemente—. Primero debes preguntarlo. Y si te pagan algo por la faena, podrás comprarle a Daisy un boleto para la Subasta.

—¡Caramba! —gruñó Larry, convencido de que aquellos planes improvisados eran un poco disparatados—. Todo esto se me antoja algo complicado.

—¿Y yo, «qué» haré? —interrogó Pip, cloqueando.

Todos le miraron.

—Podrías seguir a Goon un rato —propuso Fatty firmemente—. Seguirle sin que él se diera cuenta de que lo hacías.

—De acuerdo —accedió Pip—. Creo que podré intentarlo. ¿Y las muchachas?

—Ya pensaremos algo para ellas en cuanto llevemos a cabo nuestras respectivas tareas —decidió Fatty—. Y, ahora, vamos a ver: ¿quiere alguien esta última galleta de jengibre o la parto en cinco pedacitos?

Todos optaron por esta segunda solución y la galleta fue debidamente repartida.

—¿Alguno de vosotros ha visto al superintendente Jenks durante estas vacaciones? —preguntó Fatty, tendiendo a sus amigos sus respectivos pedazos de galleta—. ¡Qué suerte que lo hayan ascendido otra vez! ¿No os parece?

—¡Ya lo creo! —exclamó Bets entusiasmada.

—Pues no —respondió Pip, contestando a la primera pregunta de Fatty—. Ninguno de nosotros le ha visto, ni creo que tengamos ocasión de hacerlo, a menos que se nos presente algún caso misterioso que desentrañar.

—Ojalá nos confiara alguno de sus casos —suspiró Fatty, apilando los platos—. Estoy seguro de que podríamos ayudarle. Ahora ya tenemos bastante experiencia en estas lides.

—El único inconveniente es que Goon está siempre enterado de todo y se interpone en nuestro camino cuando él y nosotros investigamos el mismo misterio —lamentóse Daisy—. De todos modos, me gustaría poder trabajar en otro caso, con pistas, sospechosos y demás. ¡Es «tan» divertido!

A poco, los muchachos sacaron unos naipes y procedieron a jugar una partida de cartas. Era maravilloso estar todos reunidos de nuevo. Cuando Fatty estaba ausente, parecíales que faltaba algo. Era un muchacho tan ingenioso y ocurrente que nadie podía prever su próxima hazaña.

Al cabo de un rato, Pip consultó su reloj y dijo, suspirando:

—Tenemos que marcharnos, Bets. Si llegamos tarde a casa, nos armaran un escándalo. ¿Por qué pasa el tiempo tan aprisa cuando menos falta hace?

—No olvidéis, Pip y Larry —recordó Fatty, metiendo de nuevo los naipes en su estuche— que mañana tenéis sendas tareas que cumplir. Mañana deberéis presentar vuestro informe aquí después

de merendar. Por mi parte, Daisy, tendré a tu disposición el dinero del boleto de Goon.

—¡Será más difícil de lo que crees! —exclamó Daisy, riendo—. ¡Vamos, Larry!

Mientras Fatty procedía a poner en orden el cobertizo tras la marcha de sus amigos, preguntóse cómo podría agenciárselas para conseguir que el señor Goon le comprase el boleto. Instintivamente, echó una ojeada a las ropas colgadas en un rincón del cuarto. De hecho, no tendría más remedio que disfrazarse, porque de presentarse tal cual, resultaríale imposible vender el boleto a Goon.

—Me disfrazaré de vieja e intentaré leer las rayas de la mano —pensó Fatty—. ¡Goon es de los que creen en estas supercherías! ¡Cómo voy a divertirme!

Por su parte, Pip planeaba también su labor. ¿Cuándo seguiría al señor Goon? Naturalmente, lo más fácil hubiera sido hacerlo de noche; pero ignoraba a qué hora salía Goon al anochecer y, por otro lado, no podía ausentarse de su casa muchas horas para acecharle. No, lo mejor sería seguirle por la mañana, cuando el policía salía con su bicicleta. Pip llevaría la suya y, haciéndose a la idea de que el agente era un sospechoso o un ladrón, le seguiría adonde quiera que fuese.

Así, pues, a la mañana siguiente, Pip tomó su bicicleta y fue a la calle donde vivía el policía. Allí estaba su casa, con la palabra POLICÍA escrita en letras grandes. Pip apeóse de su bicicleta y, apoyándola en un grueso árbol, deshinchó quedamente un neumático.

De esta suerte, podría manipular la rueda con la excusa de hinchar el neumático, y a nadie le sorprendería su presencia allí, aun cuando tuviese que aguardar más de media hora.

La espera se prolongó mucho rato, y el muchacho se canso bastante de hinchar y deshinchar el neumático una y otra vez. Pero, al cabo, apareció el señor Goon con su bicicleta y los pantalones primorosamente sujetos a los tobillos.

Pip quedóse sorprendido al ver que un chico delgaducho de unos once años seguía a Goon hasta la puerta. El policía le gritó unas palabras, y montando pesadamente en su bicicleta, alejóse calle arriba. Entonces Pip, deslizándose sobre la suya, le siguió.

Goon no parecía tener la menor idea de que le seguían. Avanzaba en su bicicleta, agitando la mano a sus conocidos con aire muy condescendiente. Por fin, se detuvo ante el portillo de una casa, apoyó la bicicleta en la valla y encaminándose a la puerta anterior. Pip aguardó junto a un seto a que volviera.

Al salir de la casa, Goon pedaleó calle abajo hasta la calle Mayor. Una vez en ella, apeóse frente a la estafeta de correos y entró en el edificio. Cansado de aguardarle, Pip sintió verdaderos deseos de tomarse un helado y, aprovechando que allí cerca había un heladería, entró a comparar uno.

Pero mientras lo hacía, el señor Goon salió de correos y alejóse de nuevo en su bicicleta. Pip tuvo el tiempo «justo» de verle, engullirse el helado y precipitarse, más aterido que un carámbano tras el señor Goon.

Por el camino, se cruzó con la señora Trotteville, la madre de Fatty, acompañada de «Buster». Y en cuanto éste vio a Pip y oyó su voz diciendo «buenos días», dejó a la señora Trotteville para correr tras Pip.

—¡No, «Buster»! —gritóle Pip—. Esta mañana, no. ¡Vamos, pórtate bien y vuelve con tu dueña!

Pero «Buster» continuaba siguiéndole, jadeante. En vista de que Fatty había salido sin él, el perrito se hizo el propósito de ir con Pip. Sin embargo, no tardó en quedarse atrás ante la imposibilidad de correr a la misma velocidad que la bicicleta del muchacho, y hubo de contentarse con seguirle o distancia, sin cesar de jadear.

Entretanto, el señor Goon habíase metido por una callejuela que desembocaba en una alquería. Pip viole desaparecer por la esquina. Suponía el motivo de su visita a la granja. El granjero habíase quejado de que sus ovejas habían sido inquietadas por unos perros. Sin duda, Goon iba a obtener detalles de éstos. Pip decidió sentarse junto a un seto en espera de que Goon reapareciese. En realidad, resultaba bastante aburrido seguirle. ¿Cómo le iría a Larry lo de la limpieza de cristales?

Pip apeóse de su bicicleta, la escondió en una zanja y, deslizándose por una claro del seto, metióse en el campo. Allí había varias ovejas con unos gruesos y lanudos borreguillos de unos tres meses, entretenidos en saltar y retozar.

Pip sentóse a mirarlos, recostando la espalda en el tronco de un espino. De pronto, percibió un rumor de pisadas y fuerte jadeo, y en menos que canta un gallo, vio aparecer a «Buster» por el claro del seto. El «scottie» abalanzóse sobre él, gruñendo de alegría, y al punto se puso a lamerle la cara.

—¡Ya te he encontrado! —parecía decirle—. ¡Ya te he descubierto!

—¡Por favor, «Buster»! —instó Pip, rechazándolo—. ¡Cesa ya de lamerme!

Entonces el perro empezó a correr por el campo, ladrando y describiendo un amplio círculo. Algunos borregos echaron a correr, alarmados, en dirección a su madre.

De improviso, una recia voz familiar llegó a través del seto.

—¡Ah! ¿Conque es el perro de aquel chico gordinflón el que se dedica a perseguir a las ovejas del granjero Meadows, eh? Debí suponerlo. Atraparé a ese perro y le pegaré un tiro. ¡Acabo de ir a la granja a solicitar detalles de los perros que inquietan a las ovejas y, apenas salgo sorprendo a uno de ellos en plena acción!

Al ver aparecer al señor Goon por el seto, Pip se levantó de un brinco.

—¡«Buster» no persigue a las ovejas! —protestó, indignado—. Ha venido en «mi» busca. Acabo de llegar ahora mismo.

—Cogeré a ese perro y lo llevaré conmigo —declaró el señor Goon, satisfecho a la idea de haber hallado tan buen pretexto para apoderarse de «Buster».

Pero no resultaba tan fácil atrapar al «scottie». A decir verdad, el atrapado fue el perseguidor, según no tardó en advertir el señor Goon al ver que «Buster» corría hacia él y retrocedía al llegar a su altura. Por último, el policía tuvo que gritar a Pip que llamara al perrito. Pip obedeció y Goon tuvo el tiempo justo de montar en su bicicleta y alejarse a toda velocidad.

—¿Por dónde andará Fatty? —gimió Pip—. Debo encontrarlo en seguida para contarle lo sucedido. ¡Ya has metido la pata «Buster»! ¿Quién te mandaba seguirme? ¡AHORA pagarás las consecuencias!

Capítulo V

Fatty se divierte

Pip montó en su bicicleta con objeto de alejarse de lugar. «Buster» corrió al lado deseoso de dar alcance al señor Goon. El perrito ardía en deseos de abalanzarse de nuevo a los tobillos del policía, pero éste había desaparecido ya, camino de su casa, prometiéndose tomar a su llegada una buena taza de café caliente bien azucarada y un pedazo de tarta casera.

Pip dirigióse a casa de Fatty, pero éste no estaba allí.

—¡Sopla! —pensó Pip—. Probablemente ha ido a vender el boleto al señor Goon. Ojalá hubiese podido verle. Apuesto a que tiene todo el aspecto de una vieja en plan de ir de compras.

Efectivamente, Fatty había gozado de lo lindo en su cobertizo eligiendo un disfraz para ir a vender el boleto al señor Goon. Por fin, escogió una larga falda negra, una blusa también negra, un holgado abrigo rojo oscuro sin forma, y un sombrero que había comprado en la última venta de ocasiones.

Éste era de paja negra con unas rosas rojas en la parte anterior. Fatty se puso una peluca de pelo oscuro y se maquilló la cara, pintándose en ella alguna que otra arruga, con suma habilidad.

Luego, mirándose al espejo, sonrió. Seguidamente, frunció el ceño y, al punto, el espejo reflejó el rostro de una vieja enfurruñada.

—Daría cualquier cosa porque me vieran mis amigos —se dijo Fatty—. Se descoyuntarían de risa. Y ahora, ¿dónde está mi bolso?

Era un bolso muy viejo de su madre. En su interior había una polvera, un pañuelo y unas pocas horquillas, que Fatty guardaba allí para cuando se disfrazaba de mujer. Le encantaba sacar la polvera y

darse polvos en la nariz, como solían hacer las mujeres. Su madre habríase quedado patidifusa de haber podido verle.

El muchacho dio la vuelta a la llave y entreabriendo la puerta, aguzó los oídos. ¿Había alguien fuera? ¿Podría salir a la calle sin ser visto?

Como no oyó nada, deslizóse fuera del cobertizo y, tras cerrar la puerta con llave, abrióse paso entre los arbustos que bordeaban el sendero.

Mientras pasaba disimuladamente entre ellos, una voz le gritó:

—¡Eh, usted! ¿Qué hace ahí?

Era el jardinero, sorprendido de ver en el jardín a aquella desaliñada vieja.

Inmediatamente, Fatty adoptó un lenguaje extranjero y, agitando las manos y los hombros, farfulló:

—¿«Akell-ita-uni-pogui-uo»?

—¿No habla usted inglés? —inquirió el jardinero, mirando a la desconocida con curiosidad—. Mire usted, si necesita algo, allí está la puerta de la cocina.

—¡«Tipli-opll-erica-cu»! —barbotó Fatty, en tono de profundo agradecimiento.

Y desapareció al punto de la vista del jardinero, sonriendo para sí. ¡El hecho de que el jardinero no le hubiese reconocido significaba que su disfraz era por completo excelente!

Fatty decidió seguir haciéndose pasar por extranjero. ¡Resultaba tan fácil hablar en aquella jerga sin sentido! Fatty podía pasar horas y horas simulando hablar un idioma extranjero, encogiéndose de hombros como su profesor de francés y meneando las manos.

Encaminóse calle abajo. Nadie le prestó la menor atención, lo cual era, en verdad, muy buena señal. A buen seguro, parecía una de aquellas damas viejas que a veces celebraban juntas con su madre.

Al llegar a la calle donde vivía Goon, acercóse a su casa. ¿Estaría el policía dentro? Fatty llamó a la puerta.

Acudió a abrirle un chico muy flaco, el mismo rapaz delgaducho que había acompañado a Goon a la puerta mientras Pip acechaba al policía.

—El señor Goon no está en casa —declaró el muchacho,

escrutándole con la mirada—. Sólo está mi mamá. Ahora está limpiando, pero, si quiere usted dejar algún recado, la llamaré.

—¡Magnífico! —exclamó Fatty, dirigiendo al chaval una radiante sonrisa—. Eso me parece muy bien. ¿Puedo pasar?

Y apartando a un lado al muchacho, entró en el despacho de Goon. Acto seguido, tomó asiento, componiéndose las faldas y atusándose la parte posterior del pelo con la mano.

—Voy a buscar a mi mamá —dijo el chico, sin saber qué pensar de aquella visitante.

¿Sería una amiga del señor Goon?

—Escucha, mamá —oyó decir Fatty al muchacho—. Hay una señora extranjera muy rara que quiere ver al señor Goon. Ella misma se ha invitado a entrar en el despacho.

—Está bien —respondióle su madre—. Voy a ver qué desea.

A poco, la mujer apareció ante la puerta del despacho, secándose las manos en un delantal de cáñamo.

—He venido a ver a nuestro querido señor Goon —declaró Fatty, dirigiéndole una afable sonrisa y una leve inclinación de cabeza—. ¿Sabe usted si me espera?

—No puedo decírselo exactamente —respondió la mujer—. En este momento, no está en casa. ¿Quiere usted aguardarle? Yo soy su asistenta. Vengo todas las mañanas. Tengo que traerme a Bert porque está de vacaciones; pero la verdad es que resulta muy útil.

Fatty sonrió bondadosamente a la mujer, tan menuda y delgaducha como su hijo.

—«Ikel-dbka-runi-pai» —profirió Fatty con gravedad.

—¿Cómo dice? —tartamudeó la mujer, asombrada—. ¿Es usted extranjera, verdad? Una vez tuve una señora extranjera hospedada en mi casa. Era inteligentísima. ¡Me leía las rayas de la mano como un libro!

—¿Ah, sí? —exclamó Fatty—. Yo también se leer las manos como un libro.

—¿De veras? —farfulló la asistenta, avanzando unos pasos.

Fatty se devanaba los sesos tratando de recordar quién era aquella mujer. Estaba seguro de haberla visto antes. Por fin logró identificarla. Era una amiga de Jane, la doncella, y a veces, cuando tenían invitados, iba a ayudar a la cocinera. Fatty había oído hablar

de ella a las dos sirvientas. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Mickle.

Tras secarse de nuevo las manos en el delantal, la asistenta tendió la diestra a Fatty.

—¿Qué ve usted en mi mano? —inquirió, ávidamente.

Fatty se la tomó y, frunciendo el entrecejo con expresión pensativa, masculló:

—Se llama usted Mickle. Señora Mickle. Vive usted en… en… la calle del Pastor…

—¡Caramba! —espetó la mujer, pasmada—. ¿Está todo eso escrito en mi mano? Siga usted, por favor.

—Tiene usted cinco hermanas —prosiguió Fatty, recordando los comentarios de Jane y la cocinera—. Además, tiene… tiene usted hermanos, ¿pero cuántos? Es difícil verlo en su mano.

—Tengo seis —cooperó la mujer—. A lo mejor están escondidos debajo de esa mota de polvo. De haber sabido que iba a venir usted, me habría lavado las manos.

—Veo también enfermedades —continuó Fatty—, hijos… y muchas tazas de té… y…

—¡Es verdad! —interrumpió la mujer, muy excitada—. ¡He estado enferma infinidad de veces, tengo cinco hijos, Bert es el menor, y he tomado miles de tazas de té en mi vida!

—Millones —corrigió Fatty, inclinado aún sobre su mesa.

—Es curioso que vea usted incluso lo de las tazas de té —murmuró la mujer, admirada.

Y levantando la voz, llamó:

—¡Bert! ¡Ven acá a escuchar! ¡Esa señora es un portento leyendo manos!

Bert, que estaba ya escuchando junto a la puerta abierta, entró al punto, obediente a la llamada de su madre.

—¿Dónde ha visto usted las tazas de té? —preguntó el chico, mirando a Fatty con incredulidad—. ¿Cómo sabe usted que no son tazas de café?

Fatty pensó para sus adentros que Bert distaba mucho de ser un chico simpático, e hizo votos porque le diera a leer su mano para poder soltarle que veía en ella muchas palizas. Pero Bert mantenía ambas manos tras la espalda, temeroso de que Fatty se las leyera. ¡El pequeño Bert tenía ya una porción de cosas en su vida que no le

interesaba divulgar!

En aquel momento apeóse alguien de una bicicleta ante el portillo.

—¡Cielos! —-exclamó la mujer—. ¡El señor Goon ya está de vuelta y aún no he puesto a calentar el agua para prepararle el café!

Y dicho esto, la señora Mickle desapareció. Entretanto, el señor Goon abrió la puerta anterior y entró pesadamente en el vestíbulo.

—¡Oiga, señor Goon! —gritóle la asistenta—. Hay una señora que desea verle. La he hecho pasar al despacho.

El señor Goon entró en la cocina. Fatty le oyó preguntar:

—¿Quién es? ¿Para qué ha venido?

—Como comprenderá usted, no he tenido el atrevimiento de preguntarle «eso» —repuso la mujer, poniendo una marmita sobre el fogón—. A juzgar por su… raro aspecto y su modo de hablar, es extranjera.

—Y ha leído la mano de mamá —intervino Bert, astutamente.

—Tú, cállate, Bert —reconvino su madre con severidad—. Me la leyó como un libro, señor. Adivinó mi nombre y todo lo demás. Parece muy lista. ¿Le apetece a usted una taza de café, señor?

—Sí —asintió Goon—. Me sentaría muy bien. Esta mañana me ha atacado un perro.

—¡No me diga! —profirió la asistenta—. ¿Y le mordió?

Al señor Goon le gustaba horrores ser compadecido y, para hacerse acreedor a esa compasión, exageró considerablemente el retozón juego de «Buster».

—Por milagro no me ha destrozado los pantalones —suspiró el policía—. Me ha atacado repetidas veces. Gracias a mi agilidad, he podido librarme de alguno de sus mordiscos. Por fortuna, llevaba los pantalones más gruesos que tengo.

—¡Vaya, por Dios! —compadeció la mujer—. ¡Qué contratiempo, señor Goon!

Bert fijóse en los pantalones del señor Goon para ver si estaban rotos. Pero, al parecer, no ostentaban rasgón alguno.

—¿Piensa usted denunciar al perro? —inquirió el chico.

—Lo sorprendí persiguiendo ovejas —gruñó Goon, despojándose del casco—. Lo cual constituye un delito muy grave por parte de un perro. Intenté atraparle, pero no pude. Daría cualquier cosa por

tener a ese perro bajo llave. ¡Le daría una lección!

—¿Qué me daría usted si se lo trajese? —interrogó Bert.

Goon miró al chico, asombrado. La madre, ocupada en buscar una caja de pasteles en la alacena, no estaba atenta a la conversación. Goon indicó el vestíbulo con un ademán y Bert siguióle allí.

Fatty lo había oído todo. ¿A qué perro se referiría el señor Goon? Sabía que el granjero estaba preocupado porque unos perros inquietaban a sus ovejas. Nada más lejos de su imaginación que Goon se refiriera a «Buster».

Siguióse entonces un cuchicheo. Fatty captó sólo unas pocas palabras sueltas, pero adivinó lo demás. Goon estaba poniéndose de acuerdo con Bert para que éste prendiera al perro y se lo trajera. La voz del señor Goon farfulló algo de media corona[2]. Fatty frunció el ceño. ¿Era posible que Goon se prestase a aquel indigno juego?

—Ojalá supiera de qué perro se trata —pensó Fatty—. En tal caso, advertiría a su dueño.

Goon presentóse en el despacho, con aire de sentirse muy satisfecho de sí mismo. Por su parte, Bert volvió a la cocina.

Fatty no se levantó. Limitóse a tender graciosamente la mano y a inclinarse a la manera de un dama. Goon sintióse muy bien impresionado por aquellos finos modales, mas no así por la indumentaria de la desconocida. Con todo, era muy corriente que los extranjeros vistieran con cierta extravagancia.

—¿En qué puedo servirla, señora? —preguntó Goon.

—Soy amiga de la señora Trotteville —declaró Fatty, sin faltar a la verdad—. Una «gran» amiga suya.

—¡Ah! —exclamó Goon, algo turbado, pues, de hecho, la señora Trotteville le infundía mucho respeto—. ¿Está usted pasando una temporada con ella?

—«Eztaré en zu caza tresz zemanaz» —contestó Fatty, ateniéndose una vez más, a la verdad—. Vendo «boletoz» para la gran «Zubazta». ¿Quiere comprar uno?

—Pues… Bien…, ¿me permite ofrecerle una taza de café? —propuso Goon, al ver entrar a la asistenta con una bandeja—. Me han dicho que sabe usted leer las rayas de la mano. ¿Piensa usted hacerlo en la Subasta?

—¿Le gustaría que le «leyeze laz zuyas ahorra»? —brindóse Fatty—. Si lo hago, ¿me comprará usted «suboleto»?

El señor Goon no pudo resistir la tentación de que la desconocida le leyera la mano. La señora Mickle fue a buscar otra taza de café… y el señor Goon tendió a Fatty la palma de una enorme manaza.



¡Como es de suponer, Fatty habría dado cualquier cosa porque Larry y los demás hubieran podido verle!

Capítulo VI

Unos informes

Aquel atardecer, después de merendar, los Cinco Investigadores reuniéronse en el cobertizo de Fatty, según lo convenido. Fatty fue el primero en acudir, sonriendo aún cada vez que se acordaba de su divertida lectura de la mano de Goon. En el bolsillo tenía las dos monedas de media corona obtenidas a cambio del boleto de Daisy. ¡Qué fácil había resultado!

Los demás llegaron juntos. Fatty recibióles con agasajo. Había preparado para obsequiarles galletas y naranjada, a cuya vista todos se refocilaron, pese al hecho de que apenas hacía media hora que había merendado opíparamente.

—Bien —dijo Fatty—. ¿Todos a punto? Hemos de dar cuenta de nuestros respectivos informes. Tú, primero, Pip. Pareces arder en deseos de contarnos tus noticias.

—¡Y que lo digas! —exclamó Pip.

Y desembuchó la historia de su seguimiento de Goon, la ida de éste a la granja y la súbita aparición de «Buster» en el campo donde él aguardaba al policía, contemplando las ovejas y corderillos. De lo cual se deducía que el perrito «había seguido» a Pip, a su vez.

—Entonces, «Buster» se excitó, algunos borregos huyeron, asustados, obligando a correr a sus madres —prosiguió Pip—. A todo esto, presentóse el viejo Goon y vociferó que «Buster» debía ser liquidado por inquietar a las ovejas.

—¡Cielo! —profirió Daisy—. ¡Sin duda, no hablaría en serio! «Buster» nunca ha inquietado a las ovejas, ¿verdad, Fatty?

—Nunca —corroboró Fatty, que escuchaba atentamente—. Continúa, Pip.

—En realidad, queda poco que contar salvo que Goon fue lo suficiente estúpido para intentar prender a «Buster» —declaró Pip —. Y naturalmente, «Buster» aprovechó la ocasión para jugar un poco con él, tratando de morderle los tobillos. ¡«Ojalá» lo hubiera conseguido! ¡Le habría estado muy bien empleado a ese desalmado de Goon! Dijo que «Buster» estaba persiguiendo a las ovejas con el mero fin de denunciarlo. Pero ¿verdad, Fatty, que «no pueden» matar a «Buster» por una simple denuncia de Goon?

—No te preocupes —tranquilizóle Fatty, con expresión sombría —. Yo me encargaré de impedirlo. En caso necesario, nos pondremos en contacto con el Inspector Jefe, o mejor dicho, con el Superintendente Jenks. ¡Es curioso! Cuando fui a ver a Goon esta mañana, oíle hablar de un perro y de su deseo de apoderarse de él por haberle visto perseguir a las ovejas. Apuesto a que se refería a «Buster», aun cuando no mencionó su nombre.

—Pero ¿por qué te lo dijo? —exclamó Pip, sorprendido—. Lo más natural es que supusiera que yo iba a contártelo.

—En realidad, a mí no me dijo nada —aclaró Fatty—. Ignoraba que «yo» estaba sentado en su despacho, debidamente disfrazado. Tendré que reflexionar sobre esta historia tuya, Pip. Sospecho que Goon se ha puesto de acuerdo con un chico antipático y delgaducho, hijo de la asistenta, para apoderarse de «Buster».

—Le vi en la puerta —recordó Pip—. ¡Cáscaras! ¿Crees que tendrá la desfachatez de coger a «Buster»?

—No, no —gruñó Fatty—. Tendremos que vigilar, por si acaso. Ahora voy a contaros cómo vendí el boleto a Goon.

—¿De veras lo conseguiste? —exclamó Daisy, con un chillido de complacencia—. ¡Oh, Fatty! ¡Qué listo «eres»! Aseguraría que ibas estupendamente disfrazado.

—En efecto —asintió Fatty, esforzándose en ser modesto—. De hecho, no creo que ni la propia Bets me hubiese reconocido. Me hice pasar por una amiga de mi madre, una vieja dama extranjera, algo extravagante y desaliñada, en plan de pasar tres semanas con su querida señora Trotteville.

Todos prorrumpieron en sonoras carcajadas.

—¡Oh, Fatty! —exclamó Bets—. ¡Además, dijiste la verdad! ¡Eres amigo de tu madre y vas a «estar» aquí tres semanas! ¡Maravilloso!

—Vendí el boleto a Goon a cambio de leerle las rayas de la mano —prosiguió Fatty, alborozado—. Me tendió su gruesa manaza y yo me deshice en elogios de su extraordinario tamaño, sin faltar a la verdad, pues lo cierto es que jamás había visto unos dedos tan enormes y una palma tan rolliza. ¡Con deciros que apenas pude distinguir las rayas de tanta grasa!

—¿Qué le dijiste? —preguntó Daisy.

—Pues le dije que se llamaba Teófilo y que tenía muchos sobrinos, entre ellos uno muy inteligente llamado Ern —respondió Fatty.

Todos se rieron. En realidad, el señor Goon, sentía profunda antipatía por Ern.

—Le aseguré que manipularía mucho dinero —prosiguió Fatty.

—¡Sí! —sonrió Pip—. ¡Su sueldo semanal!

—Pero lo mejor fue cuando miré fijamente su mano… Así —masculló Fatty, tomando la de Daisy con gran sobresalto de ésta.

Entonces, procedió a examinar la palma de la muchacha. Al cabo de un rato, apartóla, y luego volvió a escudriñarla.

—¡Ajá! —profirió, adoptando de nuevo la pronunciación francesa—. ¡Veo una «coza» muy «peculiarr»! Veo un, chico gordo…, un chico muy «gorrdo».

Esto desencadenó una verdadera tempestad de risas.

—¡Oh Fatty! —chilló Bets—. ¿Fingiste verte a ti mismo en la mano de Goon? ¿Y él qué dijo? Debió asustarse.

—Pareció muy alarmado —declaro Fatty, con su voz natural—. Al punto, espetó: «¿Qué? ¿Ese granuja? ¡Siga usted, por favor!».

—¿Y tú le complaciste, no? —coligió Larry, sonriendo.

—Naturalmente. Exclamé: «VIGIIIIIILE a ese gordinflón». Hay un misterio a la «vizta»… «¡Eze gordinflón y loz mixterioz van ziempre unidoz!».

Fatty hizo una pausa, mirando a los demás con ojos chispeantes.

—Os aseguro que, al oír esto, Goon dio un respingo. «¿Qué, un misterio?» —farfulló—. Prosiga usted, cuéntemelo todo. ¿De qué misterio está hablando?

—¿Y tú qué respondiste? —cloqueó Bets.

—Respondí: «No zé de qué mizterio ze trata. Lo único que puedo decirle ez que sucederá. ¡Pero, sobre todo, VIGIIIIIILE a eze

gordinflón!».

—¡Oh, Fatty, lo que hubiera dado por estar presente! —suspiró Bets.

Los demás convinieron con ella en que habría sido maravilloso ver a Fatty leyendo la mano al señor Goon.

—¿Eso es todo? —interrogó Daisy—. Anda, cuéntanoslo otra vez.

—No, ahora no —repuso Fatty, muy en contra de su voluntad—. Tenemos que oír la historia de Larry. El tiempo vuela. Resumiendo: que el resultado de todo eso fue que Goon me entregó dos medias coronas por el boleto de Daisy como un corderito. Incluso dijo que si me decidía a hacer acto de presencia en la Subasta, me pediría que volviera a leerle la mano para ver si el misterio estaba más cerca ya. ¡Con deciros que me dirigió una sonrisa RADIANTE de satisfacción!

—¡Caramba, qué mañana más estupenda has pasado! —ponderó Larry, al tiempo que Fatty entregaba dos medias coronas a Daisy—. Ahora os contaré «mi» aventura.

—Sí, eso es —acudió Daisy—. Debieras haberle visto vestido de limpiador de cristales, ¡Fatty! Pidió prestado un mugriento mono azul, se puso una horrible gorra de paño que lleva años colgada en nuestro cobertizo, y se tiznó la cara, las manos y el cuello. Os aseguro que jamás se me hubiera ocurrido llamarle a limpiar mis cristales. Más bien parecía un deshollinador.

—Buena faena —ensalzó Fatty, sonriendo a Larry—. Vamos, chico, cuéntanos lo que hiciste.

—Pues, tal como Daisy os ha contado, primero me disfracé —explicó Larry—. Luego, tomando un cubo viejo y una gamuza, salí a la calle.

—¿A dónde fuiste? —inquirió Fatty.

—Recordé que era preferible no elegir una casa con planta y piso, por carecer de escaleras para limpiar los cristales de las ventanas superiores —manifestó Larry—. Así, pues, hice memoria, y recordé haber visto una de una sola planta al lado de aquella casa llamada Green-Trees. ¿Os acordáis? Me refiero a la villa donde se dirigió aquel extranjero a quien tomamos por Fatty.

—¡Ah, sí! —exclamó Fatty—. ¡Recuerdo perfectamente la casa

vecina! ¿Estaba en la calle del Acebo, no es eso? Era una casita con el jardín muy descuidado, un poco apartado de la calle.

—Eso es —afirmó Larry—. ¡Qué memoria tienes, Fatty! ¡Nunca se te escapa nada! Pues bien. Como iba diciendo, tomé un cubo y una gamuza y, entrando en el jardín de la villa, remonté el sendero y llamé a la puerta.

—¿Había alguien dentro? —preguntó Bets.

—Al principio, creí que no, porque nadie contestó —nos dijo Larry—. Pero al volver a llamar más fuerte, una voz me gritó: «¡Adelante!». Conque abrí la puerta y grité: «¡Soy un limpiacristales! ¿Desean que les limpie las ventanas?». Y alguien vociferó: «¡Sí!».

—¿Quién era? —preguntó Fatty. ¿Lo viste?

—No —replicó Larry—. Bien, el caso es que cogí agua de una bota que había en el jardín y empecé a limpiar las dos ventanas de la fachada trasera. La habitación a que pertenecían estaba vacía; era un dormitorio con una sola cama, una silla y una mesa, todo bastante humilde. Mientras limpiaba aquellas ventanas oí el rumor de la puerta anterior y unos pasos por el sendero, en dirección a la calle. Pero no vi quién salía, ni sé si era hombre o mujer.

—¿Quedó entonces la casa sola? —inquirió Fatty.

—Al principio, eso creí. Pero cuando fui a la fachada anterior para limpiar las dos ventanas que faltaban, observé que había alguien en aquella habitación. Y ahora viene lo curioso de mi historia.

Todos se enderezaron como impelidos por un resorte.

—¿Lo curioso? —borbotó Fatty—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Veréis —prosiguió Larry—. Primero pensé que no había nadie en la estancia y decidí apresurarme y acabar pronto con aquella tarea, a mi parecer, estúpida. Entonces, de pronto, vi a un hombre en el suelo.

—¿En el «suelo»? —exclamó Pip—. ¿Y estaba herido?

—No —repuso Larry—, no fue esa mi impresión. Al parecer, se dedicaba a palpar las sillas, unas detrás de otras, refunfuñando constantemente para sí.

—¿Pero con qué objeto? —interrogó Fatty—. ¿Quién era aquel hombre?

—Lo ignoro. Parecía muy «anciano». Llevaba una especie de

gorro de dormir, un pijama y un batín. Después de palpar debajo del asiento de todas las sillas, pareció dar con una que le satisfizo, porque asintió en silencio y soltó una especie de cloqueo.

—¡Qué raro! —comentó Fatty, interesadísimo—. ¿Qué hizo después?

—Arrastróse por el suelo hacia una silla de ruedas y logró instalarse en ella —explicó Larry—. Entonces, se le cayó el gorro y vi que el pobre era absolutamente calvo. Estaba sentado ante una estufa y, a poco, quedóse dormido.

—¿No te vio? —preguntó Bets.

—No —repuso Larry—. Creo que es casi ciego. Tenía que «palpar» las sillas, como si no pudiera verlas. ¿Curioso, eh?

—Sí, muy raro —exclamó Pip—. No me explico por qué palpaba todas las sillas. ¿Creéis que tendría algo escondido en una de ellas? ¿Dinero, acaso?

—Es posible —murmuró Fatty—. A lo mejor teme a los ladrones y ha escondido su pequeño tesoro en un lugar que él considera seguro. En fin, Larry es una historia muy particular. Afortunadamente, no eras un auténtico limpiador de ventanas. Una persona poco honrada podría haber adivinado fácilmente que lo que estaba haciendo el viejo era cerciorarse de que sus ahorros seguían en su escondrijo.

—Me despojé del mono entre los arbustos, me limpié, un poco con la gamuza, y regresé a casa —concluyó Larry—. Os aseguro que preferiría mil veces trabajar en un misterio «de verdad» que entretenerme en todas esas zarandajas de seguimientos, disfraces y fregaduras de cristales. ¡Eso no «conduce» a nada!

Pero Larry se equivocaba de medio a medio. Porque el incidente condujo a una porción de cosas. ¡Es más! ¡Desembocó en un Misterio de primera categoría!

Capítulo VII

¿Dónde está «Buster»?

Durante los dos días siguientes, Fatty siguió estrechamente a «Buster», por si acaso el chico delgaducho intentaba secuestrarlo. Pero Bert no dio señales de vida.

Más he aquí que, de repente, una noche «Buster» desapareció. Fatty había salido en su bicicleta para ir al cine con sus amigos, dejando a «Buster» encerrado en la cocina con la cocinera, que estaba muy encariñada con él. A su regreso, el muchacho sentóse a terminar un libro que tenía entre manos y no se dio cuenta de que «Buster» no había acudido a hacerle compañía, según su costumbre, hasta concluir la lectura.

—¡«Buster»! —gritó, yendo a la puerta—. ¿Dónde estás?

Eran las diez y media, Jane y la cocinera estaban acostadas ya. Los padres de Fatty habían salido a jugar una partida de «bridge», y en la casa reinaba un profundo silencio.

—¡«BUSTER»! —insistió Fatty—. ¿Dónde estás?

—¡Oh, señorito Federico! —exclamó una voz desde arriba—. ¿Es usted el que grita? ¡Qué susto me ha dado! ¿No está «Buster» ahí? Quiso salir a las nueve y media y, pensando que le había oído regresar a usted y quería acompañarle a recoger la bicicleta, lo dejamos escapar. ¿No lo ha visto usted?

—¡No, Jane! —profirió Fatty—. No lo he visto desde mi regreso. ¿Dónde diablos puede estar? Iré a llamarlo por la puerta principal.

Y abriendo la puerta, gritó:

—¡«Buster»! ¡«BUSTER»!

Pero el perrito no apareció. Fatty estaba desconcertado. ¿A dónde había ido el «scottie»? Con todo, se consoló pensando que

acaso reapareciera cuando regresaran sus padres.

Mas no fue así. A la vuelta de éstos, a medianoche, Fatty recibióles con visible preocupación.

—¡Federico! —exclamó su madre—. ¿Cómo no estás acostado ya? ¡Es medianoche!

—¿Habéis visto a «Buster»? —preguntó Fatty—. ¿No? ¡Cáspita! ¿Dónde se habrá metido?

—Probablemente ha ido a visitar a algún amigo y se ha olvidado de la hora, como te ocurre a ti a veces —bromeo su padre. Vamos, acuéstate. «Buster» volverá por la madrugada, despertándonos a todos con sus ladridos a las seis de la mañana.

No había más remedio que acostarse. Fatty se desvistió y deslizóse entre las sábanas. Pero no podía menos de recordar la queda conversación entablada en el vestíbulo de Goon y el mezquino rostro del pequeño Bert. ¿Habría logrado éste apoderarse de «Buster»?

El perrito no acudió ladrando ante la puerta anterior por la mañana. ¡Ni siquiera apareció a la hora de desayunar! Por entonces, Fatty tenía ya la absoluta certeza de que de una manera u otra el chico delgaducho había conseguido apoderarse del pequeño «scottie». Decidió, pues, ir al jardín a investigar. Tal vez allí encontraría algo que explicase la desaparición de «Buster».

Efectivamente, encontró algo. Halló un pedacito de hígado atado a un corto cordel. Fatty abalanzóse sobre su descubrimiento con expresión furiosa.

—¡Ya está todo aclarado! —rugió—. Ese granuja de Bert debía de venir con un poco de hígado sujeto a un cordel y lo fue arrastrando para que «Buster» lo siguiera. Y, sin duda, «Buster» saltó sobre el hígado y partió el cordel por la mitad. Después siguió a Bert y éste dióle más hígado hasta conseguir ponerle una correa y llevárselo consigo.

Tras echar el pedazo de hígado al suelo, el muchacho entró de nuevo en la casa, coléricamente. En el momento que entraba en el vestíbulo, sonó el teléfono. Su padre tomó el receptor.

—¡Dígame! Sí, soy el señor Trotteville. ¿De parte de quién? ¡Ah, señor Goon! ¿Cómo dice? Hable usted más alto, por favor. Sólo oigo un murmullo.

Sobrevino un breve silencio. Fatty quedóse allí cerca escuchando. ¡El señor Goon! ¿Qué significaba todo aquello?

—¡No puedo creerlo! —exclamó el señor Trotteville, dirigiéndose a su comunicante—. «Buster» jamás ha perseguido a nadie, aparte de su manía en mordisquearle a usted los tobillos. De acuerdo. Venga usted a verme. ¡No lo creo!

Y, colgando el receptor el señor Trotteville manifestó, volviéndose a su hijo.

—Ese Polizonte asegura que anoche tu perro «Buster» fue sorprendió «in fraganti», persiguiendo a unas ovejas.

—Imposible —gruñó Fatty—. Debía de ser otro perro.

—Dice que tiene a «Buster» encerrado en su cobertizo —agregó el señor Trotteville—. Si la acusación es cierta, lo matará. ¿Dónde estaba «Buster» anoche?

—Por lo visto, cierta persona se lo llevó con engaños —masculló Fatty—. Y esa persona ha mentido respecto a «Buster». ¿Quién dice haberlo visto persiguiendo ovejas?

—Un muchacho llamado Bert Mickle —declaró su padre—. Goon asegura que anoche, mientras ese chico daba un paseo por el campo, vio a «Buster» inquietando a unas ovejas. Entonces, el muchacho logró capturarlo y, tras atarle una cuerda al collar, se lo llevó al señor Goon. Pero como éste no estaba en casa, el chico encerró al perro en el cobertizo de la casa… y allí está «Buster» todavía. ¿Qué haremos ahora?

—Todo esto es mentira —murmuró Fatty, muy pálido—. Un plan maquinado por los dos. Goon me las pagará todas juntas. ¿Cuándo ha dicho que iba a venir, papá?

—Dentro de media hora —respondió el señor Trotteville—. Lo malo es que tendré que recibirlo. No puedo tragar a ese individuo.

Fatty desapareció. Sabía positivamente que «Buster» no había andado persiguiendo a las ovejas. Constábale, asimismo, que aquel perverso Bert había contado una porción de mentiras y estaba seguro de que Goon lo sabía. ¡Pensar que «Buster» corría peligro de muerte por culpa de todo aquello!

Fatty precipitóse a su cobertizo y allí se puso una peluca pelirroja, unos dientes postizos de plástico y un traje viejo con un delantal azul y blanco de repartidor de carne. Luego, tomando su

bicicleta, pedaleó en dirección a casa de Goon. Una vez ante ella, apostóse, silbando, en la acera de enfrente, fingiendo leer un «tebeo» con gran interés, con el rabillo del ojo atento a la salida de Goon.

Éste apareció al fin con su bicicleta por el portillo y alejóse, tarareando una canción, con aire de sentirse profundamente satisfecho de sí mismo.

Entonces, el chico repartidor de carne de la acera de enfrente dobló su «tebeo», enfurruñado, y dejando su bicicleta junto al bordillo, cruzó la calle y dirigióse a la parte trasera de la casa de Goon.

Fatty echó una ojeada al cobertizo del jardín. Procedente del citado lugar, oíase un quedo y airado ladrido, seguido de unos arañazos en la puerta. Fatty mordióse el labio inferior. ¡No cabía duda! ¡Era «Buster»!

El muchacho llamó a la puerta de la cocina. La señora Mickle no tardó en presentarse, secándose las manos en el delantal, como de costumbre.

—La necesitan en su casa, señora Mickle —declaró Fatty—. Me han mandado decirle que vaya usted inmediatamente.

—¡Cielos! —exclamó la mujer—. ¡Quiera Dios que mi madre no se haya puesto enferma otra vez! ¡Bert! ¡Me voy a casa! Tú quédate aquí hasta que vuelva. El señor Goon ha salido.

—Es preferible que Bert la acompañe a usted —aconsejó con firmeza, deseoso de desembarazarse de ellos lo antes posible.

—No, yo me quedo —replicó Bert, pensando en los bollos y pastelillos que podría afanar de la despensa aprovechando la ausencia del señor Goon y de su madre.

Total que, según todos los indicios, Bert no pensaba moverse de allí. ¡En fin! Habría que obligarle a marcharse.

Tras quitarse el delantal, la señora Mickle se fue presurosamente a su casa. Bert salió a despedirla a la puerta anterior. Entretanto, Fatty, colocándose por la puerta trasera, escondióse en una alacena situada fuera de la cocina.

Después de cerrar la puerta del vestíbulo, Bert reapareció, silbando, dispuesto a meterse en la despensa. Fatty oyóle entrar en la cocina y abrir la puerta de la despensa. Ésta chirrió. Fatty avistó

el exterior de la alacena.

De pronto, una voz cavernosa profirió a espaldas de Bert:

—¡Cuidado! ¡Tus pecados te delatarán! ¡CUIDADO!

Bert volvióse en redondo. La cocina estaba desierta. El chico permaneció inmóvil, tembloroso, con un pastelillo de confitura en la mano.

—¿Quién se llevó a ese perro anoche? —preguntó otra voz, que parecía proceder del otro lado de la cocina—. ¿Quién se lo llevó?

—¡No, no! —chilló el pobre Bert, soltando el pastelillo de la mano—. ¡Yo fui, yo me lo llevé! ¿Quién está hablando?

Un fuerte gruñido sonó en otro rincón. Con un grito de espanto, Bert buscó al perro autor del mismo con la mirada, sin resultado. Entonces, percibió un sonoro mayido.

—¡MIAUuu! ¡MIAUuu!

Pero Bert no vio ningún gato. Entonces, el chico, echándose a llorar, vociferó:

—¡Mamá, mamá!

Pero su madre estaba muy lejos ya, camino de su casa.

—¿Quién dijo una mentira? —prosiguió Fatty—. ¿Quién se llevó a ese perro?

—¡Diré la verdad! —sollozó Bert, aterrado—. ¡Sí, sí! ¡Soy un mal chico!

—¡CUIDADO! —repitió la voz cavernosa.

Aquello era demasiado para Bert. Loco de espanto, el muchacho atravesó el vestíbulo y salió de la casa, dejando abierta la puerta interior en su precipitación. Fatty oyó el rumor de sus pasos, sonriendo. Bert habíaselas pagado todas juntas. ¡Justo castigo por prestarse a condenar a un pobre perro inocente!

Fatty encaminóse al cobertizo del jardín con, un manojo de llaves que había visto pender de un gancho sobre la mesa de la cocina. Una de ellas abrió la puerta del cobertizo.

«Buster» arrojóse sobre su amo, ladrando alborozado y corriendo a carrera tendida a su alrededor. Su amo Fatty se inclinó a cogerlo estrechándolo entre sus brazos hasta dejarlo sin aliento, en tanto el perro «scottie» lamíale incesantemente la cara.

De improviso, Fatty advirtió que el enorme gato negro del señor Goon miraba a «Buster» con ojos soñolientos e insolentes sentado en

lo alto de una tapia. El animal sentíase fuera del alcance de cualquier perro en su alta atalaya, Fatty tuvo una idea.

—Un momento, querido «Buster» —dijo al perrito, encerrándolo en la cocina.

Después, acercándose al gatazo negro, lo acarició, murmurándole frases cariñosas al oído. El gato, con las orejas muy tiesas, ronroneó fuertemente. ¡Casi todos los animales simpatizaban con Fatty!

Por fin, Fatty pudo bajarlo de la tapia y proceder a hacerle mimos, gracias a lo cual logró llevarlo al cobertizo y depositarlo sobre un saco, evidentemente dispuesto allí para «Buster». Tras prodigarle nuevas caricias, el muchacho salió rápidamente del lugar y, cerrando de nuevo la puerta con llave, retrocedió a la cocina para dejar las llaves en su sitio y libertar a «Buster», que arañaba frenéticamente la puerta para volver con Fatty. Éste tomóle en brazos y, saliendo de la casa de Goon, atravesó la calle en dirección a su bicicleta. No bien llegó junto a ella, metió a «Buster» en la cesta y alejóse silbando sonoramente, como cualquier repartidor.

—¡Está bien, señor Goon! —pensó Fatty, riendo—. ¡Ya puede usted llevar a mi padre a ver a «Buster» al cobertizo y amenazar con matarlo! ¡Sólo encontrará a su «propio» gato negro!

Entretanto, «Buster» ladraba alegremente en la cesta. ¿Por qué lo había encerrado? El perrito lo ignoraba. Pero ya no importaba lo sucedido. Hallábase de nuevo al lado de Fatty y esto bastaba para hacerle feliz.

Fatty entró en su jardín por el portillo posterior y, una vez en su cobertizo despojóse de su disfraz de repartidor. Luego, con muchas disculpas, encerró a «Buster» en el cuarto y encaminóse a la casa. ¿Estaría aún allí el señor Goon? ¡Bah! ¡Lo mismo daba! ¡Dijera lo que dijera, «Buster» estaba a salvo!

Capítulo VIII

El señor Goon tiene un sobresalto

El señor Goon llevaba unos cinco minutos en casa de Fatty, gozando inmensamente de la situación. Sabía que ni el señor ni la señora Trotteville teníanle simpatía y, por ende, se refocilaba de poder darles aquella mala noticia acerca de «Buster».

Fatty entró pausadamente en la habitación y el visitante miróle con expresión triunfante.

—Buenos días, señor Goon —saludó el muchacho—. ¿Qué hermoso día abrileño, eh? ¿Tiene usted ya algún misterio en perspectiva?

—He venido para tratar de ese perro tuyo —espetó el señor Goon, casi gozosamente—. Han vuelto a sorprenderle inquietando a las ovejas.

—Paparruchas —repuso Fatty, vivamente—. «Buster» no ha inquietado a una oveja en su vida.

—Tengo pruebas —profirió Goon, poniéndose algo colorado—. Y además, tengo al perro encerrado en mi cobertizo.

—No lo creo —replicó Fatty—. Quisiera verlo con mis propios ojos. Me juego cualquier cosa que no es «Buster».

El señor Trotteville miró a su hijo, sorprendido. Fatty, guiñóle un ojo. Entonces, su padre lanzó un suspiro de alivio. No tenía idea de lo que Fatty se proponía, pero empezaba a sospechar que Goon no se saldría con la suya respecto a aquel cuento sobre «Buster».

Las palabras de Fatty tuvieron la virtud de poner a Goon como la grana de puro sofoco.

—Si fuera usted tan amable —farfulló el hombre, volviéndose al señor Trotteville—, de acompañarme a identificar el perro,

saldríamos pronto de dudas. Federico podría venir también. Al fin y al cabo, es su perro.

—Con mucho gusto —accedió Fatty—. ¿Vienes tú también, papá?

—Sí —afirmó su padre, todavía desconcertado por la actitud de Fatty—. Voy a sacar el coche. Tú vendrás conmigo, Federico. Usted, Goon, vaya en su bicicleta, y ya le alcanzaremos.

El señor Trotteville fue a buscar el coche. Goon desapareció en su bicicleta, sofocado pero triunfante. Fatty dirigióse al teléfono.

—¿Es usted la señora Hilton? Buenos días. Por favor, ¿podría hablar con Pip? Es cuestión de un momento.

En cuanto el muchacho se puso al aparato, Fatty le dijo con apremio:

—Oye, Pip, no hay tiempo para explicaciones. Desearía que me hicieras un favor.

—De acuerdo —accedió Pip, en tono excitado—. ¿Hay algún misterio a la vista?

—No, nada de eso. Atiende. Quiero que vengas aquí inmediatamente, abras mi cobertizo, saques a «Buster» y lo lleves a casa de Goon atado con una correa. Una vez allí, no entres en la casa. Limítate a aguardarme fuera. ¡Entonces te lo contaré todo!

Fatty colgó el receptor, y frotándose las manos, se dijo con una sonrisa:

—¡Ah, señor Goon! ¡Qué sorpresa le espera a usted!

A poco, subió al coche, al lado de su padre.

—Colijo, Federico —comentó éste, mirándole de reojo—, que estás pasando un buen rato con este asunto de «Buster». Pero supongo que no querrás decirme el motivo de esa euforia.

—Estás en lo cierto, papá —respondió Fatty, jovialmente—. Sólo te adelantaré lo siguiente: Goon me ha jugado una mala pasada, pero no va a salirse con la suya.

Después de este breve comentario, ambos guardaron silencio. El señor Trotteville dirigióse directamente a casa de Goon y, al llegar a ella, padre e hijo se apearon. El señor Goon acababa de llegar, a su vez, y su asombro no tuvo límites al encontrarse con la casa absolutamente desierta. ¿Dónde estaban Bert y la señora Mickle?

En el preciso momento en que el señor Trotteville y Fatty

franqueaban la puerta anterior, entraban, por la trasera la señora Mickle y su hijo. Éste tenía los ojos enrojecidos y parecía asustado. La señora Mickle estaba encolerizada.

—Siento haber abandonado la casa con tanta precipitación, señor Goon —disculpóse la mujer—, pero, verá usted, se presentó aquel condenado chico de la carnicería diciendo que me necesitaban en casa y yo salí corriendo hacia allí dejando a Bert al cuidado de ésta. Lo malo es que hice el viaje en balde porque el chico de la carnicería me engañó. ¡Verá cuando le pille!

De pronto, Bert lanzó un sollozo.

—Y Bert —agregó la señora Mickle, disgustada—, a quien dejé aquí hasta que usted regresara, señor, vino a casa corriendo y dando unas voces de espanto, asustado de haberse quedado solo en la casa y explicando no sé que cuentos inverosímiles.

—Señor Trotteville —declaró Goon—, éste es el muchacho que sorprendió a «Buster» persiguiendo ovejas anoche.

—¡No, no es cierto! —soltó Bert, de repente echándose a llorar —. ¡No es verdad!

—¡Bert! —reconvino su madre—. ¿Cómo puedes decir esas mentiras? ¡Pero si yo misma te lo oí contar al señor Goon esta mañana!

—No, no es verdad, no es cierto —insistió Bert, con un nuevo sollozo.

—Supongo que está un poco nervioso —comentó Goon, sorprendido y contrariado—. Tú mismo cogiste al perro, ¿no es eso, Bert?

—No, no es verdad —farfulló Bert, al parecer absolutamente incapaz de decir otra cosa.

Goon decidió no insistir sobre el asunto.

—En fin —dijo—. El perro está en el cobertizo, y es el mismo que trajo Bert para encerrarlo allí.

—¡No es verdad! —repitió Bert, despertando en el señor Goon el deseo de tirarle de las orejas.

El rollizo policía atravesó la cocina en dirección al jardín, tomando consigo las llaves del cobertizo. Luego, tras introducir una de ellas en la cerradura, abrió la puerta de par en par, en espera de que apareciese «Buster», delatándose a sí mismo.

Pero, en lugar del supuesto perro, salió arrogantemente el enorme gatazo negro del señor Goon y sentándose en el exterior del cobertizo, procedió a lavarse primorosamente.



Poco faltó para que a Goon se les salieran los ojos de las órbitas. Fatty soltó una carcajada y Bert lanzó un chillido de espanto. En realidad, Bert «había» metido a «Buster» en el cobertizo y la aparición del gato negro en vez del perro llenó de terror al pobre

muchacho.

—¡No, no es verdad! —sollozó, ocultando la cara en el delantal de su madre.

Goon abrió y cerró sucesivamente la boca como una carpa, sin acertar a articular una sola palabra. El gato siguió lavándose y Bert siguió berreando.

—Bien, señor Goon —dijo, al fin, el señor Trotteville, sin poder disimular su enojo—. Si resulta que lo que encerraron en este cobertizo es un gato en lugar de «Buster», no creo que merezca la pena de que perdamos más tiempo con usted. ¿No decía que había visto al perro encerrado en el cobertizo?

Pero lo cierto era que Goon no había visto a «Buster». Al llegar Bert con el perro, él estaba ausente y habíase fiado de la palabra del chico. De modo que, al presente, no sabía a ciencia cierta si Bert había encerrado a un perro o al gato. Excuso decir que miró al chico como si quisiera fulminarle.

Bert echóse de nuevo a llorar y, sacándose media corona del bolsillo, tendióla a Goon, sollozando:

—Aquí tiene usted. He sido muy malo. Aquí está la media corona que me dio usted, señor Goon. Nunca más volverá a perseguir perros por cuenta suya.

—Bien —intervino el señor Trotteville, fríamente—. Creo que ya hemos oído bastante. Merecería usted una denuncia por todo esto, Goon. Y estoy dispuesto a presentarla. Vamos, Federico.

—¡Pero… pero le aseguro que no comprendo lo ocurrido! —barbotó Goon, desencajado—. ¡Le juro que «oí» ladrar al perro en el cobertizo! ¡Eh, escuchen! ¿No es ése que ladra ahora?

¡Efectivamente, era él! Pip procedía a pasearse por la acera anterior, con «Buster» sujeto a una correa y éste, al reconocer el coche del señor Trotteville aparcado en las inmediaciones, se puso a ladrar con fuerza como un loco de contento.

Todos fueron a la puerta principal… y el pobre Goon estuvo a punto de desmayarse al ver al propio «Buster» tirando de la correa de Pip y ladrando frenéticamente.

—Hola, Pip —saludó Fatty, con voz muy natural—. Gracias por llevar a «Buster» de paseo. Quítale la correa, ¿quieres?

—¡No, no! —rogó Goon, recobrando súbitamente el habla—.

Aguardad a que esté dentro.

Y, metiéndose en la casa como un rayo, cerró la puerta de golpe. Fatty sonrió a su padre.

—Me «gustaría» saber cómo se las arregló el gato para ocupar el lugar del perro —murmuró el señor Trotteville, subiendo al coche con Fatty y «Buster».

Pip subió también, desconcertado, pero con el rostro iluminado por una sonrisa.

—Ya te lo contaré cuando lleguemos a casa —prometió Fatty—. ¡Vive Dios! ¡Por nada del mundo quisiera estar en el pellejo de Bert ahora!

Bert estaba, en efecto, pasando un mal rato. La señora Mickle lloraba, Bert berreaba y Goon sentía deseos de hacer lo propio. ¡Qué estúpido, qué imbécil había sido de llevar a su casa a aquel emperingotado señor Trotteville para enseñarle un perro encerrado en el cobertizo! ¡Pensar que en su lugar, había aparecido su propio gato negro! ¡Qué papel más ridículo!

Bert contó un extraño cuento sobre unas voces procedentes de todos los rincones, mientras se hallaba solo en la casa, Goon miró a su alrededor, intranquilo. ¿Voces? ¿Qué insinuaba Bert? De repente, recordó la habilidad de Fatty en modificar su voz, lo mismo que un ventrílocuo. ¿«Habría» Fatty estado allí? ¡No, imposible!

Cuanto más reflexionaba sobre ello el pobre Goon, tanto más imposible se le antojaba. Miró a Bert con tal aversión, que el chico optó por marcharse a casa. ¿Cómo iba a estar de buen humor después de oír aquellas voces y ver a su madre enojada con él y al señor Goon fulminándole con la mirada? Lo mejor era tomar las de Villadiego.

Entretanto, mientras circulaban por la calle Mayor, Fatty, dijo a su padre:

—Creo, papá, que Pip y yo nos apearemos del coche para comprar un helado. Me apetece tomar uno. A ti también te invitaremos «Buster».

—Está bien —accedió su padre, deteniéndose—. Me alegro de que «Buster» esté sin novedad, Federico: ya me lo contarás todo después.

Fatty y Pip se apearon con «Buster».

—¡Anda, cuéntame lo sucedido! —instó Pip.

—Entremos en esta heladería y te lo contaré todo —dijo Fatty—. Goon intentó jugarme una mala pasada, pero le salió el tiro por la culata. Ven conmigo.

Y, mientras ambos y «Buster» saboreaban tres deliciosos helados, Fatty refirió al horrorizado Pip la espantosa histona de cómo «Buster» había estado a punto de ser muerto de un tiro injustamente. Al oír semejante atrocidad, Pip estuvo a punto de atragantarse con un sorbo de helado.

—Mira —murmuró éste de pronto—, ahí van Larry, Daisy y Bets. ¿Por qué no vamos a decirles que entren ellos también? Debemos ponerlos en antecedentes.

Pero resultó que los otros tres habían tomado ya unos helados, e iban en busca de algo.

—Larry se olvidó la gamuza en el jardín de aquella villa a donde fue a limpiar los cristales el otro día, y ahora mamá la está buscando por toda la casa —explicó Daisy—. De modo que hemos juzgado conveniente ir a buscarla entre los arbustos. Seguramente, sigue allí caída.

—Iremos todos —resolvió Fatty—. Luego, podéis veniros a casa conmigo y os contaré una historia muy peregrina. «Peregrinísima», ¿verdad, «Buster»?

—¿Se trata de algún misterio? —inquirió Bets, ilusionada, en tanto emprendían todos la marcha.

—Desgraciadamente, no —repuso Fatty, meneando la cabeza—. No hay el menor indicio de un posible misterio. Oye, Larry, ¿no es aquélla la casita que buscamos?

—Sí —asintió Larry.

Y entró en el jardín. Pero, a poco, reapareció presurosamente, con cara muy asustada.

—¡Escuchad! —farfulló—. ¡Dentro de esa casa hay alguien gritando desaforadamente! Me ha parecido oír que chillaba: «¡Policía! ¡Policía! ¡Policía!».

—¿«De veras»? —exclamó Fatty—. Venid, vamos a ver qué sucede.

Todos en comisión franquearon el portillo. Fatty acercóse a la puerta. Estaba cerrada. Procedente del interior, llegaba una especie

de sonoro graznido, repitiendo:

—¡Policía, policía! ¡Avisen a la policía!

—¿Qué habrá sucedido? —mascultó Fatty—. Creo que lo más aconsejable es entrar a echar un vistazo.

Capítulo IX

El viejo de la villa

Los cinco muchachos y «Buster» remontaron el sendero. La puerta anterior estaba cerrada. Fatty fue a atisbar a través de una de las ventana, seguido de los demás.

Unas cortinas verdes descorridas permitían el paso de la luz al interior de la estancia. En medio de ésta había un anciano sentado en un pequeño sillón. El desconocido agitaba los brazos, gritando:

—¡Policía, policía! ¡Avisad a la policía!

—Es el viejo que vi cuando limpié los cristales —declaró Larry—. ¿Qué le ocurre? ¿Por qué quiere que venga la policía?

Todos observaron al anciano. Llevaba un batín sobre un pijama, y un gorro de dormir que se había resbalado a un lado de la calva cabeza. Lucía, además, una pequeña barba y una bufanda alrededor del cuello.

Junto a la estufa veíase una silla de ruedas con una manta a punto de escurrirse del asiento, y sobre un anaquel cercano había una pequeña radio portátil, al alcance de la mano del anciano. Los chicos percibieron su recio sonido.

—Algo ha trastornado al viejo —infirió Fatty—. Vayamos a comprobar si la puerta tiene echada la llave.

Así, pues, retrocedieron a la puerta y Fatty dio vueltas al pestillo. La puerta abrióse al punto.

Todos entraron en la casa, con inclusión de «Buster». El anciano no los vio ni oyó. Seguía sentado en el sillón, agitando los brazos y llamando a la policía.

Fatty le tocó en un brazo, y el viejo, dando un respingo, cesó de gritar y levantó hacia el muchacho unos ojos llorosos.

—¿Quién es usted? —inquirió, palpando la americana de Fatty—. ¿Un policía? ¿Quién es usted?

—Verá usted —exclamó Fatty, en voz muy alta—. Al pasar por la calle, le oí gritar a usted y he entrado a ver lo que pasaba. Estoy aquí con unos amigos. ¿Podemos ayudarle? ¿Qué ha sucedido?

Saltaba a la vista que el anciano estaba casi ciego. Con mucha dificultad, escudriñó a los demás, componiéndose el batín. El infeliz tiritaba.

—Ea, vuelva usted al lado de la estufa —aconsejó Fatty—. Yo le sujetaré por un brazo y Larry por el otro.

Y volviéndose a sus compañeros, agregó:

—El pobre señor ha tenido algún susto. Está temblando. ¡Apaga esa radio, Bets!

El viejo no opuso resistencia a que le ayudaran a trasladarse a la silla de ruedas. Sentóse en ella con un suspiro, y permitió que Daisy le arreglase los cojines y la manta.

—¿Quién sois? —preguntó el hombre, mirándolos de nuevo—. ¡Avisad a la policía! —insistió, con voz temblorosa.

—Primero díganos, qué ha sucedido —instó Daisy.

Pero como el viejo no pareció entender la pregunta, la muchacha tuvo que repetirla en voz más alta.

—¿Qué os diga qué ha sucedido? —farfulló el viejo, casi a voz en grito—. ¡Qué mi dinero ha desaparecido! ¡Todo mi dinero! Y ahora, ¿qué será de mí?

—¿Cómo sabe usted que ha desaparecido? —preguntó Fatty—. ¿No lo guardaba usted en el banco o en la estafeta?

—¡Nada de bancos! —gimió el viejo—. ¡No me fío de tos bancos! Lo escondí donde nadie pudiera encontrarlo. Ahora ha desaparecido.

—¿Dónde lo tenía escondido? —interrogó Larry.

—¿Qué, cómo dices? —barbotó el viejo, poniéndole la mano detrás de la oreja—. Habla en voz algo más alta.

—He dicho. ¿DÓNDE LO TENÍA USTED ESCONDIDO? —repitió Larry.

Una expresión asomó al rostro del viejo.

—No puedo decírtelo —repuso, meneando la cabeza—. Es mi secreto. Estaba escondido donde nadie pudiera encontrarlo. Pero

ahora ha desaparecido.

—Si nos dice dónde lo guardaba, registraremos bien el lugar para ver si damos con él —propuso Daisy.

—¡No! —replicó el viejo, meneando la cabeza con más fuerza que nunca—. ¡Avisad a la policía! ¡Quiero que venga la policía! ¡Han desaparecido mis doscientas libras! ¡Todos mis ahorros! La policía recuperará ese dinero. ¡Id a por ella!

A Fatty no le hacía ni pizca de gracia ir en busca del señor Goon. Éste los despacharía sin permitirles intervenir. Como de costumbre, mostraríase mandón y dominante.

—¿Cuándo ha echado usted de menos el dinero? —preguntó Fatty.

—Hace apenas diez minutos —respondió el viejo—. Al ir a buscarlo, me encontré con que había desaparecido. ¡Soy un pobre hombre y me han robado! ¡Avisad a la policía!

—No se preocupe, ya la avisaremos —tranquilizóle Fatty—. Pero antes dígame cuándo vio usted el dinero por última vez. ¿Se acuerda?

—¡Naturalmente que sí! —exclamó el viejo, enderezándose el gorro—. Aunque, en realidad, no lo «vi». Estoy casi ciego. Lo que hice fue «palparlo». Y estaba en su sitio.

—¿Cuándo fue eso? —insistió Fatty, pacientemente.

—Anoche —contestó el viejo—, a eso de medianoche. Estaba acostado ya, pero como no podía conciliar el sueño, me senté en la cama, preocupado por mi dinero. Sabed que estoy solo en la casa desde que se ausentó mi hija. Por fin, me levanté de la cama y me vine acá a palpar mi dinero. Comprobé entonces que seguía en su sitio.

—Comprendo —murmuró Fatty—. Según eso, alguien debe de haberse apoderado de él entre entonces y ahora. ¿Ha venido a verle alguien esta mañana?

—Por supuesto —asintió el anciano—. Pero ahora estoy atontado. No recuerdo exactamente quién vino, excepto mi nieta, claro está, que viene diariamente a hacer la limpieza. Es una buena chica. También estuvo aquí el tendero. Pero me hago un lío. ¡Llamad a la policía! ¡Ella recuperará mi dinero!

Una gruesa lágrima resbaló por la mejilla del anciano. Bets

sintió profunda compasión por él. ¡Pobre viejo!, solo y sin dinero. ¿Dónde estaría éste? ¿De veras se lo habían robado o era simplemente que el hombre no se acordaba de dónde lo había puesto? ¡Ojalá pudieran aclarar aquel punto!

—Tendremos que decírselo a Goon —cuchicheó Fatty a sus compañeros—. ¡Qué lástima! ¡De haber tenido una oportunidad, podríamos haber aclarado esto nosotros mismos!

De improviso, los cinco amigos percibieron un rumor de pasos en el sendero. ¿Quién sería? Alguien llamó con fuerza a la puerta. Luego, giró el pestillo y apareció un hombre. Al ver a los muchachos el recién llegado quedóse mirándolos, sorprendido. «Buster» se puso a ladrar sonoramente.

—¡Hola! —saludó el hombre, joven y elegantemente vestido—. ¿Quién sois vosotros? ¿Habéis venido a visitar a mi tío abuelo? ¡Hola, tío! ¿Cómo estás?

—¡Oh, Wilfrid! ¿Eres tú? —preguntó el viejo, tendiendo una mano para averiguar dónde estaba su sobrino—. ¡Oye, Wilfrid! ¡Mi dinero ha desaparecido!

—¿Cómo? —exclamó Wilfrid—. ¿Desaparecido? ¿Qué insinúas? ¡Ya te decía yo que alguien te lo robaría por no dejármelo meter en el banco!

—¡Ha desaparecido! —repitió su tío, meciéndose en la silla.

—¿Dónde lo guardabas? —inquirió Wilfrid, echando una mirada circular—. ¡Apuesto a que no lo han robado, tío! ¡Probablemente no recuerdas dónde lo escondiste! Vamos haz memoria. ¿En la chimenea? ¿Debajo de una tabla del suelo de madera?

—No pienso decírselo a nadie —espetó el viejo—. ¡Quiero que venga la policía! Estoy cansado. ¡Quiero mi dinero y exijo que venga la policía!

—Si usted quiere, iremos a telefonear a la policía —ofreció Fatty —. Me ha parecido ver cables telefónicos en la casa de al lado. Supongo que me dejarán telefonear.

—A propósito —indagó Wilfrid, bruscamente—. ¿Qué hacéis «vosotros» aquí?

—Nada. Oímos gritar a ese señor al pasar por la calle —respondió Fatty, juzgando más prudente no aludir para nada a la ida de Larry al jardín de la villa, en busca de la gamuza perdida

entre los arbustos—. Bien, quedamos en que ahora mismo vamos a telefonear. Estoy seguro que la policía se presentará aquí dentro de pocos minutos.

—Adiós —dijo Bets al viejo.

Pero éste no la oyó.

—¡Mi dinero! —gemía quedamente—. Y ahora, ¿qué haré? ¡Ha desaparecido hasta el último penique!

Los cinco muchachos salieron de la casa con «Buster». Tras descender por el sendero, caminaron junto a la valla hasta llegar a Green-Trees. Una vez ante la puerta principal, pintada de azul, Fatty llamó al timbre.

A poco, hizo acto de presencia una mujer de rostro muy agradable y aspecto de francesa. Fatty llegó al punto a la conclusión de que a buen seguro se trataba de la hermana de aquel viajero tan abrigado que tantos apuros había pasado para dar con la casa.

—Discúlpeme —dijo Fatty, cortésmente—. ¿Tendría usted la bondad de dejarme telefonear? Al señor de al lado le han robado, queremos llamar a la policía.

—¿Qué han robado en la casa vecina? —exclamó la mujer, sobrecogida—. ¡Pobre señor! ¡Sí! ¡Pasar a telefonear! Él teléfono esté en esa habitación dentro de un cajón.

La mujer hablaba correctamente el inglés, con un ligero acento extranjero sumamente agradable. Se parecía mucho a su hermano por lo morena y lo rolliza.

Los condujo a una sala inmediata al vestíbulo. Junto a la ventana, había un canapé y sobre él estaba acostado un hombre, tosiendo. Al oír rumor de pasos, el desconocido volvió a mirar.

—Henri —dijo la mujer—. Estos niños desean telefonear. Supongo que no tienes inconveniente.

Pero, al mirarlos, exclamó asombrado:

—¡«Carramba»! ¡«Pero zi ya loz conozco»! «Nest-ce-pas»?

—Sí —confirmó Fatty—. Lo guiamos a Green-Trees, ¿recuerda?

—Sí… «Grintriss» —aprobó el hombre con una sonrisa.

Sin su grueso abrigo, su bufanda y su encasquetado sombrero, parecía otra persona, más joven y agradable.

—Ya perdonaréis que no me mueva —excusóse, tosiendo—. No me encuentro muy bien.

—¡No faltaba más! —disculpó Fatty—. Espero que no le molestará que nos presentemos así, pero sucede que al señor anciano de la casa vecina le han robado su dinero —o al menos así dice— y queremos avisar a la policía.

Fatty descolgó el receptor.

—Con la policía local, por favor —dijo a la telefonista.

Una recia y seca voz masculló al otro lado del hilo:

—Aquí, el agente Goon. ¿De parte de quién?

—De… de Federico Trotteville —balbució Fatty—. Sólo deseaba decirle que…

Sus palabras fueron acogidas con un fuerte resoplido, seguido de un chasquido. ¡Goon había colgado el receptor en un acceso de ira!

—¡Atiza! —exclamó Fatty estupefacto—. ¡En cuanto se ha puesto al habla conmigo, Goon ha colgado el aparato! Supongo que está un poco furioso por lo de «Buster». Voy a intentarlo otra vez.

Al oír de nuevo la voz del policía, el chico explicó:

—Atienda, señor Goon. ¿Hace usted el favor de ir a la villa «Acebos» de la calle del Acebo? Ha habido un robo allí.

—Como vuelvas a molestarme con tus tonterías, te denunciaré al Cuartel General —soltó Goon—. No pienso salir tras un ladrón imaginario para que tú vuelvas por aquí a encerrar a mi gato en el cobertizo. Ni lo sueñes…

—¡ESCUCHE, SEÑOR GOON! —vociferó Fatty—. ¡Le aseguró que no es ninguna broma! ¡Es…!

¡Zas! Goon había colgado otra vez. Fatty hizo lo propio, mirando a los otros con cómica consternación.

—¡Goon se ha vuelto loco! ¡Cree que le estoy tomando el pelo! ¿Qué haremos ahora?

—Telefonear al Superintendente Jenks —sugirió Daisy—. ¡No hay otra solución, Fatty!

—¡De acuerdo! —convino Fatty—. ¡Voy a llamarlo! ¡Conste que ese Goon lo tiene bien merecido!

Capítulo X

Goon entra en acción

Fatty llamó al Cuartel de Policía de la población inmediata, preguntando por el Superintendente Jenks.

—Ha salido —respondió una voz—. ¿De parte de quién?

—… De de Federico Trotteville —titubeó Fatty, desilusionado—. Solamente deseaba dar parte de que se ha cometido un robo en una casa llamada «Acebos», de la calle del Acebo, Peterswood. El anciano que ha sido objeto de ese robo me ha encargado que avise a la policía.

—En este caso, debe usted telefonear a la policía de «Peterswood» —repuso la voz.

—Ya he telefoneado —declaró Fatty—, pero… pero no he podido localizarlos. ¿Le importaría ponerles en antecedentes usted mismo?

—De acuerdo —accedió la voz—. Robo… Acebos… Calle del Acebo… Peterswood. ¿Y usted se llama…?

—Federico Trotteville —contestó Fatty.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! —exclamó la voz, en tono más cordial—. Es usted amigo del Superintendente, ¿verdad? Perfectamente, señor. Déjelo en mis manos.

Así que, una vez más, sonó el teléfono en el domicilio de Goon, y éste atendió de nuevo a la llamada, tomando el receptor coléricamente ante la certeza de que volvía a tratarse de Fatty.

—¡Diga, diga! —rugió—. ¿Quién llama?

—Aquí, el Cuartel de Policía —respondió una sorprendida voz —. ¿Es usted el agente Goon? Un muchacho llamado Federico Trotteville acaba de…

—¡Bah! —gruñó Goon, incapaz de contenerse.

—¿Cómo dice? —exclamó la voz, aún más sorprendida.

—No, nada —repuso Goon—. Es que me ha dado un poco de tos. ¿Qué le pasa a ese chico?

—Ha dado parte de un robo en una casa llamada «Acebos» en la calle del Acebo, o sea en su sector.

Goon quedóse boquiabierto. ¿De modo que Fatty no había tratado de engañarle y había habido un robo de verdad? ¡Qué demonio de chico! ¡Después de hacerle aquellas jugarretas con Bert y el gato y largarse tan ricamente con «Buster», descubría un robo! ¡Era desconcertante!

—¿Está usted ahí? —inquirió la voz, impacientemente—. ¿Se ha enterado de lo que le he dicho?

—Pues… sí… sí —farfulló Goon, tomando unas notas—. Gracias. Ahora mismo salgo para allá.

—Es lo mejor que puede hacer —gruñó la voz, desconcertada y enojada.

Sonó un chasquido. Goon quedóse mirando el teléfono atontado y, al fin, colgó a su vez, el receptor. Ahora le darían un rapapolvo por obligar a Fatty a telefonear al Cuartel General. ¿Por qué no le había hecho caso cuando el chico le avisó?

El policía sacó su bicicleta, gritando a la señorita Mickle:

—¡Supongo que volveré dentro de media hora! ¡Téngame la comida a punto! ¡Es un caso urgente!

Mientras Goon pedaleaba hacia el lugar, los cinco muchachos seguían en Green-Trees, charlando con el francés, que resultó llamarse Henri Crozier. Por entonces, los chicos habíanle contado ya todo lo referente al viejo de la casa vecina.

—Desde mi canapé, veo perfectamente el portillo y el sendero de la casa —dijo Henri—. Rogué a mi hermana que instalara el canapé porque desde este mirador disfruto de muy buena vista y me distraigo viendo pasar a la gente por la calle.

Todos miraron a través de los cristales de la ventana.

—En este caso, me figuro que nos vio usted entrar en la casa —coligió Fatty.

—Desde luego —afirmó Henry—. Primero vi a ese muchacho… ¿cómo dijiste que te llamabas? ¡Ah, sí! ¡Larry! Pues bien, Larry

entró en el jardín y, tras recorrer el sendero, retrocedió corriendo hacia vosotros. Entonces, entrasteis todos en el jardín y desaparecisteis por la puerta anterior.

Larry se sonrojó. ¡Ojalá Henry no le preguntase por qué había entrado él primero en el jardín. No sería fácil explicarle a santo de qué había dejado olvidado una gamuza entre los arbustos!

Afortunadamente, en aquel preciso momento entró en la sala la hermana del francés. La dama se llamaba señora Harris y su esposo, a la sazón, era inglés. Traía consigo una caja de bombones franceses, muy grandes y sabrosos.

—¡Muchas gracias! —exclamó Daisy, tomando uno.

Todos participaron del convite, complacidos. Mientras picaban de la caja, Henri lanzó una súbita exclamación.

—¡Mirad! ¡Ahí llega la policía!

Efectivamente: el señor Goon remontaba el sendero de la villa vecina, con la bicicleta al lado. A poco, el joven Wilfrid abrió la puerta y, tras murmurarle unas palabras, desapareció en la casa con el policía.



—Bien —suspiró Fatty—, supongo que ahora el viejo estará satisfecho. ¡Caramba! ¡Qué bombón más estupendo! Aquí no tenemos bombones tan ricos, señora Harris.

—Debemos marcharnos —propuso Pip, consultando su reloj—. ¿Sabéis que es casi la una? ¡Cielos! ¡Mamá nos dijo que debíamos estar en casa a la una menos cinco! ¡Apresúrate, Bets!

Los cinco se despidieron de Henri y de su hermana.

—¿Volveréis otro día? —preguntó éste—. ¡Henri se aburre

tanto! Ha estado muy enfermo y ha venido a pasar una temporada conmigo para convalecer. Venid a visitarle alguna vez.

—Gracias, con mucho gusto —aceptó Fatty, haciendo votos porque el señor Goon no se le ocurriese también ir a ver a Henri y su hermana para preguntarles si había visto entrar visitantes en la casa vecina aquella mañana. Resultaría muy embarazoso explicar la visita de Larry a la villa una hora atrás. ¡Todo por culpa de aquella gamuza! Y, sin embargo, si Larry no hubiese ido en su busca, no habría oído chillar al viejo.

—¡Cáspita! —profirió Larry—. ¡Y a todo esto, sigo sin recuperar la gamuza de mamá! ¡Qué estúpido soy! Ahora mismo voy a buscarla.

—No, nada de eso —repuso Fatty con firmeza—. Déjala ahí. ¿Quieres que Goon salga a preguntarte qué estás haciendo en el jardín? Ya irás a por ella cuando Goon no ande por aquí.

Todos regresaron a sus respectivos hogares. Fatty reflexionó sobre el caso. ¿Por qué el viejo habíase negado a decir dónde tenía escondido el dinero? Su actitud era muy pueril, pues cabía la posibilidad de que el hombre no se acordara del lugar donde lo había escondido y lo hubiese buscado en otro sitio.

—Larry dijo que había visto arrastrarse al viejo por el aposento, palpando de bajo de los muebles, el día que fue a limpiar las ventanas —pensó Fatty—. ¿Por qué palpaba «tantos» muebles? ¿Escondía el dinero unas veces en un sitio y otras en otro, o bien lo repartía entre varios, en forma de billetes? Eso es lo más probable. De todos modos, no se trata de un «auténtico» misterio, sino de un robo corriente y moliente. Goon no tardará en encontrar al ladrón. Le basta obtener una lista de las personas que visitaron la villa esta mañana y proceder por eliminación.

Aquella tarde Goon presentóse en casa de Fatty, preguntando por el muchacho. Jane lo hizo pasar al despacho.

—Ese policía gordinflón desea verle a usted, señorito Federico —declaró la doncella, al localizar a Fatty—. ¡Supongo que «Buster» no se habrá metido en otro lío!

—¡Guau! —ladró el «scottie», retozando alrededor de Jane.

Fatty vaciló en llevarse el perrito al despacho con él o dejarlo donde estaba. Por fin, inclinóse por lo primero. La presencia de

«Buster» mantendría al policía en su lugar.

Así, pues, Fatty entró en el estudio, seguido del perro. Goon aguardaba de pie, junto a la ventana, con expresión engurruñada. Sentíase irritado por una porción de cosas, y su enojo fue en aumento al ver a «Buster» olfateándole los zapatos.

—Ven acá, «Buster» —ordenó Fatty—. ¿No quiere usted sentarse, señor Goon? ¿En qué puedo servirle?

Goon dio media vuelta, mirando a «Buster» sombríamente. ¡Maldito perro! ¿Habríale encerrado o no en el cobertizo la noche anterior aquel condenado de Bert? ¡Aún no había podido arrancarle una palabra a aquel tunante!

El policía tomó asiento pesadamente y, sacándose del bolsillo una voluminosa agenda, suspiró:

—Vengo por lo del robo.

—Conste que yo no soy el culpable —saltó Fatty—. Le aseguro que…

—Ya sé que no eres el culpable —interrumpió el señor Goon, lamentando esa inculpabilidad—. Lo que deseo saber es por qué rara casualidad os hallabais en los alrededores de la casa cuando el viejo pidió socorro.

—No pedía socorro —corrigió Fatty—. Llamaba a la policía.

—¡Bah! —resopló Goon—. Ya sabes a qué me refiero. Se me antoja muy curioso que estéis siempre merodeando cerca cuando ocurre algo. Lo que hacéis es espiar, entorpecer la acción de la Ley.

—Si eso es todo cuanto ha venido a decirme, puede usted dar por terminada esta entrevista —refunfuñó Fatty, poniéndose en pie —. No tengo inconveniente en ir a ver al superintendente esta tarde, en mi bicicleta, para «contárselo» todo. No quiero entorpecer la Ley, sino colaborar con ella. Nos encontrábamos presentes en el lugar por pura casualidad. Bien, buenas tardes, señor Goon.

El hombre dio muestras de puro desconcierto.

—Vamos, siéntate —rogó, adoptando un tono más amable—. Me he limitado a comentar el hecho extraordinario de que siempre estéis presentes cuando sucede algo. ¿Qué tiene de particular ese comentario?

—Habló usted de merodear y de espiar —reconvino el pequeño Fatty.

—¡Bah, no hagas caso! —disculpóse el señor Goon, sacando un enorme pañuelo para enjugarse la frente—. Estoy un poco trastornado. Olvida eso. No quisiera interpelarte, pero la ley es la ley. Nada más contrario a mis deseos que volverte a ver hoy. Pero tengo que formularte unas preguntas, toda vez que tú y tus amigos fuisteis, como aquél que dice, los primeros en presentaros en el lugar en cuestión.

—Pregunte usted —accedió Fatty—, pero procure abreviar, tengo mucho quehacer. Por lo que más quiera, no sea prolijo.

Goon preguntóse qué quería decir la palabra «prolijo». ¡Probablemente alguna impertinencia! Tendría que consultar el diccionario a su regreso.

De momento procedió, pues, a formular a Fatty unas pocas preguntas de rutina. ¿A qué hora habían pasado por allí? ¿Algún sospechoso por las cercanías? ¿Algo desordenado en la sala de estar? ¿Qué había dicho el viejo?

Fatty contestó sincera y concisamente, felicitándose de que Goon no sospechara que, en realidad, habían ido al jardín de la villa a por algo. El agente imaginaba que los muchachos habían salido a dar un paseo y oído los gritos del hombre por casualidad, al pasar ante la casa. Así debió ser.

—Eso es todo —masculló Goon, al fin.

Fatty se dijo que el policía había formulado preguntas muy atinadas, sin olvidar ningún detalle importante.

—Bien —titubeó Goon, mirándole—. Supongo que ya tienes alguna idea propia sobre el caso.

—¡Por supuesto! —asintió Fatty—. No dudo que será muy fácil encontrar al ladrón. ¿No le ha dado el viejo una lista de las personas que le visitaron esta mañana?

—Lo cierto es que el hombre estaba como atontado —explicó Goon—. A lo mejor me dio los nombres de los visitantes de «ayer». Está muy viejo y desmemoriado. No me sorprendería que el dinero siguiera escondido en la casa. ¿Tú… qué… opinas de todo esto?

Pero Fatty no estaba dispuesto a ayudarle en lo más mínimo. No podía perdonarle que hubiese dado a Bert media corona para apoderarse de «Buster». Así que, levantándose bruscamente, condujo al rollizo policía a la puerta con firmeza y dio por

terminada la entrevista con un sonoro «Buenas tardes».

¡Qué se arreglara como pudiese! ¡Él no pensaba ayudarle!

Capítulo XI

Merienda en casa de Pip

Los Cinco Investigadores reuniéronse aquel día en el cuarto de jugar de Pip a las tres y media. La señora Hilton habíales invitado a merendar, y a tal objeto mandó a Pip y a Bets a comprar pasteles a la panadería.

Ambos hermanos regresaron muy cargados, con las cestas llenas, y ellos mismos dispusieron todas las golosinas en grandes fuentes, que luego colocaron sobre la mesa, listas para la hora de la merienda.

—¿Por qué lo habéis puesto todo ahí? —lamentóse Daisy—. ¿Para tentarnos? ¡«Fijaos» en esos almendrados! ¡Están diciendo «Cómeme»! ¡Cielos! ¡Qué tentación!

—¿Y qué me decís de esa tarta de jengibre y de ese «plumcake»? —ensalzó Larry—. Nosotros nunca merendamos tan opíparamente como tú, Pip.

—¡Bah! —repuso Pip—. No creas que siempre es igual. Mamá sólo hace estos extraordinarios cuando tiene gente invitada a merendar. ¡Oye, «Buster»! ¡Aquí tienes tu merienda favorita! Galletas perrunas con carne en conserva. ¡Huele!

«Buster» olfateó ávidamente, sacó su rosada lengua, y, en un abrir y cerrar de ojos tragóse la galleta.

—¡Oh, «Buster»! —reprendió Fatty—. ¿Qué modales son éstos? ¿Cuándo has visto tú a tu amo haciendo semejante cosa?

Todos se rieron. Pip sacó unos naipes y procedió a barajarlos. Entretanto, Fatty aprovechó para contar a sus amigos la visita que le había hecho Goon aquella tarde.

—¡«No comprendo» cómo pudiste mostrarte cortés con él

sabiendo que intentó matar a «Buster»! —comentó Pip.

—Verás, en realidad «no extremé» la cortesía —admitió Fatty—. Por otra parte, temía que me preguntase qué andábamos haciendo por los alrededores de la casa. Daría cualquier cosa porque hubiese recogido ya aquella gamuza Larry. ¡Sólo faltaría que a Goon se le ocurriera explorar el jardín y la encontrase!

—¡Sopla! —profirió Larry—. ¡Es verdad! Además, mamá sigue reclamándomela. Debo ir a por ella cuanto antes. He intentado comprar otra esta tarde, ¿verdad, Daisy? Hemos ido los dos a la ferretería a preguntar el precio, pero nos han pedido quince chelines por una grande. ¿Os imagináis? ¡Quince chelines! ¡Un verdadero robo!

—Ya iré yo a buscar la que te olvidaste en el jardín de la villa —resolvió Fatty—. No es cuestión de entrar por el portillo a plena luz del día y salir agitando una gamuza. Esta noche, cuando esté oscuro, iré a por ella.

—¿Crees que se me habría ocurrido ir de día? —protestó Larry, un poco ofendido—. ¡No soy «tan» estúpido como te figuras! De todos modos, prefiero que vayas tú a buscarla, porque a mí me resulta más difícil salir de noche. En cambio, tú, siempre puedes dar la excusa de llevar de paseo a «Buster».

—Por lo regular, suelo sacarlo a tomar el aire todas las noches, antes de acostarme —continuó Fatty—. Conque mañana te traeré la gamuza.

—¿Pensáis volver a visitar al viejo? —inquirió Daisy—. ¿Qué haremos? ¿Investigar el caso como si se tratara de un pequeño misterio y averiguar quien es el ladrón, o bien desentendernos de ello dejándolo en manos de Goon?

—A decir verdad, no creo que el asunto sea muy misterioso —opinó Fatty—. Una de dos, o el dinero continúa escondido en la casa y el viejo ha olvidado su escondrijo, o se lo ha llevado alguien que sabía dónde estaba escondido. En este último caso, el ladrón sólo puede haber sido uno de los parientes del viejo. Por lo tanto, no hay problema, el asunto es muy claro. Sea como fuere, no quiero nada con Goon, después de lo de «Buster». No puedo tragarlo de ninguna manera.

—De acuerdo —suspiró Daisy—. Según eso, no hay misterio que

valga. Debemos esperar otra oportunidad. Con todo, «pensaba» deciros que la «única» persona que sin duda sabe quién visitó al viejo esta mañana es el señor Henri, el francés. Como está echado en aquel canapé, ve a todo el mundo que pasa por la calle y, además, desde allí domina perfectamente la puerta anterior de la villa.

—Sí, tienes razón —convino Fatty—. Sería el primero a quien debiéramos haber interpelado caso de ocuparnos del asunto. Pero considero más prudente dejarlo en manos de Goon. Si queréis que os sea franco, me preocupa un poco la cuestión del limpiador de cristales. A lo mejor alguien se fijó en Larry y podríamos vernos comprometidos si saliese a relucir la cosa.

—Siempre creí que vuestra idea de mandarme a limpiar cristales era una solemne estupidez —refunfuñó Larry—. Conste que me resistí desdé el primer momento.

—Reconozco que fue un poco imprudente —admitió Fatty—. En fin. Olvidémoslo. Vamos a ver. ¿Quién reparte las cartas? Podemos jugar una partida antes de merendar.

El juego resultó muy bullicioso y divertido, y otro tanto cabe decir de la merienda. Durante la partida, «Buster» descubrió que, subiéndose a una silla, podía alcanzar su plato de galletas con carne, y, efectivamente, las devoró todas sin ser visto. Después saltó quedamente al suelo y fue a tenderse al lado de Bets.

—¿Verdad que «Buster» se porta muy bien hoy? —elogió Bets, acariciándolo—. ¡Da gusto verlo tan modoso y quietecito! Generalmente, se pone muy tonto cuando ve que jugamos a las cartas y no le hacemos caso. Recuerdo que la última vez me tiró todas las cartas con la pata, ¿verdad «Buster»?

—¡Guau! —ladró el perrito quedamente, empezando a sentir remordimientos.

Larry le hizo cosquillas. Pero en lugar de ponerse a jugar como solía en tales casos, el «scottie» permaneció impasible.

—¿Por qué no meneas la cola? —preguntó Larry, mirándolo atentamente—. ¡Eh, muchachos! ¿No os parece que «Buster» está demasiado quieto? Oye, «Buster», ¿qué te pasa?

El animal siguió inmóvil, sin intentar siquiera levantar el rabo.

—¡A lo mejor se siente enfermo! —exclamó Bets, mirándolo,

alarmada—. ¡«Buster», perrito hermoso! ¡Levántate y menea la cola!

«Buster» obedeció, con la cabeza gacha y el rabo caído. ¡Parecía la viva imagen del dolor! Su aspecto era tan deplorable, que los muchachos se inquietaron de verdad, prodigándole toda clase de mimos y caricias.

—¿Y si lo llevásemos al veterinario? —propuso Bets—. ¿Tú qué opinas, Fatty? ¿Está malo?

—Vamos a hacer una prueba con una de sus galletas preferidas —decidió Fatty, levantándose.

Al punto el muchacho vio el plato vacío.

—¡«Buster»! ¡Grandísimo tragón! ¿Cómo te atreves a portarte así cuando te llevo a merendar? Me avergüenzo de ti. ¡Ve en seguida a aquel rincón!

—Pero ¿qué ha hecho? —preguntó Bets, mientras el pobre «Buster» se dirigía al rincón más próximo y se acomodaba en él, de cara a la pared.

—¡Comerse todas las galletas aprovechando que estábamos distraídos! —respondió Fatty, indignado—. Y el caso es que no le he oído masticar, ¿y vosotros? ¡Eres un bribón, «Buster»! No, Bets, no te acerques a él. Fíjate en el plato que hay al lado de las galletas. ¡Salta a la vista que «Buster» ha lamido también ese almendrado!

—Prefiero eso a que esté enfermo —declaró Bets resolviendo dar al perrito un poco de almendrado a la hora de merendar. ¡Oh, «Buster»! ¡Qué cosas tienes! No se hace eso.

«Buster» dio un gruñido, agachando aún más la cabeza.

—No le hagáis caso —aconsejó Fatty—. Si le decimos una palabra más se pondrá desconsolado. Lo mejor es no mencionar su nombre. Está castigado. Vamos. Sigamos la partida. Ahora me toca jugar a mí.

«Buster» tuvo que permanecer en el rincón mientras los cinco muchachos merendaban. Bets derramó un poco de mermelada de fresa sobre el impecable mantel.

—Ve a buscar algo para limpiarlo —ordenó Pip—. ¡Qué poco cuidado tienes, Bets!

—Voy a hacer de perro —bromeó Bets.

Y entre la hilaridad general la chiquilla procedió a lamer el mantel.

La merienda transcurrió animadamente. La alegría general desbordóse hasta tal punto, que, en un acceso de risa, Pip se cayó de la silla, arrastrando consigo un plato lleno de pedazos de tarta.

Al punto abrióse la puerta, dando paso a la señora Hilton.

—¿Qué ha sido ese estrépito? —interrogó la dama—. ¿Se ha lastimado alguno? ¡Oh, Pip! ¿Qué haces ahí en el suelo cubierto de pedazos de tarta? ¡Haz el favor de levantarte! ¡Recuerda que eres el anfitrión!

—Vamos, Pip «anfitrionea» un poco —bromeó Bets, provocando un nuevo ataque de risa de su hermano.

Al ver los pedazos de pastel esparcidos por el suelo, «Buster» salió de su rincón con la esperanza de sacar partido de la situación.

—No, «Buster» —atajóle Pip—. Gracias. El suelo está perfectamente limpio y, por consiguiente, podemos comernos esos pasteles nosotros mismos, sin ninguna prevención. ¿Se ha ido mamá? ¡Tenía razón! Debo portarme como corresponde a un anfitrión. ¿Y si dejáramos venir a «Buster»? Estoy seguro de que el pobre ya está arrepentido.

Total, que el perrito obtuvo permiso para reunirse de nuevo con los chicos. Su alegría fue tal, que empezó a lamerles a todos la cara y las piernas.

—¡Vamos a necesitar una toalla! —exclamó Daisy—. ¡Ya es la tercera vez que me lames las rodillas, «Buster»! ¡Las tengo llenas de babas!

El tiempo pasó volando.

—¡Cáscaras! —exclamó Fatty, consultando el reloj de la sala—. ¡Son casi las siete! ¿Vosotros cenáis a las siete, no es eso, Pip?

—¡Caramba, pues es verdad! —profirió Pip, levantándose de un brinco—. Y antes tenemos que lavarnos y ponernos presentables. Siento despediros con estas prisas, pero ya sabéis las costumbres de nuestra casa, aquí todo va muy recto, estilo cuartel. El gong sonará de un momento a otro. ¡Perdonad que no os acompañe!

Fatty, Larry, Daisy y «Buster» bajaron quedamente la escalera en dirección a la puerta del jardín. Estaba anocheciendo ya.

—¡Qué lástima no tener ningún misterio en perspectiva! —lamentóse Larry, encendiendo la luz de su bicicleta—. ¡Lo echo de menos! ¡Pensar que lo pasamos tan bien cuando damos con alguno

interesante!

—A lo mejor, surge alguno en el momento más inesperado —murmuró Fatty—. ¿Ya está a punto tu luz, Daisy? Pues entonces, adiós. Hasta mañana.

Tras montar los tres en sus respectivas bicicletas, separáronse en la esquina. Fatty bostezó. Había dormido muy poco la noche anterior, preocupado por «Buster», y naturalmente, al presente tenía mucho sueño.

—Me acostaré temprano —pensó—. Con un poco de lectura, me quedaré dormido en seguida.

Así que, ante la sorpresa de sus padres, pues Fatty solía ser muy trasnochador, el chico subió a acostarse a las nueve menos cuarto, seguido de «Buster».

Después de tomar un baño metióse en la cama. Abrió un libro y leyó una o dos páginas, pero antes de darle tiempo de apagar la luz, quedóse dormido como un tronco. Dieron las nueve y media, las diez, las diez y media, las once. Por entonces todo el mundo estaba acostado ya, y en toda la casa no había más luz encendida que la de Fatty.

«Buster» estuvo un rato quietecito. De pronto se meneó. ¿Por qué no le había llevado su amo a paseo? El perrito saltó a la cama, y Fatty despertóse sobresaltado.

—¡Ah, eres tú, pelmazo! —exclamó el muchacho, incorporándose súbitamente—. Creí que eras un ladrón. ¿Qué hora es? ¡Caracoles! ¡Casi las once y media! No me digas que quieres ir a dar un paseo a estas horas, porque no pienso complacerte. Voy a apagar la luz, ¿oyes?

Pero en el preciso momento que apagara la lámpara, Fatty recordó algo.

—¡Sopla! ¡Me olvidé de ir a por aquella dichosa gamuza! ¡QUÉ LATA!

Tras unos instantes de reflexión «decidió» salir a buscarla. Aparte de que se lo había prometido a Larry, era preciso recuperarla. En consecuencia, el muchacho sacó los pies de la cama y, vistiéndose precipitadamente, susurró a «Buster»:

—¡Volveremos en seguida!

Pero su vaticinio no se cumplió. ¡Le esperaba una extraordinaria

aventura nocturna!

Capítulo XII

Extraños sucesos

Fatty bajó cautelosamente la escalera con «Buster». Éste, que por un instinto especial comprendía siempre cuándo debía obrar con sigilo, descendió detrás de Fatty casi conteniendo el aliento.

—Por la puerta del jardín, «Buster» —cuchicheó Fatty.

Y el perrito abrió la marcha por el pasillo lateral. Fatty descorrió el cerrojo de la puerta sin hacer ruido y, tras dar vuelta a la llave, volvió a echarla, una vez en el jardín.

Entonces, acompañado de «Buster», dirigióse al portillo posterior para salir a la calle.

«Buster» estaba en su elemento. Excitábale merodear solo con Fatty a altas horas de la noche. Los olores parecían mucho más intensos que durante el día, y las sombras más misteriosas. Pegando un brinco, «Buster» lamió afectuosamente la mano de su amo.

—Nos dirigimos a aquella casa llamada «Acebos» —susurróle el muchacho—. Vamos a coger la gamuza de Larry. Si no doy con ella, «tendrás» que ayudarme a encontrarla, «Buster».

—¡Guau! —ladró el pequeño «scottie», satisfecho.

Y siguió adelante, ora remontando un cuesta, ora bajándola, ora doblando una esquina o pasando junto a un farol. Las luces de la calle solían apagarse a las doce, y, como faltaba poco para la medianoche, pronto reinaría profunda oscuridad por doquier.

La noche estaba muy cerrada, con densas nubes bajas. Fatty notó una gota de lluvia en la cara. En un momento dado, metióse la mano en el bolsillo para comprobar si llevaba la linterna, ya que entre farol y farol el camino estaba muy oscuro. Afortunadamente aquella noche iba bien equipado.

—Necesitaré luz cuando me meta en el jardín de la villa —pensó el muchacho—. Sin linterna me resultaría imposible encontrar la gamuza de Larry.

Por fin llegó al recodo formado por la calle del Acebo. En aquel preciso momento apagáronse las luces. ¡Eran las doce en punto! Fatty sacó la linterna. Sin ella no veía absolutamente nada en aquella noche oscura como boca de lobo.

A poco llegó ante el portillo anterior de la casita. Fatty se detuvo a escuchar en la oscuridad. El silencio era absoluto. Gracias a ello podría proceder a la búsqueda con tranquilidad.

Tras abrir el portillo anterior, volviólo a cerrar quedamente y, remontando el sendero con «Buster», fue a esconderse entre un pequeño grupo de arbustos. Una vez guarecido, encendió la linterna para buscar la gamuza.

Pese a sus esfuerzos, no la vio por ninguna parte. ¿Dónde la habría dejado Larry? Al llegar junto a la valla que separaba el jardín del de la hermana del señor Henri, el muchacho se detuvo a reflexionar.

—¿No podría ser que el viento hubiese arrastrado la gamuza al otro lado de la valla? —preguntóse—. No, no lo creo. Las gamuzas pesan mucho cuando están mojadas como la de Larry. Por otra parte, cabe la posibilidad de que el viento la secase, en cuyo caso «a lo mejor» se la llevó. Ha soplado con bastante fuerza estos días.

Fatty encaramóse a la valla con la linterna en la mano y, saltando al otro lado, exploró todo el jardín. Estaba mucho más limpio que el de los «Acebos». El chico empezó a ponerse nervioso. ¿Dónde estaría aquella dichosa gamuza? ¿Habríala encontrado Goon?

Un ruido inesperado le indujo a apagar la linterna. Era el rumor de un automóvil que ascendía por la calle. Fatty decidió aguardar a que pasara el coche para echar una nueva ojeada.

Pero, en vez de pasar de largo, el coche se detuvo en las inmediaciones. Fatty frunció el ceño. ¿Porqué aquel auto no se metía por algún portillo para recogerse en su garaje a aquellas horas de la noche?

De pronto recordó que allí enfrente vivía un médico. Probablemente el doctor había ido a buscar algo a su casa y no

tardaría en salir de nuevo para volver al lado de su paciente.

Así, pues, Fatty agazapóse debajo de un arbusto con «Buster» a su lado. El motor del coche habíase parado. El muchacho no oyó rumor de pasos, pero de pronto pareciósle percibir unos golpes, seguidos de una especie de jadeo.

Fatty escuchó, desconcertado. Todos aquellos ruidos procedían de un lugar más cercano que la casa del doctor. ¿Estaría el coche ante la casa de los «Acebos»? En tal caso, ¿qué sucedía?

Fatty retrocedió a la valla que separaba los dos jardines y pasó de nuevo al jardín vecino, cuidando de llevar consigo a «Buster».

—¡Silencio, «Buster»! —cuchicheó—. ¡Ahora, quieto!

El perrito se inmovilizó, lanzando un quedo gruñido como diciendo: «¡Parece que oigo unas idas y venidas!». Luego enmudeció. Fatty deslizóse entre los arbustos. De pronto se detuvo en seco.

Acababa de ver la luz de una linterna avanzando a cosa de medio metro del suelo del sendero anterior. Alguien la empuñaba, jadeando fatigosamente, alguien llevaba unos zapatos con suela de goma, a juzgar por sus imperceptibles pasos.

Súbitamente, Fatty oyó un cuchicheo. ¿Serían «dos» personas? ¿Qué diablos estarían haciendo? ¿Secuestrando al anciano?

Fatty frunció el entrecejo. Debía averiguar si le ocurría algo al pobre viejo. Este dormía en la habitación posterior de la villa. Allí había visto Larry su cama bien dispuesta.

—Si voy hacia allá y enciendo la linterna para iluminar la ventana, tal vez comprobaré si el viejo está en el dormitorio o no —se dijo el muchacho.

Así que, una vez más, deslizóse entre los arbustos en dirección a la parte trasera de la casita.

La ventana estaba abierta. En el momento en que se disponía a encender la linterna, Fatty oyó un ruido.

¡Alguien estaba roncando! ¡Roncando con toda su alma! Lo cual significaba que el viejo seguía sin novedad. Fatty se detuvo un rato a escuchar y luego retrocedió entre los arbustos. ¡«Debía» averiguar a toda costa qué ocurría!

A sus oídos llegó el rumor de la puerta principal cerrándose muy quedamente, seguido de una tosecita. Pero el chico no oyó pasos en

dirección al portillo. Guardando absoluta inmovilidad, aguzó los oídos, atento al menor son.

Percibió entonces el chasquido de otra puerta, acaso era de la portezuela del coche. Sí, eso era. Buena prueba de ello fue que, bruscamente, empezó a vibrar el motor del coche. Casi sin transición el auto arrancó calle abajo. Fatty precipitóse a la valla anterior para enfocarlo con su linterna, pero todo cuanto pudo ver fue una rauda sombra negra de matrícula indistinguible.

—¡Qué cosas más raras! —pensó el chico—. ¿Qué habrán venido a buscar esos individuos? ¿No será que han traído algo? Voy a atisbar por las ventanas de la fachada.

Pero unas tupidas cortinas de color verde cubrían las ventanas anteriores, sin ofrecer ningún resquicio para aplicar la linterna y vislumbrar el interior. Fatty encaminóse a la puerta principal con objeto de probar fortuna.

No tardó en comprobar que, a la sazón, la puerta estaba cerrada con llave. Todo aquello era muy misterioso. ¿Qué habrían ido a hacer a la casa aquellos visitantes nocturnos?

Fatty fue a echar otra ojeada a la ventana posterior. Esta vez enfocó al viejo con su linterna. Sí, allí estaba el anciano acostado, profundamente dormido, con el gorro torcido. Junto a la cama había una pequeña silla y una mesita, lo cual era todo el mobiliario de la habitación.

Tras apagar la linterna, Fatty volvió al jardín anterior sin saber qué partido tomar. No le seducía la idea de despertar al viejo; probablemente le daría un susto morrocotudo si lo hacía y, además, ¿cómo explicarle lo de los visitantes nocturnos? ¡El viejo se asustaría tanto que no querría acostarse de nuevo!

—Lo mejor será aguardar a mañana —se dijo Fatty—. No pienso telefonear a Goon ahora. En primer lugar, no me creería; en segundo, es posible que lo sucedido tenga una explicación; y en tercero, opino que la cosa puede esperar hasta mañana.

Total que se alejó de «Buster», desconcertado y algo inquieto a la idea de dejar al viejo sólo, a merced de los misteriosos visitantes nocturnos.

Entró con «Buster» por la puerta del jardín y ambos subieron la escalera muy quedamente, para no despertar a nadie. La suerte les

acompañó. «Buster» acomodóse al punto en su cesta y, a poco se quedó dormido.

Fatty permaneció despierto unos instantes reflexionando sobre todo, y luego durmióse tan profundamente como «Buster» y ya no se despertó hasta muy entrada la mañana. El gong del desayuno sonaba por toda la casa.

—¡Caracoles! —exclamó el muchacho, saltando de la cama—. ¡Menudo sueño tenía! ¡Vamos, «Buster»! —agregó sacudiendo al perrito con un pie descalzo—. ¡Despierta, dormilón! ¡Te pareces a tu amo!

De momento, ocupado en vestirse con la máxima rapidez, no se acordó de su aventura nocturna. Bruscamente, mientras se anudaba la corbata, asaltóle aquel recuerdo, dejándole paralizado.

—¡Sopla! ¿Fue sueño o realidad? Oye, «Buster», ¿tú también recuerdas nuestro paseo nocturno? Si así es, habrá que darlo por real.

«Buster» se acordaba. En señal de ello, dio un pequeño ladrido, al tiempo que saltaba a la cálida y tentadora cama de Fatty.

—Vamos, baja —ordenó Fatty—. Me alegro de que tú también recuerdes lo de anoche. ¿Qué aventura más rara, verdad, «Buster»? ¿Qué te parece si, después de desayunar, fuésemos a darnos una vuelta por la villa para ver qué ha sucedido?

Así qué, tras el desayuno, Fatty tomó su bicicleta y, lentamente, se puso en marcha, en tanto «Buster» corría jadeante a su lado.

—Este ejercicio te sentará a maravilla, gordinflón —murmuró Fatty, severamente—. ¿Cómo es que te pones siempre tan gordo cuando estoy en el colegio? ¿Es que no puedes ir a dar paseos solo?

«Buster» estaba tan falto de aliento que ni siquiera acertó a contestar a su amo con un ladrido. Fatty internóse en la calle del Acebo, en dirección a la villa. La puerta seguía cerrada, pero, al presente, las cortinas verdes de las ventanas estaban descorridas. Fatty atisbo el interior de la estancia. ¡Menudo sobresalto se llevó!

El señor Goon hallábase allí dentro haciendo gala de un aire importante y superior, acompañado del señor Henri, el francés de la casa vecina. En cambio, el viejo no se veía por ninguna parte.

Pero lo que sorprendió más a Fatty fue no ver ni un solo mueble en la sala anterior. Ésta aparecía completamente vacía, sin siquiera

una alfombra en el suelo.

Mientras miraba embobado a través de los cristales, le vio el señor Goon. Éste dirigióse al punto a la ventana y, abriéndola de par en, par, exclamó, enfurruñado:

—¿Otra vez tú aquí? ¿A qué has venido? ¡Nadie sabe nada de esto todavía!

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Fatty.

—«A ezo de laz ziete de la mañana…» —empezó el señor Henri.

Pero el señor Goon apresuróse a interrumpirle, dispuesto a evitar que aquel condenado entrometido se enterase de más cosas de las debidas.

Sin embargo, Fatty no se dio por vencido. Debía saber lo ocurrido. Y a este objeto dirigióse al señor Henri en francés, rogándole que le contestase en francés y le contara todo lo que hacía al caso.

Así, pues, con gran acompañamiento de bufidos y resoplidos del señor Goon, el señor Henri procedió a explicarlo todo en francés. Aquella mañana habíase despertado a las siete y, al punto oyó gritar a alguien. Su habitación daba a la villa vecina. Al principio, no dio importancia al hecho y durmióse de nuevo.

—Entonces —prosiguió el señor Henri, en su rápido francés—, al despertarme más tarde, volví a oír las voces, en vista de ello me vestí y me vine a ver qué ocurría.

—Prosiga usted, por favor —instó Fatty.

—El que gritaba era el anciano —declaró su interlocutor, siempre en francés—. Como la puerta estaba cerrada con llave, le rogué que la abriera y, al entrar, vi que esta habitación se hallaba absolutamente vacía, aparte de las cortinas, corridas sobre las ventanas para que nadie pudiera ver la estancia vacía desde el exterior. Al despertarse esta mañana, el viejo vino a esta habitación, y cuando descubrió que había desaparecido todo el mobiliario, se puso a chillar a grito pelado.

—¡Caramba, qué misterio! —exclamó Fatty, maravillado.

Y al ver que Goon volvíase a mirarle con un brusco ademán, agregó:

—Parece ser, señor Goon, que nos las habernos con otro misterio. ¿Tiene usted alguna pista?

Capítulo XIII

Sospechosos… y pistas

El señor Goon no estaba dispuesto a soportar ninguna impertinencia de Fatty en aquellos momentos. Su desconcierto no tenía límites. Además de carecer de todo indicio, no le cabía en la cabeza cómo, cuándo y por qué había desaparecido el mobiliario de la sala anterior.

—Tú, lárgate —ordenó a Fatty—. Esto no te concierne en absoluto. Es cosa de la policía.

—Quiero ver cómo está el pobre anciano —masculló Fatty, dirigiéndose al dormitorio de atrás.

Goon se enfurruñó. Una vez más miró a su alrededor con impotencia. Excepto la estufa, que permanecía encendida toda la noche, el guardafuegos, una lámpara y las cortinas verdes, no quedaba nada en la estancia. ¿A santo de qué se habían llevado todos los muebles? En realidad, éstos eran de escaso valor.

Fatty encontró al anciano casi llorando de la impresión.

—¡Primero mi dinero! —gimió—. ¡Después, mis muebles! ¿Qué va a ser de mí?

—¿No oyó usted nada? —interrogó Fatty.

—¡No, no! —repuso el viejo—. ¡Nada en absoluto!

Fatty cesó de interpelarle. Saltaba a la vista que el anciano estaba demasiado trastornado para contestar con sensatez.

El señor Goon tomó unas notas en su libreta negra.

—Debo averiguar las señas de su nieta —dijo el policía—. Es preciso que venga acá y se lleve a este anciano a su casa. No puede quedarse aquí solo, sin muebles. ¡Eh, abuelo! ¿Dónde vive su nieta?

—En la Alameda Marlins, número 5, de Marlow —respondió el

viejo—. Pero no me lleve usted allí. Está lleno de viejas cargantes, gruñendo y regañando a todas horas. No pienso poner los pies allí.

—¡Pero no puede usted quedarse aquí solo sin muebles! —gritó el señor Goon, en parte porque el viejo era sordo, en parte porque estaba enojado.



—No le chille usted así —intervino Fatty, al ver que el pobre anciano se agachaba, asustado.

Entonces, el señor Henri, tocando a Goon en el hombro, dijo en su chapurreado inglés:

—Mi hermana es muy buena. Tiene un pequeño dormitorio libre. «Ezte zeñor podría eztar allí hazta que venga zu nieta».

—Bien esto ya es otra cosa —suspiró Goon, guardándose la agenda—. ¿Se encargarán ustedes de cerrar? Debo ir a mi casa a telefonear a mi jefe y ponerle en antecedentes de todo esto. Es un caso muy raro. No llego a comprenderlo en absoluto. ¡Primero el dinero y luego los muebles!

Y volviéndose a Fatty, añadió:

—Tú vuelve a tu casa. Nadie te ha mandado meterte en este asunto. ¡Siempre acechando! No comprendo qué has venido a hacer aquí esta mañana. ¡Dondequiera que hay jaleo allí estás tú!

Hubo que perder mucho tiempo para explicar al tembloroso viejo que sus vecinos deseaban ayudarle. Pero, al fin, cuando lo entendió, el anciano pareció acoger la idea con agrado. El señor Henri fue a contárselo todo a su «herrmana», y mandó a un jardinero para que ayudase a Fatty a llevar al viejo a su casa. Entre los dos, lo trasladaron allí y la amable señora Harris apresuróse a acostarlo en una cama caliente.

—Lo tendré aquí recogido hasta que vengan sus parientes —decidió la dama—. Si es preciso, no me importa llevarlo a Marlow en mi coche. ¡Qué cosa más rara! ¡Robarle los muebles a altas horas de la noche! Lo curioso es que no he oído el menor ruido.

Fatty volvió a la villa a explorar los alrededores. Sentíase tan desconcertado como el señor Goon. No cabía duda de que el viejo había escondido su dinero en algún mueble, o acaso en varios, pero el dinero había desaparecido ya.

—En este caso, ¿POR QUÉ se llevaron los muebles? —preguntóse Fatty—. Tendremos que ocuparnos de esto. A buen seguro, existe algún indicio. Además, todos cuantos visitaron al viejo ayer por la mañana, antes de que éste descubriera la desaparición de su dinero, figuran en la lista de sospechosos.

Fatty registró el dormitorio. La cama era una sencilla cama de hierro con muelles de alambre corrientes. Imposible esconder dinero allí. El colchón era delgado y malo. No obstante, podía contener dinero, cosa, por otra parte, improbable porque el viejo

tendría que haberlo cosido cada vez que sacaba el efectivo, y estaba demasiado ciego para ello. Además, era evidente que nadie había descosido y vuelto a coser el colchón, ya que todos los hilos estaban sucios y, al parecer, llevaban años intactos.

La almohada era también delgada y dura. Fatty le quitó la funda para examinarla. No. Nadie la había descosido.

Seguidamente, el muchacho observó el suelo de madera. Ninguna de sus tablas perfectamente clavadas. La chimenea tampoco constituía un buen escondrijo. La estufa encajaba herméticamente con ella.

—No me lo explico —pensó Fatty—. ¿POR QUÉ arriesgarse a venir aquí a medianoche para llevarse todos los muebles si el dinero había sido robado ya? A menos… a menos que los autores del hecho estuviesen seguros de que estaba aún en la casa, escondido en algún mueble. Prefirieron llevarse «todos» los muebles para examinarlos a sus anchas.

El chico reflexionó sobre esta suposición.

—No, eso hubiera sido una bobada —concluyó al fin—. Claro está que toda esta historia resulta un poco «tonta». ¿Tú qué opinas, «Buster»? ¿No me das la razón?

—¡Guau, guau! —convino «Buster».

Aquella casita no le interesaba en lo más mínimo, acaso porque no había en ella el menor rastro de ratones. El perrito tocó con la pata la pierna de su amo.

—Está bien, ya voy —accedió Fatty—. Déjame cerrar la puerta. Dejaré la llave al señor Henri.

Tras cerrar la puerta, fue a echar otra ojeada por si encontraba la gamuza de Larry con luz de día. Pero la búsqueda resultó nula. La gamuza había desaparecido.

Fatty encaminóse a la casa vecina, no sin antes fijar en la puerta principal de los «Acebos» un papel con estas palabras: «LA LLAVE ESTÁ EN LA CASA DE AL LADO», por si acaso se presentaba la nieta del anciano.

La señora Harris acudió a abrirle e invitóle a pasar.

—Estamos tomando una taza de café —dijo—. Entra tú también. Además, mi hermano desea hablar contigo.

También Fatty ansiaba cambiar impresiones con el señor Henri,

diciéndose que le resultaría de gran utilidad tener una lista de todas las personas que el francés había visto entrar en los «Acebos» la mañana del día anterior. Sin duda, una de aquellas personas era la que se había llevado el dinero.

El señor Henri no tuvo inconveniente en decirle todo lo que sabía. Estaba tan interesado en el asunto como el propio Fatty. Por consiguiente, había hecho ya una primorosa lista, y se la mostró al muchacho.

Éste leyóla rápidamente. En ella figuraban seis personas, a saber:

1. Señora con periódicos o revistas.
2. Limpiador de cristales.
3. Chico del colmado.
4. Hombre en un coche, matrícula ERT 100. Llevaba maleta.
5. Joven bien vestido. Estuvo sólo un momento.
6. Muchacha. Estuvo mucho rato.

Fatty releyó la lista.

—Es muy larga —comentó—. Será un poco complicado interpelar a todas estas personas. Confío en que el viejo pueda aportar algún detalle respecto a algunas.

—Dice que su nieta fue a limpiar un poco la casa —explicó el señor Henri—. De modo que ésta debe de ser la «muchacha». Y añade que cree que le visitó su sobrino, pero está tan atontado que no puede asegurarlo. No parece recordar a ninguno de los demás. Naturalmente, puedo darte más detalles. Por ejemplo, la mujer con las revistas o periódicos llevaba un abrigo encarnado y un sombrero negro adornado con rosas rojas.

—Sí, los detalles siempre ayudan —profirió Fatty—, ¿y el chico del colmado?

—Iba en un bicicleta en cuya cesta figuraba el nombre «WELBURN» —contestó el señor Henri, dando pruebas de ser un hombre muy observador—. Era un chico pelirrojo.

—¿Se fijó usted si el limpiador de cristales llevaba algún nombre en el cubo o en la bicicleta? —inquirió Fatty, preguntándose si el limpiador habría reparado en lo limpios que estaban los cristales de los «Acebos». Al fin y al cabo, Larry habíalos limpiado tan sólo uno o dos días antes.

No. El señor Henri no había visto el nombre del limpiador de cristales. Peno suponía que quizás era el mismo que tenía su hermana. No resultaría difícil averiguarlo.

—Bien —murmuró Fatty—, hay que indagar si alguna de estas personas pudo robar el dinero. Pero creo que podríamos descartar al chico del colmado, por ejemplo.

—¡Oh, no! —replicó el señor Henri—. Estuvo en la casa mucho rato. Pudo haber sido él el ladrón.

—Sí, tiene usted razón —rectificó Fatty—. Debemos investigar cada uno de estos nombres. Menos mal que mis amigos colaborarán. ¡Si no me equivoco les espera una buena labor detectivesca!

Mientras saboreaba una taza de café, el muchacho conversó un rato más con el señor Henri. Éste habíase tendido de nuevo en el canapé, abrumado por un acceso de tos.

—Es la excitación —comentó su hermana—. En realidad, está mucho mejor. Ven a verlo cuando quieras y pregúntale lo que desees. Apuesto a que mi hermano daría cualquier cosa por descifrar este enigma.

Fatty se despidió. Mientras caminaba hacia su casa, recordó de pronto su bicicleta. ¿Dónde la había dejado? ¡Ah, sí! En la villa de los «Acebos». Retrocedió a buscarla y, al sacarla a la calle, le asaltó una idea.

¡El coche en que se habían llevado los muebles la noche anterior debía de haber estado estacionado justamente allí, ante el portillo anterior de los «Acebos»! No obstante, al presente, el chico tenía la certeza de que probablemente no se trataba de un coche, sino de una especie de pequeña camioneta, tal vez una conductora de muebles.

Fatty examinó la calzada. No estaba bien asfaltada y en aquel punto aparecía blanca y lodosa. Las marcas de las ruedas veíanse claramente sobre el barro.

—¡Ah! —exclamó Fatty, satisfecho—. ¡Qué mal detective estoy

resultando ser últimamente! ¡Por poco me olvido de buscar posibles huellas de neumáticos! ¡Pensar que están aquí, ante mis propias narices!

Las marcas eran grandes y anchas, demasiado anchas para pertenecer a un auto corriente, se dijo Fatty. Más bien parecían las de una pequeña conductora. El muchacho sacó su agenda y dibujó el diseño grabado en el barro por los neumáticos. Luego, midiéndolos, anotó las cifras correspondientes. Las marcas eran tan claras que Fatty llegó a la conclusión de que pertenecían a neumáticos muy nuevos. Esto no dejaba de constituir un detalle interesante.

En las inmediaciones, había un farol con una marca que llamó la atención de Fatty. Era una marca parda formando casi una hendedura en el blanco y transparente farol.

—Es posible que la camioneta se acercase demasiado a él —pensó Fatty, examinándola—. Sea como fuere, vale la pena tomar nota. «Cabe la posibilidad de que la camioneta esté pintada de color chocolate y de que tenga una rascada en la carrocería a cosa de medio metro del suelo». ¡Bien! ¡Creo que vamos progresando!

Después de proceder a todas estas anotaciones, el chico guardóse la agenda en el bolsillo y partió en su bicicleta con «Buster» en la cesta anterior. Tenía el propósito de convocar una reunión de los Cinco Investigadores aquella tarde. ¡Había surgido un «nuevo» misterio! Y era preciso empezar a trabajar en él cuanto antes, porque había una porción de sospechosos.

—¡Qué buena idea tuve de ir a buscar la gamuza de Larry anoche! —se dijo Fatty, mientras pedaleaba hacia su casa. Si no hubiese ido y oído todos aquellos ruidos, y no hubiese vuelto esta mañana a explorar el terreno, ahora el viejo Goon tendría el campo libre. No nos habría dicho ni una palabra del asunto. ¡En cambio, ahora, sé más cosas que él!

—¡Guau! —ladró «Buster», en señal de absoluto asentimiento—. ¡Guau, guau, guau!

Capítulo XIV

Fatty cuenta una larga historia

A las tres de aquella tarde, Larry, Daisy, Pip y Bets acudieron al cobertizo de Fatty. Éste estaba ya aguardándoles, ocupado en leer dos o tres hojas de notas dispuestas sobre una banqueta.

—¡Adelante! —gritó a sus amigos.

Y entraron los cuatro, muy excitados. Fatty habíales telefoneado ya para decirles que acababa de surgir «un nuevo» misterio, y naturalmente ardían en deseos de informarse.

—Corren toda clase de rumores, Fatty —manifestó Larry—. ¿Es verdad que alguien se llevó todos los muebles de la Villa de los Acebos, a altas horas de la noche, y que el viejo fue encontrado tendido en el suelo porqué los ladrones lleváronse incluso su cama?

Fatty se echó a reír.

—¿Cómo se las arregla la gente para inventar estas cosas? Es cierto que los muebles desaparecieron, pero el viejo dormía tranquilamente en su cama mientras. Actuaron con tanto sigilo, que el hombre no oyó nada y siguió roncando como si tal cosa.

—¿Cómo lo sabes? —profirió Pip, con un deje de ironía—. ¡Tú no estabas presente!

—Pues verás, da la casualidad que sí lo estaba —declaró Fatty, dejando boquiabiertos a sus compañeros.

—¿Que tú estabas «allí», anoche, cuando se llevaron los muebles? —acertó a balbucir Larry, tras un prolongado silencio—. Entonces, ¿por qué no les detuviste?

—Porque no tenía idea de que robaban —respondió Fatty—. Estaba muy oscuro y actuaron con mucho sigilo. Pero dejad que os cuente todo por orden, tal y como sucedió. De hecho, tendremos

que ocuparnos del caso y averiguar lo que hay detrás de todo esto.

—Sí, pero permíteme que te interrumpa un momento —instó Larry—. ¿Encontraste mi gamuza? Mamá ha vuelto a reclamarla esta mañana.

—No, no pude dar con ella —repuso Fatty—. Lo siento, pero no apareció por ningún lado. ¡Quisiera Dios que no la haya encontrado Goon!

—Y si así fuera —intervino Daisy—, no te preocupes. Pensará que pertenece a la asistenta que limpia la Villa de los Acebos. Tendremos que comprar otra a mamá, Larry.

—¡Uf, qué lata! —gruñó Larry—. Conste, Fatty, que me fastidiaste con tu peregrina idea de mandarme a limpiar aquellos cristales.

—Sí —convino Fatty—, pero recuerda que, gracias a esto, contamos con un nuevo misterio. En realidad, todo empezó cuando sorprendiste al viejo hurgando los muebles. Después, ya sabes, al ir en busca de tu gamuza, le oímos llamar a grandes voces a la policía.

—Tienes razón —suspiró Larry—. En fin, ¡qué le vamos a hacer! Reconozco que fue una tontería con buen resultado. Pero eso es todo.

Fatty cambió de tema. Tomando sus notas, dijo:

—Ahora, escuchad. He escrito un breve resumen de lo sucedido hasta ahora para ordenar nuestras ideas. Voy a leerlo. Después discutiremos sobre las pistas y todos los sospechosos. ¿Preparados?

—¡Sí, nos parece muy bien! —exclamó Pip, instalándose cómodamente sobre una caja.

—Bien, preparaos a utilizar la materia gris —mascullo Fatty—. Tú, «Buster», estate quieto y escucha también. Me molesta oírte husmear ratones en ese rincón. Siéntate, «Buster».

«Buster» obedeció, enderezando las orejas como si estuviera dispuesto a escuchar. Fatty apresuróse a consultar sus notas.

—El misterio se inicia cuando Larry va a la Villa de los Acebos a limpiar los cristales de las ventanas, y ve al viejo hurgando los muebles de la sala. Ahora sabemos que el hombre intentaba cerciorarse de que sus ahorros seguían seguros en donde los había escondido, ya fuera la totalidad de las doscientas libras en determinada silla o sofá, ya repartidos en varios escondrijos.

Probablemente, teníalos en algún hueco debajo de una silla o sillas.

—¡Eso me recuerda algo! —exclamó Daisy, bruscamente—. Perdona que te interrumpa, Fatty, pero nuestra asistenta me dijo que conoce al viejo hace años y que en su juventud era tapicero. Según eso, debe de ser muy ducho en improvisar escondrijos en los muebles, ¿no te parece?

—¿Qué es un tapicero? —inquirió Bets.

—¡Qué chiquilla eres, Bets! —exclamó Pip al punto—. El tapicero es el que hace las cortinas y las fundas de las sillas, y el que rellena los asientos de los sillones y canapés, ¿no es eso, Fatty?

—Efectivamente —afirmó el aludido—. Tu información es muy interesante, Daisy. Interesantísima. A buen seguro, el viejo tenía una serie de escondrijos diseminados en la tapicería de sus sillas y sofás. Añadiré una nota respecto a esto.

—Es una especie de pista, ¿verdad? —comentó Daisy, satisfecha —. Aunque muy pequeña.

—Todo contribuye a aclarar el misterio —declaró Fatty—. Nuestros misterios se me antojan rompecabezas. Disponemos de muchas piezas, pero no vemos la figura que representan hasta que las unimos debidamente. Ahora voy a proseguir.

—Te escuchamos —dijo Bets, alborozada.

—Bien, después fuimos todos con Larry a buscar la gamuza olvidada por éste en el jardín, y oímos gritar al viejo, llamando a la policía. El hombre manifestó que su dinero estaba en su sitio habitual a medianoche de la noche anterior. Por la mañana, había desaparecido, pero su dueño no descubrió el hecho hasta después de recibir la visita de seis personas, por lo menos, en la Villa de los Acebos, con un motivo u otro.

—De lo que se deduce que las seis son sospechosas, hasta que demostremos lo contrario —coligió Larry—. ¡Magnífico! ¿Quiénes son esas personas?

—Todo llegará —gruñó Fatty—. No me interrumpáis tanto. ¡Siéntate, «Buster»! ¡No hay NINGÚN ratón en ese rincón!

El perrito obedeció con aire de estar más enterado que su amo de los asuntos ratoniles.

—Al llegar a ese punto —continuó Fatty—, decidimos que se trataba de un simple robo y que Goon se bastaría para aclararlo.

Pero anoche, fui a buscar la gamuza de Larry y, como os decía, llegué casi en el preciso momento en que aparcaba el coche, camión o camioneta que iba a por los muebles de la sala.

—¡Cáspita! —exclamó Larry, incapaz de reprimirse—. ¡Qué casualidad!

Fatty pasó a describir lo que había oído.

—En realidad, no vi «nada». Es más, hasta esta mañana no me he enterado de que los visitantes nocturnos se llevaron todos los muebles. No sospeché que iban en una camioneta o camión. Creí que era un coche. Me dije que tal vez se proponían secuestrar al viejo, pero éste dormía profundamente en su casa de la habitación posterior, roncando a más y mejor. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Qué te «figuraste» que ocurriría? —preguntó intrigado Pip.

—¡No tenía ni idea! —confesó Fatty—. Todo cuanto oí fueron unos golpes y jadeos, también un cuchicheo. En realidad, fue todo muy rápido. Esta mañana, he juzgado oportuno llegarme a los «Acebos» por si podía averiguar algo y, al llegar allí, he tenido un sobresalto.

—¿Por qué? —inquirió Bets, abrazándose las rodillas—. ¡Qué emocionante es todo esto, Fatty!

—Porque allí reunidos encontré a Goon, al viejo y al señor Henri, el francés a quien tomasteis por mí el día de mi llegada. Como sabéis, ése está pasando una temporada con su hermana en la casa vecina y, por lo visto, oyó gritar al viejo pidiendo auxilio a primera hora de esta mañana. Entonces, fue a ver qué ocurría y, avisó a la policía.

—¡Qué lástima que Goon apareciera tan pronto en escena! —exclamó Larry, desilusionado.

—Sí, pero yo no tardé mucho en llegar —tranquilizóle Fatty—. ¡Menuda sorpresa me llevé al ver que había desaparecido el mobiliario de la sala! Naturalmente, comprendí al punto lo sucedido, relacionándolo con los hombres que oí anoche jadeando en el jardín, aunque, claro está, me he guardado mucho de decírselo a Goon.

—¿Qué sucedió después? —apremió Bets.

—Poca cosa más. Goon se marchó, dejándonos al señor Henri y a mí con el viejo. Entonces la hermana del señor Henri ofrecióse a

ceder al anciano una habitación hasta que se hiciera cargo de él algún pariente. De modo que ahora el hombre está allí. Exploré los alrededores de la Villa de los Acebos, pero no descubrí nada revelador. Luego, pasé a ver al señor Henri y obtuve de él una lista de las personas que entraron en la villa ayer por la mañana. Todas son sospechosos, por supuesto.

—Veamos esa lista —sugirió Larry.

Pero Fatty no había terminado aún su relato.

—Sólo tengo una pista —dijo—; sin embargo, es posible que sea importante.

Contóles entonces su descubrimiento de las magníficas marcas de neumáticos grabados en el barro de la calle del Acebo, ante la villa en cuestión. Acto seguido, les mostró el diseño dibujado en su agenda.

—«Creo» que debía de ser una pequeña conductora —concluyó —, porque la distancia entre las ruedas delanteras y traseras era mayor que la de un coche grande corriente. En un farol cercano había una marca parda recién hecha, como si los guardabarros del coche lo hubiesen rozado.

—Bien, parece ser que tendremos que emprenderlas con los sospechosos y buscar una camioneta de color de chocolate con neumáticos nuevos de determinado tipo —comentó Larry—. Será mejor que copiemos todos ese dibujo, Fatty. ¡Sería espantoso ver una conductora pintada de color de chocolate con neumáticos nuevos y no poder confrontar el diseño!

—De acuerdo —accedió Fatty—. ¿Quieres hacer cuatro copias del diagrama de mi agenda? Yo leeré la lista de sospechosos. Mientras escuchas, puedes calcar el dibujo.

Entonces, Fatty, tomando la lista de seis sospechosos, leyó en voz alta:

—Primero: Señora con periódicos o revistas vestida con un abrigo encarnado y un sombrero negro adornado con rosas. Segundo: Limpiador de cristales. Tercero: Chico repartidor del Colmado Welburn; era pelirrojo y estuvo un buen rato dentro de la villa. Cuarto: hombre con maleta; fue en un coche con matrícula ERT 100. Quinto: joven bien vestido, que sólo estuvo un momento. Y sexto: muchacha, que estuvo mucho rato en la casa.

—Qué lista más larga —profirió Larry—. ¿Y, además un limpiacristales? ¡A lo mejor se fijó en lo limpios que estaban los cristales!

—Eso mismo «he pensado» yo —sonrió Fatty—. Voy a interpelar al viejo sobre esos sospechosos; es posible que pueda darme más detalles de ellos.

—Eso es lo que menos me gusta —confesó Bets—. No sirvo para sonsacar.

—Sí, sirves —alentóla Fatty—. Además, ¿no es tu madre parroquiana del Colmado Welburn? Podrías interpelar al chico cuando os traiga algún encargo. Tú y Pip podríais encargaros de ello.

—¡De acuerdo! —accedió Bets, satisfecha de contar con la ayuda de Pip—. ¿Y la señora de las revistas? ¿No sería la hermana del vicario? Por las señas, parece una dama encargada de repartir la Revista Parroquial.

—Sí, eso no es difícil de averiguar —murmuró Fatty—. Mamá la conoce. Me enteraré si fue a entregar algo a la Villa de los Acebos aquella mañana. En tal caso, no podremos considerarla sospechosa. De todos modos, no podemos descartar a nadie hasta que comprobemos su inocencia.

—Debemos buscar también el coche ERT 100 —recordó Pip—. Me pregunto quién debía de ser el joven… y la muchacha que estuvo en la villa tanto rato.

—Probablemente, la muchacha era la nieta del viejo —supuso Fatty, cerrando su agenda—. Va a limpiar la casa con frecuencia. Tú, Pip, encárgate, juntamente con Bets, del sospechoso del colmado. Tú, Larry, acaba de calcar esas copias y danos una a cada uno. Yo iré a ver si puedo averiguar algo más acerca de esas seis personas. En cuanto a ti, Daisy, ve a pasear con «Buster» y procura fijarte en los coches por si ves pasar al ERT 100.

Todos asintieron, dispuestos a emprender sus respectivas tareas. ¡Qué emocionante era aquello! ¡Por fin se las habían con un nuevo misterio! De entre aquellos seis sospechosos, ¿quién sería el ladrón?

Capítulo XV

Fatty sigue investigando

Fatty fue directo a ver al señor Henri. Su hermana, la señora Harris, mostróse muy complacida de verle. Fatty tenía excelentes modales y a la francesa le encantaban los chicos que sabían comportarse.

A poco, el chico hallábase instalado junto al canapé del señor Harris.

—¿Has venido a formularme más preguntas? —preguntó el hombre, en francés—. Hablaremos en francés, ¿quieres? A mí me resulta mucho más fácil y, por otra parte, tú lo hablas como un nativo. Eres un chico excepcional.

Fatty carraspeó modestamente, reprimiendo el deseo de compartir sin reserva la opinión del señor Henri.

—Deseo preguntarle unos detalles acerca de nuestros seis sospechosos —declaró abiertamente.

—¡Ah! —exclamó el señor Henri—. El señor Goon también me ha formulado muchas preguntas. Es un perfecto estúpido, pero sus preguntas son atinadas. Vuestra policía está muy bien adiestrada.

—¡Sopla! —farfulló Fatty, desilusionado al saber que Goon había tenido también la brillante idea de interrogar al señor Henri—. ¡Qué pelmazo! En fin, ya no hay nada que hacer. Escuche, señor Henri: ¿quiénes de esas seis personas que figuran en nuestra lista entraron en la villa?

—Pues, todas —respondió el francés—. La llave no estaba echada y cada cual daba vueltas al pestillo y entraba como si tal cosa.

—¡Cáspita! —profirió Fatty—. ¿Incluso el limpiador de cristales?

—Sí, él también —confirmó el señor Henri—. A propósito, mi hermana me ha dicho que es el mismo que ella tiene. Primero, vino a limpiar nuestros cristales y luego fue a fregar los de la Villa de los Acebos.

—¿Cree su hermana que es un hombre de confianza? —inquirió Fatty.

—De absoluta confianza —afirmó el señor Henri—. Y muy limpio. De todos modos, será mejor que tú lo interpeles personalmente, Federico.

—Descuide —asintió Fatty—. Lo veré. Me habló usted también de una señora con periódicos o revistas. Es posible que se trate de la hermana del vicario. Me consta que ella se encarga de repartir las revistas parroquiales.

—¿Ah, sí? No he visto nunca ningún ejemplar. Sí, es posible que fuera una dama de ese tipo. También ella entró en la casa, pero salió en seguida.

—¿Y qué me dice usted del joven bien vestido que sólo estuvo un rato dentro?

—Ése volvió más tarde, mientras tú estabas en la casa —declaró el señor Henri—. Ya le viste. Un chico muy bien vestido. ¿No dijo quién era?

—¡Caracoles! —exclamó Fatty—. ¡El sobrino del viejo! Recuerdo que le llamó tío. ¿Conque fue «también» durante la mañana antes y después que nosotros, eh? ¡Muy interesante! Averiguaré dónde vive e, inmediatamente, procuraré interrogarle.

—En cuanto a la muchacha, debe de ser la nieta del viejo que va diariamente a limpiarle la casa y a hacerle la comida —coligió el señor Henri—. Hay, además, el hombre del coche. Eso es todo, ¿verdad? Bien, ¿de quién sospechas más?

—Pues, no sé —masculló Fatty—. En realidad, no puedo decirlo. La que me infunde «menos» sospechas es la señora de las revistas, pero aun así tendré que cerciorarme. Lo malo es que probablemente Goon ha hecho indagaciones ya. Eso dificulta mi tarea. Verá usted, un policía tiene derecho a interrogar a la gente. En cambio, yo no puedo hacerlo.

La señora Harris entró en la sala.

—¿Te quedarás a merendar con nosotros? —preguntó la dama

—. Vamos a tomar algo en seguida.

—Lo siento muchísimo —declaró Fatty, meneando la cabeza con evidente contrariedad—. Me encantaría poder aceptar la invitación. Pero debo ir a interpelar a varios sospechosos antes de que el señor Goon me tome la delantera.

Y tras estrechar la mano a los dos hermanos y dar las gracias al señor Henri por su información, el muchacho se retiró. ¿Por qué no probar fortuna y llegarse a ver si estaba en casa la hermana del vicario?

Fatty optó por intentarlo y, alejándose rápidamente en su bicicleta, no tardó en llegar a la calzada de la Vicaría. Al punto, vio junto a la casa una mujer arrodillada en una esterilla, arrancando hierbas del jardín. ¡La hermana del vicario! ¡Qué chiripa!

Apeándose de su bicicleta, Fatty dióle las buenas tardes. La hermana del vicario levantó la vista del suelo. Era una mujer bajita de expresión afable, muy amiga de la madre de Fatty.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Eres tú, Federico? ¿Quieres ver al vicario?

—Pues, no —repuso Fatty—. En realidad, deseaba verla «a usted». No la entretendré mucho. Se trata de ese pobre viejo que ha sido víctima de un robo. Mis amigos y yo fuimos los primeros en atenderle cuando descubrió la desaparición de su dinero. Y…

—Sí, lo he sentido «mucho» —asintió la mujer—. Estuve a verle aquella misma mañana para llevarle la Revista Parroquial. Al parecer, se la lee su nieta. Lo encontré sentado en su silla, escuchando la radio muy satisfecho. La tenía tan alta que tuve que desgañitarme para hablar.

—¿Vio usted algo sospechoso? —inquirió Fatty—. A nuestra llegada todo estaba en orden.

—No observé nada anormal —corroboró la simpática dama—. Me limité a dejar la revista y a cambiar unas palabras con el anciano. Es un error esconder dinero en casa. Demasiada tentación para los ladrones.

—Sí —convino Fatty—. Bien, muchísimas gracias. En realidad, no creí que pudiera usted ayudarme. Pero he preferido interpelarla, por si acaso.

—¿Cómo sabes que estuve allí ayer? —inquirió la hermana del vicario, súbitamente desconcertada.

—Oí decir que había usted ido —respondió Fatty, diplomáticamente, al tiempo que daba la vuelta a su bicicleta—. Muchas gracias. ¡Mis saludos para el señor vicario!

—Ya tenemos «un» sospechoso descartado —se dijo Fatty, mientras se alejaba—. Tenía la certeza de que la «mujer de las revistas» era la hermana del vicario. En fin, es evidente que ella no tiene nada que ver con el asunto. No me ha dicho si Goon ha ido a verla. Me figuro que no, pues, de lo contrario, me lo hubiera dicho. Es raro porque pensé que se apresuraría a ir a interpelarla, aun sabiendo que en realidad no es una sospechosa.

Pero Goon no había pensado en la hermana del vicario. La descripción de la mujer de las revistas habíale evocado a otra persona. ¡Ajá! ¿Conque un abrigo encarnado y un sombrero negro con rosas, eh? ¿No sería la mujer que le había vendido un boleto y leído la mano? ¡La mujer que había visto a aquel chico gordinflón en su mano… y la inminencia de un Misterio!

—Hay mucha más verdad en ese arte de leer las rayas de la mano de lo que la gente se figura —pensó el policía—. Muchísimas más. No creo que aquella mujer que me leyó la mano tenga nada que ver con el robo del dinero, pero estoy convencido de que es la misma persona que visitó ayer la Villa de los Acebos con las revistas. Así que iré a interpelarla… A lo mejor, vuelve a leerme la mano. Es posible que me diga algo más acerca de aquel misterio que vio en ella.

¡Pobre Goon! ¡No tenía idea de que su visitante, la mujer del abrigo rojo que le había vendido el boleto de la Subasta Parroquial era el propio Fatty disfrazado! Por consiguiente, pedaleó esperanzado en dirección a casa de Fatty y llamó al timbre. La mujer habíale dicho que estaba pasando tres semanas con la madre de Fatty, y por ende, aún debía estar allí.

Fatty acababa de regresar a su domicilio y, mientras se lavabo las manos en el cuarto de baño, advirtió con asombro que el señor Goon ascendía por lo calzada anterior montado en su bicicleta. ¿«Qué» le traería por allí? Tras secarse las manos, Fatty bajó a la salita, donde cosía su madre.

—El señor Goon, el policía, desea hablar con usted, señora.

Y la señora Trotteville frunció el ceño. No simpatizaba en

absoluto con el señor Goon.

—Hágale pasar —dijo a la doncella—. Tú no te vayas, Federico. A lo mejor es algo relacionado contigo.

El señor Goon entró con el casco en la mano. Solía extremar las atenciones cuando trataba con la señora Trotteville.

—Buenas tardes, señora —titubeó—. ¿Podría hablar un momento con la señora que pasa una temporada con, ustedes?

La señora Trotteville miróle sorprendida.

—Aquí no tenemos ningún huésped actualmente —declaró—. ¿No estará usted confundido?

—¡Pero…, pero eso no es posible! —tartamudeó el señor Goon, estupefacto—. La otra mañana vino a verme una señora para venderme un boleto de la parroquia. Por cierto que me costó cinco chelines. Dijo que era amiga suya y que estaba pasando tres semanas con ustedes. Deseaba verla para formularle unas preguntas. Tengo motivos para suponer que fue una de las personas que fueron a la «Villa de los Acebos» la mañana que el viejo descubrió la desaparición de su dinero.

Fatty volvióse a atizar el fuego de la chimenea. ¡Qué maravilloso! ¡Qué estupendo! ¡Goon estaba convencido de que uno de los sospechosos era la mujer del abrigo encarnado que le había visitado y leído la mano… o sea el propio Fatty disfrazado!

—La verdad, señor Goon, es que no comprendo cómo pudo decir eso esa mujer —replicó la señora Trotteville con mucha dignidad—. ¡No la he visto en mi vida!

—¡Pero…, pero si me vendió este boleto por cinco chelines! —barbotó el pobre señor Goon, desolado—. ¡Cinco chelines! ¿Así, pues, es falso? —agregó tendiendo el boleto a la señora Trotteville.

—No, no es falso —tranquilizóle ésta—. Yo también tengo varios boletos de éstos para vender.

—Además, me leyó las rayas de la mano —gimió Goon—. Y todo lo que dijo era cierto.

Bruscamente se interrumpió. No, no sería discreto contar a la señora Trotteville lo que la desconocida, había dicho acerca de un chico gordinflón.

Entretanto, Fatty, presa de un fuerte acceso de tos, cubríase la cara con el pañuelo. Su madre le miró, enojada.

—Oye, Federico, ve a beber un poco de agua… Lamento no poder ayudarle, señor Goon; pero le aseguro que no tengo ninguna amiga que vaya por las casas leyendo manos a la gente. Alguien le ha… engañado. De todos modos, tiene usted el boleto y podrá ir a la Subasta Parroquial. Habrá muchas gangas a la venta.

El señor Goon se puso en pie, exhalando una especie de gruñido y, tras despedirse, dirigióse vacilante hacia la puerta. ¿Quién podría haber sido la mujer del abrigo encarnado? ¡Pensar que con sus historias habíale inducido a comprar aquel estúpido boleto parroquial! ¡Qué lástima de dinero! Menos mal que, por otra parte, aquella desconocida habíale prevenido contra aquel entrometido gordinflón e informado de la proximidad de un misterio. ¡Qué cosa más rara! ¡Inexplicable!

—¿Se va usted, señor Goon? —exclamó Fatty, presentándose en el vestíbulo—. Permítame que le acompañe. ¿Qué raro que aquella mujer le dijera que estaba en nuestra casa, eh? A propósito, ¿cómo le va este nuevo Misterio? ¡Porque salta a la vista que es un misterio! ¿Tiene usted muchas pistas?

—Sí —gruñó el policía, mirándole furiosamente—. Y una o dos de ellas no van a gustarte ni pizca, Señor Sabihondo. ¡Ya te he dicho muchas veces que estoy harto de que metas las narices en lo que no te importa!

—¿Qué insinúa usted con esto? —inquirió Fatty.

—Aguarda y verás —refunfuñó Goon ásperamente.

Fatty abrió la puerta y el policía salió al jardín.

—¡Ah, oiga, señor Goon! —gritóle Fatty cortésmente—. Aquella mujer que le leyó la mano, ¿le previno contra un chico gordo, por casualidad? En tal caso, siga su consejo. ¡Guárdese de él!

Y, sin más, el muchacho cerró suavemente la puerta ante el aturdido señor Goon. ¿CÓMO sabía Fatty lo que aquella mujer había leído en su mano? Excuso decir que el policía estuvo un buen rato devanándose los sesos buscando una respuesta a esa pregunta.

Capítulo XVI

Salen a relucir los limpiacristales

Era demasiado tarde para efectuar ninguna otra gestión aquel día. Fatty resolvió iniciar la jornada siguiente yendo a ver al limpiador de cristales. Luego, a las diez de la mañana, reuniríase con los otros en casa de Pip para celebrar la próxima entrevista con los Cinco Investigadores. Por entonces, tal vez sus amigos tendrían también algún informe que dar.

—Después de la reunión intentaré localizar al joven, esto es, al sobrino —pensó Fatty—, e interpelar a la nieta. Mucho será que, después de todas estas gestiones, no se aclare un poco el misterio. ¡Qué gracia! ¡Pensar que Goon se ha despistado y ha venido a casa en busca de la mujer inexistente que le leyó la mano! ¡Pobre viejo Goon! ¡Ha encontrado una pieza que no encaja en el rompecabezas!

Fatty decidió vestirse con unas viejas prendas al día siguiente, ir en busca del limpiador de cristales y fingir que deseaba algún consejo para dedicarse a limpiar ventanas, a su vez. A buen seguro, el hombre hablaría más libremente sin la sensación de estar interpelado.

—Tendré que ir temprano —se dijo Fatty—. No sea que se marche a trabajar.

Y se puso de acuerdo con la cocinera para desayunar más temprano que de costumbre. Levantóse a buena hora y bajó en el preciso momento en que Jane llevaba la bandeja del desayuno al comedor.

—¡Cielos! —exclamó la doncella—. ¿Va usted a deshollinar chimeneas o algo por el estilo, señorito? ¿De dónde se ha sacado estos sucios harapos? ¡Procure que no le vea su padre!

—Descuide —tranquilizóla Fatty, procediendo a desayunar.

Mientras comía dispuso ante sí su agenda con objeto de repasar todos los hechos del robo y de la desaparición de los muebles. ¡Lástima que no pudieran averiguar el escondrijo de éstos! ¡Las cosas se aclararían mucho con ello!

La hermana del señor Henri habíale facilitado las señas del limpiador de ventanas. Éste vivía en la Calle Norte, 62 en el mismo Peterswood, o sea, al otro extremo de la población.

—Ahora voy para allá —pensó Fatty.

No tomó su bicicleta por considerarla demasiado lujosa para pertenecer a un joven deseoso de dedicarse a limpiador de cristales. Así, pues, caminó a buen paso, seguido de «Buster».

Tardó veinte minutos en llegar a su destino. El número 62 era una linda casita con antena de televisión en el tejado. Al parecer, el oficio de limpiacristales era una ocupación bastante bien retribuida. Fatty dirigióse a la puerta posterior de la vivienda.

Sentado en los peldaños de la entrada, había un hombre limpiando unas botas. Al oír pasos, levantó la vista de su tarea y encontróse con el sonriente rostro de Fatty.

—¡Hola, camarada! —saludó el hombre, atraído al punto por la risueña expresión de aquel desconocido gordito—. ¿Qué deseas?

—Simplemente preguntarle si podría usted darme unas pocas orientaciones sobre su oficio —instó Fatty—. Me gustaría adoptarlo si alguien quiere enseñarme.

Hablaba con voz bronca para que el hombre no recelase de su identidad.

El limpiador de cristales miróle de arriba abaja.

—Pareces un chico dispuesto —comentó—. Es posible que necesite un ayudante. ¿Cuándo estás libre?



—Por ahora no puedo comprometerme —apresuróse a replicar Fatty, maravillado de la facilidad con que uno podía obtener un empleo.

Entonces procedió a formular unas preguntas a su interlocutor: ¿Cuánto costaba una escalera de mano? ¿Habría posibilidad de comprarla de segunda mano? ¿Eran muy caras las gamuzas?

—Atiende, muchacho —dijo el hombre al fin—. Si quieres un empleo de limpiacristales, asóciate conmigo. Tú y yo nos

llevaríamos muy bien. No té preocupes de escaleras ni gamuzas. Yo te las proporcionaré si te avienes a trabajar conmigo. Ve a tu casa, piénsalo bien y vuelve a darme una contestación.

—De acuerdo —convino Fatty—. Es usted muy amable. A propósito, ¿se ha enterado usted del robo perpetrado en la Villa de los Acebos?

—Sí, algo he oído sobre el caso —respondió el hombre, tomando otra bota para limpiarla—. ¡Aquella misma mañana estuve limpiando los cristales de la villa! Por cierto que me sorprendió grandemente el hecho de que estuvieran tan limpios después de un mes sin limpiarlos. Así se lo dije al viejo cuando entré a cobrar. Su nieta estaba en la casa, planchando unas cortinas, y pareció asombrarse al verme, pues, según dijo, uno o dos días antes había pasado otro limpiador de cristales que no quiso cobrar nada por su trabajo.

Fatty escuchaba con gran interés, haciendo votos porque Goon no sospechara si se enteraba de lo del otro limpiacristales.

—¿Le ha preguntado la policía si vio usted algo inusitado mientras limpiaba las ventanas aquella mañana?

—No, no he visto a la policía —repuso el hombre—. No tengo nada que temer. Llevo muchos años en el oficio y todo el mundo me conoce. De cualquier modo, no pude haberme apoderado del dinero. La nieta estuvo allí todo el tiempo planchando las cortinas.

—Sí, eso le libra a usted de toda sospecha —murmuró Fatty, diciéndose que habría que tachar de la lista otro sospechoso—. Bien, tengo que marcharme. Muchísimas gracias por su ayuda. Si me decido a trabajar con usted, pasaré a decírselo.

El limpiador de ventanas le agitó un cepillo en señal de despedida y el muchacho retrocedió a la parte anterior de la villa, desató a «Buster» de la valla y regresó a su casa, reflexionando profundamente.

¿Por qué no había interrogado Goon al limpiador de ventanas? Había tenido tiempo de sobra para ello. ¿Ignoraba quién era el hombre? En tal caso, llevaba ventaja a Goon en este particular. ¡Otro sospechoso descartado!

Fatty llegó a casa de Pip poco después de las diez. Sus cuatro amigos le aguardaban sentados en el cuarto de jugar de Pip. Fatty

sorprendióse al ver sus caras de circunstancias.

—¿Qué os pasa? —inquinó—. ¡Caramba, Bets! ¡Pareces a punto de echarte a llorar!

—Ha sucedido algo espantoso, Fatty —balbució Daisy—. ¡Sencillamente espantoso! ¡Goon ha encontrado la gamuza de Larry y resulta que en ella figuraba nuestro apellido Daykin! Mamá tiene la costumbre de marcar toda la ropa casera.

—¡Válgame Dios! —profirió Fatty—. ¡De haberlo sabido no habría dejado tanto tiempo la gamuza allí perdida!

—Total, que estamos metidos en un lío fenomenal —suspiró Larry—, y no puedo menos de repetirte, Fatty, que tuviste una idea imperdonable al mandarle a limpiar cristales. ¡Goon ha visto el nombre «Daykin» en la gamuza, y como sabe que me llamo Larry Daykin ha llegado inmediatamente a la conclusión de que uno u otro de nosotros cinco quiso gastar una broma y hacerse pasar por limpiador de cristales en la mañana del robo!

—¡Sopla, qué contratiempo! —exclamó Fatty, sentándose súbitamente.

Y contemplando los sombríos rostros de los demás, preguntó a Larry:

—¿Fue a vuestra casa con la gamuza?

—Naturalmente —asintió Larry—. Es más, volvió a llevársela calificándola de «prueba» o algo por el estilo. ¡Total, que mamá no la ha recuperado todavía!

—Además —intervino Daisy—, nos preguntó a los dos sin rodeos si habíamos limpiado los cristales de la Villa de los Acebos dos mañanas atrás. Afortunadamente, pudimos contestar negativamente, porque, como sabes, Larry no los limpió la mañana del robo, sino uno o dos días «antes». ¡Pero pasamos un MAL RATO tremendo! «Tuvimos» que aceptar que era la gamuza de mamá, pero no nos atrevimos a decir que Larry había limpiado los cristales con ella dos días antes del robo. Nos limitamos a repetir que no los limpiamos la mañana del «robo».

—Y para colmo Goon insistía: «Entonces, ¿cómo llegó esta gamuza a aquellos arbustos»? —exclamó Larry—. Sospecha de nosotros. Es horrible. No sé lo que ocurrirá cuando vuelva a casa papá y se entere del asunto. ¡Apuesto a que averiguará por Daisy o

por mí a que fui lo bastante imbécil como para limpiar los cristales de aquella villa dos o tres días antes del robo! ¡Pensará que estoy loco de remate!

—Iré a ver a Goon —resolvió Fatty, levantándose—. Creo que podré arreglarlo.

—¿Cómo? —preguntó Larry.

—Pues veréis —contestó Fatty—, da la casualidad que he estado a ver el verdadero limpiador de cristales que «limpió las ventanas en la mañana del robo». Un hombre llamado Glass. ¡Un apellido que ni pintado para un limpiacristales![3].

Nadie acertó a esbozar una sonrisa.

—Sea como fuere —prosiguió Fatty—, ese individuo asegura que «limpió» los cristales aquella mañana y que, cuando terminó, entró en la villa a cobrar. La nieta del viejo estaba allí planchando unas cortinas —según declaró el hombre— y le pagó el importe de su trabajo.

—¡Vaya, menos mal! —exclamó Larry, animándose ligeramente —. Si Goon sabe «eso», tal vez no insistirá en obligarme a decir que yo también fui allí a limpiar cristales aquella mañana. Francamente, Fatty. ¡Empezaba a temer que se imaginara que yo había robado el dinero!

—Siento mucho todo esto, Larry —masculló Fatty—. Iré o ver a Goon ahora mismo.

Y se fue con «Buster», dejando tras sí cuatro muchachos algo más animados en el cuarto de jugar de Pip.

—Vamos a dar una vuelta —repuso Daisy, levantándose—. Me siento muy deprimida. Tomaremos unos helados, el mejor remedio para levantar el ánimo.

Fatty fue directo a casa del señor Goon. A su llegada comprobó con alivio que la bicicleta del policía estaba en el jardín. La señora Mickle acudió a abrir la puerta.

—¿Está el señor Goon? —preguntó Fatty.

Con un ademán de asentimiento, la mujer le condujo al despacho. El pequeño Bert estaba al acecho en el vestíbulo.

—¡Hola, chico! —saludó Fatty, echándole una ojeada—. ¡TEN CUIDADO!

Estas últimas palabras parecían proceder de algún rincón a

espaldas de Bert, y éste recordó al punto aquellas horribles voces escuchadas un par de días atrás. El chico volvió la cabeza y desapareció dando un chillido.

No había nadie en el despacho, pero, sobre el asiento de una silla ¡hallábase la gamuza de Larry! Los ojos de Fatty centellearon.

—¡Eh, «Buster»! —cuchicheó al perrito—. ¿Ves esto? ¡Pues búscalo, búscalo!

«Buster» saltó sobre la gamuza, alborozado, y, tomándola entre los dientes, arrastróla por toda la habitación, sacudiéndola y mordisqueándola como si fuese una rata.

—Llévalo fuera, «Buster» —susurró Fatty.

Y el animal corrió obedientemente al jardín anterior con ella en la boca, gruñendo ferozmente.

Treinta segundos más tarde apareció en la estancia el señor Goon con aire regocijado. ¡Ajá! Había puesto a Larry y a Daisy en un endiablado apuro. Conque Larry era el limpiador de cristales, ¿eh? En tal caso, cabía considerarle como uno de los sospechosos de la mañana del robo. ¿Qué «diría» su padre cuando se enterase?

Pero Fatty no tardó en echarle un jarro de agua fría.

—¡Oh, señor Goon! —empezó el chico—. Pensé que acaso le interesaría saber que esta mañana he interpelado al limpiador de cristales que limpió las ventanas de la Villa de los Acebos en la mañana del robo. Es un hombre llamado Glass, que vive en la calle Norte, 62, en Peterswood.

—¿Cómo? —exclamó Goon, sobresaltándose.

—Me dijo que, después de limpiar los cristales, entró en la villa a cobrar. La nieta del viejo estaba allí, planchando, y le pagó su trabajo. Es imposible que pudiera robar nada ante las propias narices de la muchacha, de modo que me inclino a creer que debemos descartarle de entre los sospechosos. ¿Qué opina usted acerca de ello, señor Goon?

El policía estaba furioso. Buscó la gamuza con la mirada con intención de mostrársela a Fatty y observar su reacción, Pero ¿dónde ESTABA la gamuza? No la veía por ningún lado.

—¿Busca usted algo, señor Goon? —preguntó Fatty cortésmente.

—Una gamuza —farfulló el policía, empezando a inquietarse—. ¿Dónde estará metida?

—¡Cielos! —profirió el muchacho—. ¡Quiera Dios que «Buster» no se la haya llevado! Está ahí fuera, gruñendo como un loco, señor Goon. ¿Quiere usted ver qué tiene en la boca?

El señor Goon miró por la ventana. ¡«Buster» había destrozado la gamuza! ¡Nadie hubiera dicho que aquel trapo hecho jirones había sido una magnífica gamuza!

—¡Maldito perro! —espetó el señor Goon en un tono tan furioso que sorprendió al propio Fatty.

—¡Voy a reñirlo! —dijo el muchacho, dirigiéndose a la salida—. A propósito, ¡todavía no me ha dado usted las gracias por haber venido a facilitarle información sobre el señor Glass, el limpiador de ventanas!

El señor Goon sólo acertó a resoplar:

—¡Uf!

Capítulo XVII

Cambio de impresiones en la heladería

Fatty volvió a casa de Pip, pero no encontró a sus amigos allí.

—«Creo» que han ido a tomar unos helados —dijo la señora Hilton—. Me ha parecido oírles mencionar esa palabra.

—De acuerdo —murmuró Fatty, lamentándose de no llevar su bicicleta. (Todas aquellas idas y venidas a pie acabarían adelgazándole)—. Muchas gracias, señora Hilton. Iré a buscarlos.

Y echó a andar con «Buster», que llevaba aún orgullosamente un pedacito de gamuza en la boca. Por el camino se detuvo en una ferretería de la calle Mayor a comprar una magnífica gamuza. Costóle dieciséis chelines. Tras guardársela en el bolsillo, se dirigió a la granja.

Allí encontró a los otros cuatro, tomando unos helados. Todos se animaron al ver la jovial expresión de Fatty.

—¿Ya está todo arreglado? —preguntó Bets ávidamente.

Fatty asintió en silencio y pidió un helado para cada uno de sus compañeros y dos para él, pues, en realidad, estaba en desventaja respecto a los demás.

—He ido a ver a Goon —declaró—, y le he contado mi visita al verdadero limpiador de cristales esta mañana. Se ha puesto furioso.

—¡Ya me lo figuro! —exclamó Larry—. Estaba que no cabía en sí de gozo por haber logrado «incluirme» en la lista de sospechosos. Pero ¿y la gamuza? Si todavía la tiene en su poder, esta noche irá a enseñársela a papá y armará una trifulca de miedo.

Por toda respuesta, Fatty suspiró:

—¡Eh!, «Buster». Ven acá.

El perrito acercóse a su amo, meneando la cola. De su boca

pendía el último jirón de la gamuza.

—«Buster» se ha encargado de llevarse esa gamuza del despacho de Goon y de triturarla con los dientes —profirió Fatty solemnemente—. ¿Es éste el último trocito, «Buster»?

—¡Guau! —ladró el «scottie», soltándolo.

—Sí, es nuestra gamuza —confirmó Larry, acercándose a recoger el pedacito—. ¡Mirad! En esta esquina hay unas letras de nuestro apellido: «Daykin». ¡Oh, «Buster»! ¡Eres el perro más listo y atrevido del mundo!

—¡Merece tomar un helado doble! —exclamó Daisy, aliviadla—. ¡Oh, Fatty! ¡No sé «cómo» te las arreglas para salirte siempre con la tuya! ¡Eres único!

—Sí —sonrió Fatty—. Soy de los que agarran los toros por los cuernos, desafían el furor de las tormentas y ponen en fuga al enemigo. De todos modos, confieso que estaba francamente asustado. Goon tenía una prueba contra nosotros y, por mi culpa, tú y Daisy podríais haberos visto metidos en un lío espantoso.

—Pero ahora el señor Goon no podrá hacer nada, ¿verdad? —exclamó Bets, alborozada—. Sabe quién era el verdadero limpiador de cristales y ya no tiene nuestra gamuza.

—Mamá es la única que ha salido perdiendo con todo esto —masculló Larry—. Se ha quedado definitivamente sin su gamuza.

—¡Ah, se me olvidaba! —exclamó Fatty, sacándose la flamante gamuza del bolsillo y lanzándosela a Larry—. ¡Aquí tienes un obsequio para tu madre!

—¡Un millón de «gracias»! —agradeció Larry, encantado—. Mamá se alegrará tanto que no volverá a aludir a las acusaciones del señor Goon.

—Dile que el policía sufrió un error —sugirió Fatty—. ¡Un error que le ha costado caro!

—¡Oye, Fatty! —intervino Bets—. Anoche Pip y yo vimos al chico del colmado cuando vino a casa a traer un encargo.

—¡Magnífico! —celebró Fatty—. ¿Qué ocurrió?

—Pip y yo le estuvimos aguardando en la calzada, montamos en nuestras bicicletas —explicó la chiquilla—. Por fin el chico apareció en la suya. Pip había deshinchado un poco su neumático para poder pedirle que le prestase la bomba y, con esta excusa, entablar

conversación.

—Buena idea —comentó Fatty—. ¿Qué dijo el chico?

—Poca cosa —respondió Bets—. Ahora te toca hablar a ti, Pip.

—Le pregunté si había ido alguna vez a la Villa de los Acebos a llevar algún encargo —explicó Pip—, y él nos contó todo cuanto sabía sin hacerse rogar. Lo malo es que no dijo gran cosa.

—No importa, cuéntamelo por «si acaso sirve» —insistió Fatty.

—Bien. Como de costumbre, el chico llamó a la puerta principal, gritando: «¡El colmado!». Alguien contestó «¡Adelante!», y él entró en la casa.

—¿Quién estaba dentro? —inquirió Fatty.

—El viejo, con la radio a todo volumen, y una muchacha que, por lo visto, era la nieta del anciano, porque el chico la oyó llamarle «abuelito». Ésta estaba muy atareada cosiendo algo verde. Dijo al repartidor que sacara todas las cosas de la cesta y las pusiera en la pequeña despensa. El chico obedeció.

—Y eso fue todo —concluyó Bets—. El muchacho se quedo un rato a escuchar la radio y luego se marchó.

—Sí, el señor Henri dijo que había estado bastante rato en la casa —recordó Fatty—. Esto lo explica todo. Bien, según eso «él» tampoco pudo llevarse el dinero. La nieta estuvo allí todo el tiempo.

—A lo mejor fue «ella» la que lo robó —sugirió Larry—. Tuvo mil ocasiones para hacerlo.

—Sí, pero ¿por qué robarlo aquella mañana con tanta gente entrando y saliendo de la casa? —replicó Fatty—. En fin, ya aclararemos este punto cuando interpelemos a la muchacha. «Parece» buena chica. De otro modo, no iría todos los días a cuidar a su abuelo. Con todo, ¡cualquiera sabe!

Fatty sacóse la agenda y, abriéndola en la página de sospechosos, dijo:

—Podemos tachar unos cuantos.

Y tomando su lápiz tachó sucesivamente al chico del colmado, al limpiador de cristales y a la señora con revistas.

—¡Ah! —exclamó Pip, interesado—. ¿Ya has interpelado también a esa mujer?

—Sí —contestó Fatty.

Y contóles su entrevista con ella y el error de Goon, convencido

de que la señora de las revistas, con «un abrigo encarnado y un sombrero negro con rosas», era la vieja desconocida que le había vendido el boleto de Daisy para la subasta y leído las rayas de la mano. ¡Tan seguro estaba que incluso había ido a casa de Fatty para preguntar a su madre si podía interrogarla!

Todos prorrumpieron en risas.

—¡Claro! —cloqueó Bets—. ¡Como le dijiste que estabas pasando tres semanas con la señora Trotteville, pensó que la mujer aún seguía en tu casa! ¿Qué dijo tu madre?

—Pues no tardó en poner a Goon en su lugar. ¡Pobre viejo Goon! ¡Se está armando un lío con todo este asunto! No, «Buster», no puedes tomar otro helado. Por si no te has fijado, te diré que te has zampado uno doble.

—¡Qué bueno eres, «Buster»! —ensalzó Larry, acariciándolo—. ¡Pensar que destrozaste aquella gamuza! Fue un medio excelente de librarnos de… de… ¡Ahora «no me sale» la palabra, Fatty!

—Un medio excelente de librarnos de una prueba acusatoria —apresuróse a aclarar Fatty—. No, Bets. No pienso explicar el significado de esa frase. Discurre un poco.

—Así, ¿quiénes quedan en la lista de sospechosos ahora? —preguntó Daisy, atisbando por encima del brazo de Fatty—. ¡Ah, el hombre del automóvil! ERT 100, con una maleta. Por cierto, Fatty, que no he visto ningún coche de esa matrícula en todo el pueblo. ¿Quieres que volvamos a intentarlo dando otro paseíto? Presiento que se trata de un habitante de la localidad.

—De acuerdo —convino Fatty—. Luego iré a interpelar al elegante sobrino para averiguar qué quería de su tío aquella mañana. Al parecer, estuvo muy poco rato en la casa y volvió más tarde mientras nosotros nos hallábamos allí escuchando los lamentos del abuelo sobre la desaparición de su dinero.

—Sí —recordó Pip—. Por entonces, la nieta habíase marchado ya. ¿Dónde vive ese individuo?

—El señor Henri nos dio su dirección —respondió Fatty, hojeando su libreta—. Aquí están sus señas. El viejo las proporcionó al señor Henri al insistir éste en que deseaba ponerse en contacto con sus parientes. El sobrino vive en la calle del Espigón, número 82, Marlow. Por lo visto, tanto él como la nieta residen en Marlow,

aunque en diferentes domicilios.

—¿Cuándo iremos a verle, hoy? —interrogó Daisy—. ¿Podremos ir nosotros también?

Fatty reflexionó antes de contestar. Por último, decidió:

—Sí. En conjunto creo que sería una buena idea. A estas horas, Goon debe de haberles interpelado ya a los dos y si me ven acudir solo formulándoles preguntas, a mi vez, a lo mejor se ofenden. En cambio, si nos presentamos todos, llenos de inocente curiosidad, es posible que saquemos más partido.

—Ni Larry ni yo podemos ir antes de almorzar —observó Daisy—. Hoy tenemos una tía invitada a comer. Pero podríamos reunimos a eso de las tres en la puerta de tu casa, con nuestras bicicletas. Merendaremos en aquel lindo café de la calle Alta de Marlow.

—Entendido —accedió Fatty, guardándose la agenda—. Ahora salgamos a buscar el ERT 100.

Pagaron la cuenta y fueron todos a dar un paseo. «Buster» llevaba aún en la boca el pedacito de gamuza y gruñía a todos los perros que veía.

—No seas bobo, «Buster» —reprendióle Fatty—. ¿De veras crees que algún perro intentará quitarte ese maloliente trozo de gamuza?

Los chicos miraron todos los coches en circulación, sin conseguir localizar ningún ERT. Luego fueron al aparcamiento general con objeto de inspeccionar todos los coches allí aparcados, actitud que llamó poderosamente la atención del vigilante.

—¿Qué estáis buscando? —gritóles éste.

—Un ERT —respondió Fatty.

—¿Qué es eso? —inquirió el hombre—. En mi vida he oído esa marca. Conque ya os estáis largando.

—Tiene usted razón —murmuró Fatty sombríamente—. No hay ni un solo ERT a la vista.

—Ahí viene el señor Goon —advirtió Bets, de pronto, al tiempo que se alejaban del aparcamiento—. Tal vez él también anda buscando un ERT.

—No creo —replicó Fatty—. Él tiene otros medios de averiguarlo. La policía puede localizar cualquier coche por su matrícula, y el señor Henri me aseguró que le había dado la del ERT

en cuestión. El viejo Goon nos lleva, pues, ventaja en lo tocante al hombre de la maleta y el auto ERT 100.

Al ver al señor Goon en su bicicleta, «Buster» precipitóse a él ladrando. En su intento de apartarlo a puntapiés, el policía estuvo a punto de caerse del vehículo.

—¡Fuera de aquí, escandalosos! —vociferó, pedaleando a toda velocidad.

—¡Eh, «Buster»! —reconvino Fatty, señalando el jirón de gamuza soltado por «Buster» al ladrar al señor Goon—. ¡Has dejado caer tu trocito de gamuza! ¿Te parece bonito?

Primero fueron todos a casa de Larry. En la calzada había un coche.

—¡Cáspita! —exclamó Larry—. ¿De quién es ese auto? El de tía Elsie no es, desde luego.

En aquel momento, un hombre con un maletín pardo descendió los peldaños de la puerta principal.

—¡Es el doctor! —profirió Daisy—. ¡Hola, doctor Holroyd! ¿Cómo está la cocinera?

—Mucho mejor —contestó el médico, sonriendo a los cinco niños—. ¿Y vosotros, qué tal?

Y subiendo a su coche puso en marcha el motor y alejóse calle abajo.

—¡Fijaos! —chilló Bets, señalando el automóvil—. ¡ERT! ¡ERT 100! ¡Nuestro ERT 100!

—¡Sopla! —exclamó Fatty—. ¡Pensar que hemos estado buscándolo toda la mañana y lo teníamos aquí ante nuestras propias narices! ¡Hombre con una maleta! ¿CÓMO no se nos habrá ocurrido pensar en un médico?

—¡No somos ni la mitad de listos de lo que suponemos!

—¿Iremos a interpelarle? —preguntó Pip.

—No —replicó Fatty—. Estoy seguro de que no podría ayudarnos. Él «no pudo» ser el ladrón. ¡Todo el mundo conoce al doctor Holroyd! Me figuro que se limitó a ir a echar un vistazo al viejo y luego se marchó en su coche. Opino que debiéramos avergonzarnos de no haber visto la matrícula teniéndolo delante.

—¡Ahí viene tía Elsie! —exclamó Daisy, al ver entrar un pequeño coche por uno de los portillos—. ¡De prisa, Larry, vamos a

lavarnos! ¡Adiós a todos!

Ambos desaparecieron. Los otros caminaron pausadamente calle abajo.

—¡Nos reuniremos a las tres delante de tu casa, Fatty! —gritó Bets—. ¡Adiós, amigo! ¡Adiós, «Buster»! ¡No sueltes tu trocito de… de… prueba «pepitoria»!

Capítulo XVIII

Una charla con Wilfrid… y una sorpresa

A las tres en punto todos se hallaban ante el portillo de Fatty, con inclusión de «Buster».

—Tendré que meterlo en la cesta de mi bicicleta —decidió Fatty—. No puede ir andando hasta Marlow. Está demasiado lejos. ¡Arriba, «Buster»!

Al perrito le gustaba la cesta de la bicicleta. Sentábase allí alegremente, bamboleándose cada vez que pasaban sobre un surco, y miraba desdeñosamente a los demás perros que se cruzaban en su camino.

Marlow estaba a unas tres millas de distancia. El trayecto resultaba muy agradable en aquel hermoso día de abril. Al llegar a la ciudad, los muchachos preguntaron por la calle del Espigón. Era una linda calle que desembocaba en el río. El número 82 era la última casa, y el césped de su jardín descendía hasta el agua.

Los cinco apeáronse de sus bicicletas.

—Apoyadlas en esta tapia —aconsejó Fatty—. Después merodearemos un rato por si encontramos al sobrino. Se llama Wilfrid King. Como todos lo hemos visto, no nos resultará difícil reconocerlo.

Procedieron, pues, a caminar sin objeto a lo largo de la tapia que rodeaba el pequeño jardín interior del número 82, hasta llegar a un sendero que conducía al río. Mientras lo recorrían contemplaron el prado que, formando declive, descendía hasta el agua.

No vieron a nadie. Al llegar a la orilla del río se detuvieron. Fatty tocó con el codo a Daisy. No lejos de allí mecíase un bote. En su interior había un joven leyendo, un individuo de expresión

hosca, con una elegante indumentaria consistente en unos pantalones de franela gris y un jersey amarillo.

—Es Wilfrid —cuchicheó Fatty—. Vamos a llamarlo y a fingir que nos sorprendemos mucho de verlo. Entonces trabaremos conversación. Recordad. Hemos venida acá con el mero fin de contemplar el río. ¡Hace un día tan hermoso!

No obstante, Wilfrid los vio antes de que ellos pudieran saludarle e, incorporándose, quedóseles mirando de hito en hito.

—¿No sois los chicos que oísteis pedir auxilio a mi tío la otra mañana? —preguntó el joven.

—¡Sí, señor! —respondió Fatty, simulando sorpresa—. ¡Caramba! Usted es Wilfrid, ¿no? ¡Qué casualidad encontrarle aquí! Hemos venido dando un paseo, aprovechando el buen tiempo.

—¿No habéis visto a ese estúpido policía? —inquirió Wilfrid—. Ha estado aquí hoy formulando una serie de preguntas tontas. ¡Cualquiera diría que yo fui el que robó a mi pobre tío!

—¡Ah! —exclamó Fatty—. ¿Conque ha venido el señor Goon? ¡Cuéntenos! «Nosotros» también le tenemos por un zote. ¿A quién se le ocurre pensar que «usted» robó a su tío? ¡Pobre anciano! Me pregunto quién fue el autor del hecho.

—¡Ah! —profirió Wilfrid, como aquél que está informado.

—¿Qué quiere usted insinuar? —preguntó Larry.

—¡Oh, nada! —repuso Wilfrid—. Ese policía es incapaz de ver nada aun cuando lo tenga en sus propias narices. Le dije que había intentado por todos los medios de convencer a mi tío de que metiera el dinero en un banco. Es muy peligroso guardar efectivo en casa. Y el caso es que aquella mañana visitó la Villa de los Acebos una porción de gente. Por tanto, hay varias personas que «pudieran» haber robado el dinero.

—Sí, es verdad —convino Fatty—. Es curioso que entrara y saliera tanta gente de la casa. Con todo, la nieta del viejo estuvo allí casi todo el tiempo, limpiando o planchando. Por consiguiente, su presencia en la casa descarta la posible culpabilidad de la mayoría de los visitantes.

—Sí, la mía, por ejemplo —murmuró Wilfrid—. Cuando entré en la villa, la chica estaba allí. Marian es mi prima, pero como ella y yo no nos llevamos muy bien, me marché en seguida. ¡Quería que la

ayudase a colgar las cortinas! Naturalmente, yo me largué.

—En efecto, la presencia de su prima en la casa le descarta a usted —suspiró Fatty—. Lo mismo ocurre con casi todas las demás personas que entraron y salieron aquella mañana, excepto, quizás, el doctor, aunque, en realidad, éste no necesita que le avalen.

—¿De modo que tienes una lista de los sospechosos? —exclamó Wilfrid—. Supongo que yo también figuro en ella, ¿no es verdad?

—Sí, pero si Marian estaba presente cuando usted visitó la casa, podrá usted ser tachado como los demás exclamó Fatty, tendiéndole la lista.

—¡Cáspita! —exclamó Wilfrid, consultándola—. ¡Seis sospechosos y todos tachados, excepto Marian y yo!

—Sí —masculló Fatty—. Pero si, como usted dice, Marian puede descartarle, pronto será usted borrado de ella, a su vez. Es posible que Marian haya visto ya al señor Goon y que éste le haya tachado a usted ya.

—Marian está ausente hoy —declaró Wilfrid—. Así se lo dije al policía y, por tanto, no creo que la haya visto todavía. Según eso, una vez tachado yo, sólo quedará un sospechoso.

—Sí, uno solo —murmuró Fatty, observando a Wilfrid en tanto éste repasaba la lista, pensativo—. ¿Sabe usted dónde tenía escondido el dinero su tío por casualidad?

—No —replicó Wilfrid con expresión enojada—. Jamás quiso decírmelo. De haberlo sabido, se lo hubiera ingresado en un banco sin decirle nada. Pero ahora es ya demasiado tarde. Alguien se ha apoderado de él.

—¿Y supone usted quién pudo ser esa persona? —interrogó Fatty pausadamente.

—No estoy seguro —contestó Wilfrid tras un titubeo—. Prefiero no decir nada más. Sólo sois unos niños, pero podríais ir por ahí contando alguna indiscreción.

—Tiene usted razón —intervino Pip, que desde el primer momento sentía profunda antipatía por Wilfrid.

Saltaba a la vista que éste consideraba a su prima Marian la autora del hecho. Con todo, los chicos no podían menos de pensar que «él» también hubiera sido capaz de robar el dinero de haber podido hacerlo.

—Debemos marcharnos —dijo Fatty, consultando su reloj—. Bien, espero que Marian le descarte, Wilfrid.

Y alejándose en sus bicicletas, dirigiéronse al pequeño café que tanto les gustaba. Durante el camino no cambiaron ni una sola palabra.

Como era temprano aún, la sala del establecimiento estaba vacía. A poco, los muchachos empezaron a hablar en voz baja.

—Es casi imposible que Wilfrid se llevara el dinero. Teniendo en cuenta la antipatía que existe entre él y su prima, cabe suponer que ésta no le habría encubierto caso que el otro «hubiese» robado el dinero en su presencia.

—Pues si él no pudo ser el ladrón, ¿quién fue entonces? —inquirió Pip.

—Tal vez Marian —coligió Fatty—. Iremos a verla después de merendar. Lo que me choca es por qué se llevaron todos los «muebles» la noche siguiente. Estoy dándole vueltas al asunto sin conseguir encajar esa pieza en el rompecabezas.

—Lo mismo me ocurre a mí —contestó Daisy—. Los muebles eran de poca utilidad y, por tanto, de escaso valor. ¿«Pensó» el ladrón que el dinero estaba escondido en ellos? En fin, me rindo. ¡Es un enigma!

Después de saborear una exquisita merienda, fueron todos a visitar a Marian, haciendo votos porque la muchacha estuviera en casa.

—Ya hemos llegado —dijo Fatty—. Calle Mayor, número 5. ¡Canastos! ¡Pero si es un hotelito!

Era, en efecto, una pequeña casa de huéspedes, muy limpia y cuidada. Los chicos llamaron al timbre y, al punto, acudió a abrirles la puerta una pulcra mujer de edad madura.

—¿Está la señorita Marian King? —preguntó Fatty—. Si es así, ¿podríamos verla?

—Creo que no ha vuelto todavía —repuso la mujer—. Voy a preguntarlo. Entretanto, pasad al salón, ¿queréis?

Los chicos entraron en la estancia. Dentro había una anciana leyendo.

—¿Deseáis ver a alguien? —preguntó la dama, sonriéndoles, al tiempo que les dirigía una leve inclinación de cabeza.

—Sí, señora —respondió Fatty—. Nos gustaría ver a Marian King, si es que está en casa.

—¡Ah, Marian! —exclamó la anciana—. ¡Es una muchacha muy cariñosa! Buena para su madre, para su abuelo… y para viejas fastidiosas como yo. ¡Un verdadero sol de chiquilla!

—Sabemos que solía ir a ayudar a su abuelo —comentó Fatty, satisfecho de obtener al fin alguna información.

—¡Oh, sí! —asintió la dama—. ¡Siempre está pensando en él! Constantemente le lleva exquisitos platos, guisados por ella misma. Además, le lava y plancha la ropa. No hay otra como ella; la última vez que fue me dijo que pensaba lavar y planchar las cortinas de la casa, un trabajo muy pesado y casi innecesario, pues el viejo está ciego y no puede verlas.

—Sí, por lo visto las lavó —confirmó Daisy, recordando la información del chico del colmado—. Sin duda, quiere mucho a su abuelo.

—Muchísimo —afirmó la anciana—. Lo pone siempre por las nubes y siente en el alma que viva solo. Y ahora acabo de enterarme de que al pobre viejo le han robado todos sus ahorros. ¡Qué disgusto tendrá Marian!

Fatty sorprendíase de que la mujer que les había abierto la puerta no hubiese reaparecido aún. ¿Se habría olvidado de que la estaban aguardando? Para saber a qué atenerse, el muchacho decidió ir a averiguar lo que ocurría. Al salir al pasillo oyó voces al fondo y encaminóse allí por el alfombrado suelo.

—No sé «qué» pensar de Marian —decía alguien llorando—. Primero viene ese policía preguntando por ella y tengo que decirle que no está en casa. Ahora, esos chicos. ¿«Dónde» se habrá metido? ¡Lleva ya dos días ausente! ¡La gente dirá que fue ella la ladrona! No es propio de Marian este comportamiento. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Ojalá no le haya ocurrido nada malo!

—Haga usted lo que considere mejor —tranquilizóla otra voz—. Marian es una buena chica. Me consta. La sospecha de que haya robado el dinero de su viejo abuelo, a quien, por otra parte, quiere tanto, me parece una tontería. Opino que debiera usted dar parte mañana mismo a la policía de su desaparición.

—Lo malo es que, si lo hago, pensarán que ha huido con el

dinero —sollozó la primera voz—. Y lo publicarán todos los periódicos. ¡Mi pequeña Marian, mi única hija, más buena que el pan!

Fatty volvió quedamente al salón, preocupado… y muy desconcertado. No contaba con aquello. ¿Adónde habría ido Marian? ¿Cabía la «posibilidad» de que hubiese robado el dinero? Todo el mundo parecía tenerla en buen concepto… Y, no obstante…, ¿por qué había huido?

Al entrar en el salón, Fatty murmuró a los demás:

—No es preciso que aguardemos más.

Y volviéndose a la anciana, dijo cortésmente:

—Si vuelve la sirvienta, ¿tendrá usted la bondad de decirle que no hemos podido esperar más? ¡Muchas gracias, señora!

La anciana asintió en silencio, maravillándose de la educación de aquellos niños. Al salir, éstos desataron a «Buster» del poste donde lo habían amarrado. El perrito mostróse encantado de volver a verles.

—Ahora no digáis nada —cuchicheó Fatty—. Tengo noticias frescas.

Todos montaron en sus bicicletas y, al llegar a una desierta carretera secundaria, a considerable distancia de Marlow, Fatty apeóse de la suya. Los demás lo imitaron y, tras apoyar sus bicicletas en un portillo que daba acceso a un campo, rodearon a Fatty, sorprendidos al ver la gravedad de su rostro.

—Marian ha desaparecido —declaró el muchacho—. He oído por casualidad a su madre, lamentándose del hecho. Están muy trastornados, temiendo que la chica haya huido con el dinero y preocupados por lo que dirán los periódicos si se enteran de su desaparición. ¿Qué opináis de todo esto?

—¡Cáscaras! —exclamó Larry—. En realidad, todo hace suponer que ella es la ladrona. Al fin y al cabo, ella parece la persona más allegada al viejo y, por ende, la más susceptible de contar con su confianza y de arrancarle sus secretos… por ejemplo, el lugar donde escondía el dinero.

—Sí, eso es lo único que explica su desaparición —masculló Fatty—. En fin, hasta su regreso no podremos adelantar gran cosa en la aclaración de este misterio. Ignoramos dos detalles

importantes: dónde o por qué se ha ido Marian, y dónde están los muebles y por qué fueron robados. Éste es uno de los misterios más desconcertantes con que nos hemos enfrentado.

—Efectivamente —aseveró Pip—. Y estoy seguro de que NADIE podría desentrañarlo, aun sabiendo todo lo que sabemos nosotros. Bien, regresemos al pueblo. Poca cosa podemos hacer ahora.

Así, pues, pedalearon en dirección a Peterswood, desilusionados y confusos. ¡Quién sabe!, se decían. A lo mejor la explicación más sencilla es la auténtica: ¡Marian había robado el dinero y huido con él!

Sin embargo, quedaba en el aire lo de la desaparición de los muebles. ¿Sería: también responsable de ellos Marian? ¡Qué lío! ¡Lo mejor era no devanarse los sesos!

—¡Es un misterio demasiado misterioso! —comentó Bets—. ¡Apuesto a que el señor Goon será INCAPAZ de resolverlo!

Capítulo XIX

¡Un extraordinario hallazgo!

Fatty estaba inusitadamente callado aquella tarde. Los cinco muchachos hallábanse en el cobertizo de su amigo, juntamente con «Buster».

—¿Qué te pasa, Fatty? —preguntó Bets, deslizando una mano en el brazo del chico—. ¿Estás preocupado?

—Más que preocupado estoy desconcertado —confesó Fatty—. Verdaderamente desconcertado. NO PUEDO creer que Marian haya robado al viejo abuelo a quien tantos cuidados ha prodigado todo este tiempo. Por otra parte, tengo la convicción de que Wilfrid no está en posesión del dinero ni sabe dónde está.

—¿No habrá una séptima persona desconocida entre los sospechosos? —sugirió Larry.

—Yo también me he formulado esta pregunta —murmuró Fatty —. Tal vez entró alguien por la parte «trasera» de la villa sin ser visto. El señor Henri pudo ver a los que entraban por delante, pero no a los que lo hacían por detrás.

—Sí, es verdad —convino Daisy—. Además, «es» posible que el francés no estuviese todo el tiempo mirando por la ventana.

—Naturalmente —suspiró Fatty—. Pero, en este caso, creo que el viejo habría mentado a esa otra persona o personas. El señor Henri estuvo hablando mucho rato con él, y está seguro de que no fue a la casa nadie más.

—Juguemos una partida de cartas —propuso Pip, que empezaba a cansarse de todas aquellas conjeturas.

—No —repuso Fatty—. Jugad vosotros. Yo tengo que pensar. Estoy completamente desorientado y, no obstante, sospecho la

existencia de una pista que puede darme la clave del misterio.

—Sea como fuere, el dinero ha desaparecido —gruñó Pip—. Y lo mismo digo de Marian. Resulta todo un poco inexplicable.

—A lo mejor el dinero está aún en la Villa de los Acebos —sugirió Bets—, en algún sitio donde a nadie se le ha ocurrido buscarlo.

—Lo registré todo —aseguró Fatty—. Es una casa tan «pequeña» que, aparte de la chimenea o el suelo de madera, no tiene ningún escondrijo. Por otra parte, no hay más muebles que la cama del viejo, una silla y una mesita. Y una lámpara, una estufa…

—Y las cortinas —concluyó Bets—. Me figuro que tuvieron que dejarlas por si acaso el señor Goon pasaba por la noche y enfocaba la ventana con su linterna. Entonces hubiera descubierto la habitación desmantelada.

—¡Vamos, amigos, juguemos una partida! —insistió Pip—. Me doy por vencido. Hay algo raro en todo esto, algo que ignoramos.

—¡De acuerdo! —exclamó Fatty con una súbita sonrisa—. Me inclino a creer que tienes razón. Nos faltan algunas piezas de este rompecabezas. No es que no sepamos encajarlas en su sitio. Es que no las tenemos. Reparte las cartas, Pip. Nunca las barajas debidamente.

Cuando se fueron sus amigos, Fatty acompañóles un trecho, seguidos de «Buster». Hacía una hermosa tarde, prometedora de un magnífico día para la mañana siguiente.

Al doblar una esquina todos a una, tropezaron con una corpulenta forma.

—¡Eh! —protestó una voz familiar—. ¿Por qué no miráis por dónde andáis?

—Buenas tardes, señor Goon —saludó Fatty—. ¿Ha salido usted a dar un paseíto? ¿Ha desentrañado el misterio ya?

—Por supuesto —asintió Goon—. Si te refieres al caso de la Villa de los Acebos, no hay misterio que valga. Salta a la vista lo ocurrido. La culpable es esa chica llamada Marian King.

—¿Cómo dice usted? —exclamó Fatty, estupefacto—. Probablemente, la muchacha no robó el dinero.

—Aguarda a ver los periódicos, mañana por la mañana —barbotó el señor Goon, jubiloso—. ¿Te creías muy listo, eh? Pues

conste que no lo eres.

—¿Ha aparecido el dinero? —inquirió el muchacho.

—Aguarda y verás —repitió el señor Goon—. Otra cosa. He estado pensando sobre cierto particular. ¿Sabes algo de aquella dama que me leyó las rayas de la mano?

El señor Goon tenía un aire tan sumamente amenazador, que Bets apresuróse a esconderse detrás de Larry.

—Déjeme recordar —farfulló Fatty—. ¿A qué dama se refiere usted?

—¡Eres un demonio! —resopló Goon—. Pero esta vez he ganado yo por la mano, ¿oyes? ¡Lee los periódicos mañana y verás!

Y prosiguió su camino, muy satisfecho de sí mismo.

—Creo que ese polizonte sabe algo que nosotros ignoramos —masculló Fatty, lanzando un gruñido—. ¡Que Dios le confunda! Nunca me perdonaré si nos pasa delante. Al parecer, la oveja negra es Marian.

—Me lo figuraba —comentó Pip—. Su desaparición es significativa. A lo mejor la han encontrado con el dinero.

—Tendremos que aguardar a que aparezca la prensa de mañana —suspiró Fatty—. Bien, adiós, amigos. Me apena pensar que este misterio está a punto de terminar y nosotros estamos aún en plena investigación.

—Tal vez sucederá algo —consolóle Bets, oprimiéndole el brazo—. ¡Quién sabe!

—No es probable —murmuró Fatty, abrazándola—. Adiós, hasta mañana, muchachos.

A la mañana siguiente, Fatty se levantó temprano para ver los periódicos. En primera plana no había nada, pero dentro llevaba una columna entera con el siguiente titular:

MUCHACHA DESAPARECIDA
Y
DINERO DESAPARECIDO

La reseña describía la Villa de los Acebos, el robo del dinero del viejo, la súbita desaparición de los muebles y, por último, la desaparición de Marian. No decía que Marian fuese la ladrona, de

forma correcta, pero daba a entender que la muchacha habíase llevado el dinero y los muebles.

—Ahora supongo que empezará la búsqueda —pensó Fatty—. Todo el mundo intentará localizar a Marian. Me figuro que su madre dio parte de su desaparición, aunque más bien creo que Goon la sonsacase e informase del hecho a la superioridad. ¡Cáscaras! ¡Quisiera haber tenido más perspicacia para aclarar este misterio! Tengo la impresión de haber pasado por alto algo, algún indicio que constituía la clave de todo.

Después de leer el periódico, Fatty reflexionó. Por último se dijo:

«—Iré a darme otra vuelta por la Villa de los Acebos, por si acaso se me ocurre alguna idea brillante. Iré solo con "Buster"».

Y tomando su bicicleta, dirigióse a la calle del Acebo. Al pasar ante «Green-Trees» entró a pedir la llave. El señor Henri teníala aún en su poder.

—El viejo se ha ido a Marlow —declaró el francés—. Anoche vinieron a buscarle.

—¡Sopla! —exclamó Fatty—. ¡Apuesto a que cuando preguntó por Marian y le dijeron que había desaparecido armó una tremolina!

—Debo contarle algo —decidió el señor Henri—. Me dijo que Marian sabía dónde estaba su dinero. Él mismo habíaselo dicho, tras hacerle prometer que jamás se lo diría a nadie.

—Según eso, parece ser que ella era la única que sabía el escondrijo —gimió Fatty—. Por consiguiente, su situación es muy comprometida, En fin, si de veras lo robó, tendrá bien merecido lo que le espera. ¿Puede usted dejarme la llave, señor Henri? Sé que he fracasado, pero quisiera echar un último vistazo.

El señor Henri entrególe la llave y Fatty encaminóse a la casa vecina. Dentro, las cortinas estaban corridas y, naturalmente, la sala aparecía a oscuras. El muchacho encendió la luz, pero como ésta daba muy poca claridad, descorrió las cortinas de las ventanas. Los radiantes rayos del sol iluminaron la estancia.

Fatty recordó que Marian había lavado y planchado las cortinas la mañana del robo.

—Seguramente, no habría hecho tal cosa si hubiese abrigado el propósito de robar el dinero y desaparecer —pensó Fatty—. Su

actitud sería ilógica, aunque, en realidad, todo este asunto es un galimatías.

El muchacho contempló las flamantes cortinas verdes, y, al observar que el orillo lateral que descendía desdé lo alto de la ventana hasta pocos centímetros del suelo parecía algo tieso, lo frotó entre el índice y el pulgar.

—¡Qué raro! —susurró Fatty, palpando un poco más arriba.

Después, palpó la base de las cortinas y, llevándose el orillo al oído, lo estrujó entre los dedos. Casi al punto percibió un leve crujido.



Súbitamente, Fatty fue presa de tremenda excitación y, enajenado de gozo, profirió:

—¡He encontrado el dinero! ¡Creo que he ENCONTRADO EL DINERO! ¡Cascaras, qué suerte!

Sacándose entonces el cortaplumas, descosió los puntos del dobladillo hasta poder introducir el índice y el pulgar en el interior.

No tardó en palpar algo parecido a un papel. Tiró de ello suavemente y, al examinarlo, lanzó un quedo silbido. ¡Era un billete de una libra, sucio, arrugado y manoseado!

—¡De modo que aquí es donde Marian escondió el dinero para preservarlo de Wilfrid, que había empezado a sospechar que el viejo lo guardaba en algún mueble! ¡Sin duda!, la amenazó con buscarlo en cuanto se fuese ella aquella mañana, y entonces la muchacha descosió el dobladillo de las cortinas que estaba planchando y cosió el dinero dentro. ¡Qué gran idea!

Los dobladillos de la cortina estaban atestados de billetes de libra. Fatty pudo palparlo todo a lo largo de la base. El chico reflexionó sobre el partido a tomar. ¿Se llevaría el dinero? No, semejante actitud podría traer complicaciones. Era preferible dejarlo allí. Hasta entonces, nadie había adivinado su escondrijo, ni era probable que lo adivinase.

—Nadie vendrá por aquí —se dijo Fatty—. Es más. Me cercioraré de que no entre un alma en la casa.

Al salir de la villa, cerró la puerta con llave.

—No pienso devolverla a «Green-Trees» —decidió, guardándosela en el bolsillo—. Diré al señor Henri que prefiero retenerla y le encargaré que vigile si alguien se acerca a la puerta anterior de la Villa de los Acebos. Me consta que Wilfrid tiene una llave, pero no creo que vuelva por aquí. En cuanto a Marian, es seguro que no vendrá.

Fatty sentíase tan excitado que le resultaba difícil guardar aquel inesperado secreto para sí. El descubrimiento del dinero ponía en claro todo lo sucedido.

Marian no lo había robado, sino escondido en las cortinas para evitar que Wilfrid lo encontrase si le daba por registrar los muebles. La muchacha se abstuvo incluso de decir al viejo dónde lo había escondido temiendo que Wilfrid lo sonsacase. Y claro está, cuando el viejo procedió a buscarlo tras la marcha de Marian aquella mañana, sin lograr dar con él, pensó que se lo habían robado.

¿Por qué habría desaparecido Marian si no había robado el dinero? ¿Tendría Wilfrid algo que ver con su desaparición? Sin duda era Wilfrid el que había ido a la casa aquella noche con alguna camioneta, para llevarse todos los muebles. ¿Por qué? Probablemente, porque Marian aseguró que ella no lo había robado, sino que estaba aún escondido en la Villa de los Acebos.

—Las piezas del rompecabezas empiezan a encajar —se dijo

Fatty jubilosamente—. ¡Si pudiera encontrar a Marian o los muebles! ¿Estarán aún éstos en la camioneta? Sin duda, Wilfrid y su compinche consideraron peligroso descargarlos dondequiera que fuese. Los parientes del joven hubieran sospechado al ver aparecer súbitamente aquellos muebles en la casa o en el patio. A buen seguro, Wilfrid tuvo que dejarlos en la camioneta.

De pronto asaltóle otra idea.

—¡A lo mejor la familia de Wilfrid son transportistas! ¡Es posible que tengan grandes conductoras y que los muebles estén escondidos en una de ellas! ¡Carape! ¡Tengo que averiguarlo inmediatamente!

Fatty volvió a su casa a marchas forzadas. ¡Si se daba prisa aún podría derrotar a Goon y desentrañar todo el misterio antes de que Marian fuese detenida!

Capítulo XX

Aventura nocturna

Así que llegó a casa, Fatty fue a consultar la guía telefónica del vestíbulo, con objeto de comprobar la profesión de los King de Marlow. ¿Serían transportistas? El muchacho tenía la certeza de que sí. Rápidamente, localizó el apellido King en la guía.

Había bastantes Kings: A. King, Alee King, Bertram King, Claude King, señora D. King… El ávido índice de Fatty recorrió hasta abajo la lista de los King. Por fin llegó al final.

El chico sintióse profundamente desilusionado. Ninguno de los King era transportista. Había un carnicero y un panadero; pero, al parecer, los King no pertenecían al ramo de los transportistas. Fatty miró la lista, desesperado.

—La repasaré detenidamente —pensó—. Vamos a ver: A. King, Alee King; Bertram King, carnicero; Claude King, dentista; señora D. King; Edward King; Establos King; Henry King… ¡Alto! ¡Establos! ¡ESTABLOS! ¡Ya está! ¡Establos significan caballos, y caballos significan vehículos para transportar caballos o sea camiones capaces de transportar muebles! ¡Ya está! ¡Eso es!

Y arrojando la guía al suelo, Fatty se puso a bailotear de un lado a otro del vestíbulo, en tanto «Buster» lo seguía, ladrando. El perrito sabía que su amo estaba excitado y participaba de su excitación.

De pronto apareció la señora Trotteville en la puerta de la sala.

—¡Federico! ¿Qué haces? Tengo una reunión en la sala, y tú elijes este momento para portarte como un piel roja.

—¡Lo siento, mamá! —disculpóse Fatty, acercándose a abrazarla, ebrio de júbilo y excitación—. Verás, Acabo de hacer un gran descubrimiento y lo estaba celebrando. ¡Perdona, mamá!

—Pues ve a celebrarlo a tu cobertizo —repuso su madre—. Y, a propósito; no olvides que tu abuelo llegará en el tren de las once. Quiero que vayas a recibirlo.

—¡Cascaras! —exclamó Fatty, mirando a su madre con viva consternación—. ¡Lo había olvidado por completo! ¡Oh, mamá! ¡«No puedo» ir a recibir al abuelito! ¡Lo siento en el alma, pero no puedo!

—Debes hacerlo, Federico —insistió su madre, sorprendida—. Yo tengo esta reunión del Comité y, además, tú siempre te has encargado de ir a recibir a tu abuelo. Viene solo a pesar del día y seguramente se molestaría si cometieras la indelicadeza de irte por las tuyas. Por otra parte, «sabías» que iba a venir.

—Sí, pero ya te he dicho que lo había olvidado por completo —gimió Fatty—. Te lo aseguro, mamá. No es que no «quiera» ir a recibirle o estar con él; lo que ocurre es que tengo algo muy importante que hacer, y no puedo demorarlo.

—Pues tendrá que esperar o tendrás que encargárselo a Larry o a Pip —replicó la señora Trotteville, fríamente.

Y entrando de nuevo en la sala, cerró la puerta.

Fatty miró a «Buster», que, al oír la enojada voz de la señora Trotteville, había bajado el rabo, sobrecogido.

—¡Nos hemos caído! —gruñó el muchacho—. ¡PRECISAMENTE ahora, cuando al fin encuentro otra pieza del rompecabezas! ¡Edward King, Establos King, Marlow! ¡Y ahora resulta que no puedo encajarla en su sitio porque viene el abuelito! ¿Por qué se le habrá ocurrido venir hoy?

Fatty quería mucho a su abuelo, pero sentía en el alma tener que atenderle aquel día tan fuera de lo corriente.

—Los muebles del viejo deben de estar en un camión para transportar caballos, «Buster» —dijo el chico a su perrito—. Lo descubrirán de un momento a otro, pero «me» interesa desentrañarlo todo yo. ¡Qué susto se llevaría el viejo Goon si yo presentara a la policía el dinero «y» los muebles!

Por espacio de unos instantes estuvo indeciso entre telefonear a Larry o a Pip para exponerles sus ideas, o guardar silencio sobre el particular. Por último, decidió:

—No. Si los mando a Marlow en busca de un camión de caballos

con muebles en su interior, son capaces de cometer alguna indiscreción o echarlo todo a perder. Tendré que posponerlo hasta la noche.

Así, pues, Fatty fue a esperar a su abuelo a la estación, y consagróle todo el día.

—¿Tienes algún otro misterio entre manos? —inquirió el anciano, observándole con su centelleante mirada—. ¡Apuesto a que estás en plena investigación! ¡Procura que ese policía gordinflón (¿cómo se llama?) Goop, Goon, no te tome la delantera!

—Descuida, abuelito —sonrió Fatty—. Ya te lo contaré todo la próxima vez que vengas.

A las seis en punto de la tarde, el muchacho despidió a su abuelo en la estación, y, acto seguido, precipitóse a casa de Pip. Afortunadamente, Larry y Daisy estaban allí también.

—¡Oh, Fatty! —exclamó Bets, encantada de ver a su amigo—. Pareces muy excitado. ¿Ha sucedido algo?

—Muchas cosas —declaró el muchacho.

Y procedió a desembucharlo todo: el hallazgo de los billetes en el dobladillo de las cortinas, su idea sobre los Camiones de Transporte convertidos en Camiones de Caballerías, y su determinación de ir a Marlow aquella noche en busca de un camión lleno de muebles.

—Iré contigo —decidió Larry, al punto.

—Podéis venir tú y Pip —dijo Fatty—. Primero, iremos al cine a ver «Ivanhoe». Después, cuando anochezca, buscaremos los camiones.

—¿Y Daisy y yo? —preguntó Bets—. ¿No podemos acompañaros?

—No —repuso Fatty—. Esto no es cosa de chicas. Lo siento, pequeña Bets. Tampoco podéis venir al cine con nosotros, porque «Ivanhoe» terminará muy tarde y vosotras dos no podéis aguardarnos luego solas por la calle. Es posible que tardemos mucho.

—De acuerdo —resignóse Bets—. ¡Cielos! ¡Qué emocionante! Eres muy listo, Fatty. ¡A nadie se le habría ocurrido mirar en los dobladillos de las cortinas!

—En realidad no hice tal cosa —confesó Fatty, sinceramente—.

Palpé un orillo por casualidad y entonces me fijé que estaba algo tieso. Este descubrimiento descarta a Marian. Ella no robó el dinero. Se limitó a ponerlo a buen recaudo de Wilfrid. ¡Tuvo una idea excelente!

—Entonces, ¿por qué desapareció? —interrogó Daisy.

—Lo ignoro —contestó Fatty—. Esa pieza del rompecabezas no puedo encajarla en ningún lado. ¡De todos modos, vamos progresando!

Después de cenar, los tres chicos salieron para Marlow en sus bicicletas. Desgraciadamente, «Buster» no pudo acompañarlos, porque en los cines no dejaban entrar a los perros. El animalito quedóse aullando con desconsuelo.

«Ivanhoe» resultó ser una película muy emocionante y los tres muchachos disfrutaron de lo lindo. Juntamente con la excitación del film, experimentaban una especie de fruición ante la idea de la maravillosa «aventura» que les esperaba después. Sin aguardar siquiera a ver la segunda película corta del programa, los chicos salieron a la clara noche en cuanto terminó la proyección de «Ivanhoe».

—He averiguado dónde están los establos —susurró Fatty—. Telefoneé preguntando. Los King pensaron que deseaba alquilar un caballo, pero se equivocaron. Los establos no están junto al río, sino en lo alto de la colina.

Tras encender las luces de sus bicicletas, los chicos pedalearon quedamente a lo largo de una carretera secundaria. A poco, Fatty dobló a la derecha, dispuesto a remontar una empinada cuesta.

—Éste es el camino —cuchicheó—. ¡Magnífico! ¡Ya sale la luna! Eso significa que no hará una noche oscura.

Tuvieron que apearse de sus bicicletas debido a la inclinación de la cuesta. Un camino particular bifurcábase a la, izquierda. Los muchachos ascendieron por él, dejando sus bicicletas apoyadas en un seto.

No lejos de allí, aparecieron varios edificios. Tosió un caballo.

—Eso deben de ser los establos —cuchicheó Fatty—. Guardad silencio y avanzad poco a poco, amparados en la oscuridad.

Al parecer, no había nadie en el lugar. Las puertas de los establos estaban cerradas. De vez en cuando, piafaba algún caballo

o relinchaba quedamente.

—¿Dónde guardan los camiones? —musitó Fatty—. No veo ninguno por aquí.

—Mirad —exclamó Pip—. Allí hay otro sendero bastante ancho. A lo mejor están allí.

Los tres ascendieron por el amplio camino. De pronto, apareció la luna, iluminando los surcos de la senda.

—Fijaos —dijo Fatty, deteniéndose súbitamente—. ¿Veis esas marcas de neumáticos? ¿Verdad que son iguales qué las de mi libreta, las que tú copiaste, Larry? Seguramente, las recordarás. ¡Hiciste cuatro copias!

—Sí, «son» exactas —murmuró Larry, sacando su copia.

Y a pesar de la clara luz de la luna, encendió su linterna para verlas mejor.

—Sí, son las mismas. ¡Caracoles! ¡Estamos sobre la bueno pista! Sin duda, Wilfrid valióse de un camión de caballerías para llevarse los muebles y los trajo aquí.

El sendero prolongábase un buen trecho hasta desembocar en un campo. Allí no había caballos, pero los tres amigos divisaron media docena de ellos en un campo lejano.

—¡Mirad! —exclamó Pip, levantando el índice—. ¡Camiones, carros y camionetas!

En efecto, primorosamente alineados en un gran rincón del campo había una hermosa colección de camiones para transportar caballerías. Los chicos se acercaron a ellos.

—Mirad dentro de cada uno —ordenó Fatty.

Había cuatro, pero ninguno estaba cerrado. Los muchachos registraron el interior a la luz de sus linternas; pero, para su desilusión, estaban todos vacíos, aparte de algunas briznas de paja.

—Examinemos los neumáticos —mascculló Fatty, desconcertado —. Busquemos un camión con neumáticos nuevos de diseño bien marcado.

Pero ninguno de los camiones tenían neumáticos nuevos, y los diseños de éstos no se parecían en absoluto a los vistos por Fatty ante la Villa de los Acebos.

Los chicos cambiaron miradas entre sí.

—¿Y ahora, qué hacemos? —inquirió Pip—. ¡Hemos vuelto a

perder la pista!

—Propongo que vayamos a dar un vistazo por los alrededores —murmuró Fatty—. Es posible que Wilfrid escondiera el camión con los muebles.

Así, pues, exploraron los alrededores. Al otro extremo del campo, había un matorral. Fatty vio un camino de herradura qué desembocaba en unos arbustos. Echó a andar por él y, de pronto, llegó a un trecho lodoso donde, claramente visibles, veíanse unas marcas de neumáticos. ¡Al punto, los tres muchachos comprobaron que eran los que estaban buscando! Fatty sacó la agenda.

—¡Sí! ¡Son éstos! ¡Apresuraos! ¡Estamos sobre la pista!

Los tres siguieron avanzando por el camino de herradura, hasta que, al fin, estacionado en un claro, vieron un pequeño camión para transportar caballerías.

—¡Es pardo! —exclamó Fatty—. ¡Y fijaos! Tiene una rascadura en el guardabarros trasero, donde rozó con aquel farol. ¡«Por fin» estamos sobre la pista!

Los chicos forzaron la puerta. Estaba cerrada con llave.

—Me lo figuraba —gruñó Fatty—. Aupadme un poco e intentaré atisbar por la ventana. ¡Un momento! ¡Se me ha caído la linterna!

Tras recogerla, el muchacho la encendió. Entonces Pip y Larry lo auparon para que atisbara por la ventanilla del camión. El cristal estaba roto.

—¡Sí, los muebles están ahí! —cuchicheó Fatty, enfocando el interior con su linterna—. ¡Todos sin faltar uno! ¡Carape! ¡Aguardad! ¿Qué es esto?

Antes de que pudiera añadir una sola palabra más, alguien lanzó un chillido dentro del camión. Pip y Larry se asustaron tanto, que soltaron a Fatty y éste cayó al suelo con un sonoro batacazo.

Un nuevo grito sucedió al primero, seguido de una voz angustiada que decía:

—¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Ayúdenme!

—¿Quién grita? —cuchicheó Pip, alarmado—. Parece ser que hemos asustado a alguien, ¡vámonos!

—No —replicó Fatty—. Ya sé quién es. ¡Es Marian! ¡Canastos! ¡Ha estado aquí encerrada con los muebles!

Capítulo XXI

Marian

—¡Oiga! —gritó Fatty, llamando a la puerta cerrada—. ¡No se asuste! ¿Podemos ayudarla?

Sobrevino un silencio. Luego, una trémula voz procedente del interior del camión, farfulló:

—¿Quiénes son ustedes?

—Tres muchachos —respondió Fatty—. ¿Es usted Marian?

—¡Oh, sí! —asintió la voz—. Pero ¿cómo lo sabéis? ¡Llevo siglos aquí encerrada! ¡El muy bruto de Wilfrid me encerró!

—¡Sopla! —exclamó Fatty—. ¿Cuánto tiempo lleva metida ahí?

—No sé —repuso Marian—. Creo que varios días. ¿Podéis sacarme de aquí?

—Me parece que podré forzar la puerta —murmuró Fatty—. ¡Lástima que la ventanilla sea tan pequeña, Marian! ¡Podría haber salido usted por ella!

—La rompí pensando que alguien oiría el ruido —gimió la pobre Marian—. Y grité hasta que no pude más. El granuja de Wilfrid enganchó un caballo al camión y lo arrastró a un lugar seguro dónde nadie pudiera oírme.

—En seguida la sacaré de ahí —prometió Fatty, tomando un, estuche de piel de pequeñas herramientas.

Y escogiendo una a propósito, procedió a manipular la cerradura de la puerta con ella.

Sonó un chasquido. Fatty dio vuelta al pestillo y la puerta se abrió. Una pálida muchacha apareció en su marco, sonriendo a través de sus lágrimas.

—¡Oh, gracias! —exclamó—. ¡Qué mal lo he pasado! ¿Cómo se

os ha ocurrido venir aquí esta noche?



—Es una larga historia —contestó Fatty—. ¿Quiere usted que la llevemos al lado de su madre? La pobre está muy preocupada por usted. A propósito, ¿ha podido usted comer y beber algo durante su encierro?

—Sí —afirmó Marian—. Wilfrid dejó muchos comestibles en el camión. Claro está que apenas pude probar bocado. Mi primo es un bruto.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —convino Fatty—. Supongo que la molestaba a todas horas exigiéndole que le dijera dónde guardaba el dinero su abuelo.

—¿Cómo sabes todo esto? —inquirió la muchacha, intrigada—. Pues, sí. Wilfrid contrajo unas deudas y pidió dinero a mi abuelito. Pero el abuelo no quiso dárselo. Wilfrid se puso furioso. Sabía que el abuelito guardaba el dinero escondido en algún sitio, y me preguntó dónde estaba el escondrijo.

—¿Y usted lo sabía? —interrogó Fatty.

—Sí —asintió Marian—. El abuelito me lo dijo recientemente; pero yo lo había visto ya muchas veces palpar debajo de las sillas para comprobar si su dinero seguía allí, cuando él pensaba que no le veía. Pero jamás se lo dije a nadie.

—¿Recuerda usted aquella mañana que lavó las cortinas? —inquirió Fatty—. ¿Volvió a preguntarle Wilfrid dónde estaba el dinero?

—Sí, y le dije que lo sabía, pero que nunca lo diría a un sujeto tan mezquino como él. Él me aseguró que sólo deseaba coger un poco y restituirlo más adelante. Pero yo le conozco muy bien y comprendí que jamás lo devolvería.

—Prosiga —instó Fatty.

—Aquella mañana me dijo: «Está bien, Marian. Cuando te marches, volveré acá a registrarlo todo y como hay Dios que encontraré ese dinero». Y a mí me entró un miedo terrible de que cumpliera su amenaza.

—Todo está en orden —aseguróle Fatty—. Los billetes de a libra en el dobladillo de las cortinas —concluyó Fatty.

—¡Cielos! —exclamó Marian—. ¿«Cómo» lo sabes? ¡Supongo que Wilfrid no los ha encontrado! No vivo de inquietud desde que estoy aquí encerrada. Ansiaba decir al abuelito que no se inquietase si no encontraba su dinero, pues yo lo había puesto a buen recaudo; pero no tuve ocasión de advertirle.

—Todo está en orden —aseguróle Fatty—. Los billetes siguen en las cortinas. Es un escondrijo perfecto. Dígame, ¿qué indujo o Wilfrid a llevarse los muebles de la villa?

—Verás —explicó Marian—, aquella tarde Wilfrid acudió a verme a mi casa. Me dijo que había estado en la Villa de los Acebos

y que el abuelito estaba gimiendo y llorando porque su dinero había desaparecido. Entonces Wilfrid me acusó de haberlo robado y me amenazó con dar parte a la policía si no lo compartía con él.

—¡Vaya, vaya! —suspiró Fatty—. ¡Valiente tunante está hecho el tal Wilfrid!

—Le juré que no había tocado el dinero —prosiguió Marian—. Dije que éste seguía escondido en la villa, en un lugar de la sala donde jamás lo encontraría. Y agregué que, al día siguiente iría a buscarlo personalmente para ingresarlo en un banco y evitar así que él se lo apropiase.

—Comprendo —mascullló Fatty—. Y, a altas horas de la noche, Wilfrid fue a buscar con un camión todos los muebles de la sala, a fin de registrarlos a sus anchas y encontrar el dinero antes de que usted lo llevase al banco.

—Eso es, pero no dio con él porque, en realidad, estaba escondido en las cortinas, y no se le ocurrió descolgarlas. Y cuando, después de destrozar los muebles, no logró dar con el dinero, valióse de una estratagema para traerme a este camión y encerrarme dentro.

—Pero ¿por qué? —inquirió Fatty perplejo.

—Estaba fuera de sí de ira —explicó Marian, temblando al mero recuerdo de la escena—. Me dijo que podía hacer dos cosas: buscar yo misma el dinero en los muebles, o, si mentía, decirle dónde lo tenía escondido en mi propia casa. Y aquí he estado desde entonces, chillando y gritando inútilmente, sin conseguir que nadie me oyese. Y todos los días Wilfrid venía a preguntarme si había encontrado el dinero o estaba decidida a decirle dónde lo tenía. ¡Está loco!

—Eso parece —gruñó Fatty—. Ánimo, Marian. Todo está arreglado. Ahora la llevaremos a casa, y mañana nos ocuparemos de nuestro amigo Wilfrid. ¿Querrá usted pasar por la Villa de los Acebos a las diez y media? Estaremos allí todos, y usted misma podrá sacar el dinero de las cortinas.

—«Contad» conmigo —accedió Marian—. ¿Cómo sabéis todo esto? ¡Me sorprende ver a tres muchachos aquí, a estas horas de la noche, contándome estas novedades!

—Véngase con nosotros hasta el lugar donde hemos dejado nuestras bicicletas —rogó Fatty, tomándola por el brazo—. Entre

tanto le contaré algo de nuestra aventura. Oye, Larry, ¿quieres hacer el favor de anotar la matrícula de este camión?

Los muchachos lleváronse a Marian al lugar donde estaban sus bicicletas. Una vez más, pasaron ante los silenciosos establos. Por el camino, Fatty contó a Marian parte de sus investigaciones, ante el asombro de la muchacha.

—¡Pobre abuelito! —lamentóse ésta—. ¡Qué trastorno habrá pasado! ¡Afortunadamente se pondrá bien en cuanto recobre su precioso dinero! ¡Qué listos sois, muchachos! ¿Es posible que lo hayáis descubierto todo solos? ¡Sois más hábiles que la policía!

Fatty condujo a Marian a su domicilio.

—No es tan tarde como se figura —susurró—. Aún no han dado las once. ¿Ve usted? Todavía hay luz en aquella ventana. ¿Quiere que llame al timbre?

—No —repuso Marian—. Entraré por la puerta lateral para dar una sorpresa a mi madre…

Súbitamente, abrazando a Fatty, añadió:

—¡Eres maravilloso! Mañana, a las diez y media de la mañana, estaré sin falta en la Villa de los Acebos, con unas buenas tijeras para soltar los dobladillos.

Dicho esto, la joven desapareció. Fatty aguardó a oír el rumor de la puerta, abriéndose y cerrándose quedamente. Luego dirigióse con sus dos amigos en busca de las bicicletas apoyadas en el seto anterior.

—Buen trabajo, ¿eh? —cuchicheó Fatty, henchido de satisfacción.

—¡Y que lo digas! —convino Larry—. ¡Caray, chico! Cuando oí gritar a Marian en el camión me asusté tanto, que te solté. ¡Apuesto a que te diste un tremendo batacazo!

—No fue nada —tranquilizóle Fatty, de excelente buen humor —. ¡Vive Dios! ¡Qué noche! ¿Quién iba a suponer que Wilfrid habría sido capaz de encerrar a Marian de ese modo? ¡Debe de estar muy apurado para atreverse a hacer una cosa así! Sospecho que ese elegante joven va a pasarlo muy mal.

—Lo tendrá bien merecido por perverso —murmuró Pip—. ¡Qué buena chica es Marian! ¡Estaba «seguro» de que no era ella la ladrona!

Los tres pedalearon velozmente en dirección a Peterswood. Pip empezaba a sentirse inquieto.

—Me parece que «yo» también voy a pasarlo mal —gruñó—, por volver tan tarde a casa.

—Lo mismo te digo —barbotó Larry—, a no ser que a mis padres se les haya ocurrido salir esta noche. Tú tienes suerte, Fatty. Tu familia nunca se mete contigo.

—Soy mayor que vosotros —dijo Fatty—, ¡y más tuno! Si en tu casa te riñen, Pip, limítate a contestar que ocurrió algo inesperado que, de momento, no puedes explicar, pero que quedará aclarado mañana por la mañana.

—De acuerdo —suspiró Pip—. ¿Qué piensas hacer ahora, Fatty? ¡Apuesto a que lo sé! ¡Vas a telefonear al superintendente Jenks!

—Has acertado —sonrió Fatty—. ¡Mereces ser el primero de la clase! Bien, despidámonos aquí. Hasta mañana por la mañana, a las diez y media, en la Villa de los Acebos. Traeros también a las muchachas.

Al llegar a su casa, Fatty recogió la bicicleta y entró por la puerta lateral. Sus padres estaban jugando al «bridge» en el salón.

—No pienso distraerlos —pensó el chico.

Telefonearía al superintendente Jenks desde la habitación de su madre, aprovechando que allí había un supletorio. Así se evitaría hacerlo desde el vestíbulo y podría hablar con más tranquilidad.

Subió, pues de puntillas al dormitorio de su madre y, tras cerrar la puerta, descolgó el teléfono y pidió el número del Cuartel de Policía. Casi inmediatamente, una voz contestó:

—Aquí el cuartel de policía.

—¿Está el superintendente Jenks? —preguntó Fatty—. En caso contrario, llamaré a su domicilio particular. Es importante.

—No está aquí —respondió la voz—. Te daré su número de teléfono particular. «Banks, 00165».

—Gracias —murmuró Fatty.

Y, tras colgar el receptor, efectuó otra llamada pidiendo el número que acababan de darle. Al punto, oyó la voz del superintendente.

—¡Dígame! ¿Quién llama?

—Aquí, Federico Trotteville —contestó Fatty—. ¡Ante todo,

permítame felicitarle, señor, por su muy merecido ascenso!

—Gracias, Federico —dijo el superintendente—, pero no creo que me telefonees a medianoche sólo para decirme esto.

—No, señor. Lo cierto es que hemos trabajado un poco en el caso de la Villa de los Acebos.

—¿De la Villa de los Acebos? ¡Ah, sí! ¡Del viejo a quien le han desparecido el dinero, los muebles y la nieta! ¿No es eso?

En efecto, señor. Pues verá usted…

—Un momento, Federico —interrumpióle el superintendente—. Déjame aventurar una suposición. ¡Has encontrado el dinero, has localizado los muebles y has dado con la chica! ¿Me equivoco?

—No, señor —sonrió Fatty—. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Verás —cloqueó el superintendente—, hace un par de días recibí un informe de Goon en el cual el hombre se quejaba de que Federico Trotteville estaba entorpeciendo la acción de la justicia, inmediatamente supuse que estabas investigando el caso con mucha más eficacia que él. De hecho nuestro policía añadía que estaba seguro de que la muchacha había huida con el dinero y que debía ser detenida en cuanto apareciese.

—¿De veras? —exclamó Fatty—. Pues se equivoca. Oiga usted, señor. ¿Tendría la bondad de ir a la Villa de los Acebos mañana, a las diez y media de la mañana? Allá estaré yo, dispuesto a exponerle los hechos tal como se desarrollaron.

—De acuerdo —convino el superintendente—. De todos modos pensaba ir por ahí para ver qué sucedía. No me gustaba la desaparición de la muchacha. Según, mis informes, es una buena chica. Confío en que nos la traerás, Federico.

—Eso espero —murmuró Federico, procurando parecer modesto —. Y…, ¿estará allí el señor Goon?

—¡Naturalmente! Le mandaré un mensaje para que acuda. ¡Caramba, caramba! ¡No sé por qué no te confiamos todos nuestros casos locales, Federico! ¿Cómo está la pequeña Bets? ¿Ha intervenido también en este asunto?

—¡Por supuesto! ¡Todos nosotros hemos trabajado en él! De acuerdo, señor. Nos reuniremos todos en la Villa de los Acebos mañana a las diez y media. ¡Buenas noches!

Fatty colgó el teléfono y frotóse las manos jubilosamente. ¡Qué

éxito! Ardía en deseos de bailotear por la habitación, pero se contuvo. ¡La habitación de su madre estaba justamente encima del salón y surgirían muchas complicaciones si alguien subiera a cazar el elefante que piafaba allí arriba!

—Iré a buscar a «Buster» —se dijo el muchacho—. El pobre está arañando la puerta de mi cuarto. ¡Ya, voy, «Buster»! ¡Traigo buenas noticias, amigo! ¡Prepárate a ladrar de alegría! ¡Hurra!

Capítulo XXII

Pantomima final

A la mañana siguiente, una porción de gente encaminóse a la Calle del Acebo. Los primeros en llegar fueron Fatty, Larry, Daisy, Pip y Bets, charlando animadamente. Bets y Daisy eran presas de gran excitación desde que, la noche anterior, habían sido puestas en antecedentes de la aventura de Marlow por Pip y Larry.

Fatty remontó el sendero anterior y, sacándose la llave del bolsillo, abrió la puerta. Al verlos, desde la ventana de la casa vecina, el señor Henri levantóse del canapé y, a los pocos instantes, acudió a reunirse con ellos.

—¡Buenos días! —saludó el francés—. Ayer no me dejaste la llave, Federico, y ese joven, ¿cómo se llama?, ¡ah, sí, Wilfrid!, se enojó mucho al enterarse de que no la tenía. Dijo que había olvidado la suya y que deseaba entrar en la villa para ver si todo estaba en orden.

—¿Ah, sí? —exclamó Fatty—. Por lo visto, quería echar otra ojeada a la casa. A Dios gracias, no lo hizo.

—Volverá dentro de un rato —declaró el señor Henri.

—¡Magnífico! —celebró Fatty—. ¡Su visita nos vendrá como anillo al dedo! ¡Cuantos más seamos mejor! ¿Le gustaría quedarse, señor Henri? Dentro de poco, habrá muchas sorpresas aquí, y lo pasaría usted muy bien. Al fin y al cabo, ha colaborado usted en este caso desde el principio.

—Me quedaré con mucho gusto —convino el señor Henri, radiante—. ¡Caramba! ¿Quién llega ahora?

—¡Es Marian! —profirió Fatty, precipitándose a la puerta a recibirla.

La joven tenía mucho mejor aspecto que la noche anterior y los saludó a todos con una sonrisa. Al ver la sala vacía, no pudo menos de exclamar:

—¡Qué raro parece todo sin muebles!

Sus ojos posáronse en las cortinas. Luego, tendiendo una mano, la muchacha palpó uno de los orillos.

—¿Qué dobladillos más estupendos, eh? —comentó Fatty, sonriendo a la recién llegada—. Oiga, Marian, ¿sería usted tan amable de instalarse en el dormitorio trasero hasta que la llamemos? Quiero presentarla como una especie de… sorpresa.

—Sí, allá voy —accedió Marian—. Pero permitidme dejar la puerta abierta. Quiero oírlo todo.

—Estás preparando la escena como si fuésemos a representar una función —cloqueó Bets.

—En realidad, «vamos» a representar una función —corroboró Fatty—. ¿Quién viene ahora?

Era el señor Goon. Al llegar ante el portillo, apeóse de su bicicleta y, llevándola a la puerta anterior, apoyóla en la pared. Saltaba a la vista que el policía estaba algo preocupado.

Fatty acudió a abrirle la puerta.

—¡Bienvenido! —dijo el muchacho.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñó el señor Goon, enfurruñado—. Será mejor que te largues. Va a venir el superintendente. Al parecer, desea hablar privadamente conmigo sobre este caso. Traigo todas mis notas. Conque, lárgate, y procura apartar a ese perro de mis tobillos. De lo contrario, lo denunciaré al superintendente.

—Estate quieto, «Buster» —ordenó Fatty—. ¡Cáspita, señor Goon! ¡Qué fajo de notas lleva! ¡Magnífico trabajo! ¿Ha desentrañado usted el misterio?

—No hay misterio que valga —replicó Goon, despectivamente —. La chica desapareció con el dinero… «y» los muebles. Pero pronto le echaré el guante. Me han informado de su paradero.

—¿De veras? —sonrió Fatty—. ¿Está en este distrito?

—¡No! —resopló Goon—. ¡Está a muchas millas de distancia! Pero mejor será que me calle. No sea que te aproveches de mis ideas. El superintendente y yo tenemos que cambiar impresiones. Conque te aconsejo que te largues antes de que venga. ¡Vamos,

márchate!

—Ahí está —anunció Fatty, al ver detenerse ante el portillo un coche de la policía negro y bruñido.

A poco, apeóse del mismo el superintendente, seguido de un hombre vestido de paisano. Bets precipitóse a su encuentro.

—¡Pero si es la pequeña Bets! —exclamó el policía, levantándola en brazos—. ¡Cuánto me alegro de veros a todos! ¿Cómo estás, Daisy? ¡Hola, Larry, Pip y Federico! Parece que estáis todos muy eufóricos, ¿eh?

—Les he advertido que iba usted a venir, señor, pero no han querido marcharse —refunfuñó Goon, con la esperanza de que el superintendente captase la indirecta y los despidiese.

Mas, en lugar de ello, el policía preguntó a Fatty quién era el señor Henri.

Mientras el chico le ponía en antecedentes, Goon hojeó su fajo de notas, carraspeando.

—¿Tiene usted algo que decir? —inquirió el superindente, volviéndose a mirar a su subordinado, severamente.

—Pues sí, señor —respondió Goon con aire ofendido—. Pensé que deseaba usted verme para hablar de este caso, señor. Si tuviera usted la bondad, de despedir a estos chicos que…

—De ningún modo —repuso su jefe—. A lo mejor, podrán aportarnos alguna ayuda. ¡Hasta es posible que sepan algo que nosotros ignoramos!

—En realidad, es un caso muy sencillo, señor —declaró Goon, con aire de profunda incredulidad—. Se trata simplemente de una mala chica que, tras robar el dinero y los muebles de su viejo abuelo, optó por desaparecer.

—¡Pero si tenía entendido que era una muchacha excelente, Goon! —objetó el superintendente—. Las muchachas como ella no cometen fechorías de la noche a la mañana. ¿Cómo sabemos que robó el dinero?

—Ella no lo robó —intervino Fatty, con gran sorpresa de Goon —. De hecho, nadie lo ha robado.

—¡Estás loco! —espetó Goon, incapaz de reprimirse—. ¿Dónde está, pues, el dinero, si nadie lo robó? Entonces lo sabes tú.

—La muchacha lo escondió —respondió Fatty—. Temía que su

primo Wilfrid se lo llevase si no lo ponía a buen recaudo.

—¡Bah! —exclamó Goon—. ¡Qué cuento! ¡Solo lo creeré si me muestras dónde escondió el dinero la muchacha!

—De acuerdo —murmuró Fatty, acercándose a las cortinas.

E introduciendo el índice y el pulgar en el dobladillo que había descosido el día anterior, sacó un billete de una libra y mostróselo a Goon, al señor Henri y al superintendente Jenks. Las miradas de todos posáronse, asombradas, en el billete, en tanto Goon quedábase boquiabierto de estupefacción.

—¡Vean ustedes! —exclamó Fatty, sacando otro billete del dobladillo, como si estuviera haciendo un juego de manos—. Los orillos de las cortinas están llenos de billetes. ¡Un escondrijo de primera categoría! Supongo, señor Goon, que recuerda usted el detalle de que Marian, la muchacha, estaba lavando y planchando las cortinas la mañana del supuesto robo, ¿no es eso? Pues bien, al presentarse Wilfrid y amenazarla con buscar el dinero en cuanto ella se fuese de la casa, si no se lo daba inmediatamente…

—¡La muchacha, temiendo que lo encontrase, lo sacó de su escondrijo, cualquiera que éste fuese, y descosió los dobladillos de las cortinas para improvisar un nuevo escondrijo! —coligió el superintendente—. ¡Y luego los volvió a coser! ¡Qué chica más ingeniosa!

El señor Goon tragó saliva dos o tres veces sin saber qué decir.

—¡Muy hábil! —comentó el señor Henri, riéndose, alborozado—. Y ahora, ¿querrás decirnos dónde están los muebles desaparecidos?

—¡Bah! —gruñó Goon, incapaz de contenerse.

—¿Decía usted algo, Goon? —interrogó su jefe—. ¿Puede «usted» decirnos dónde están los muebles?

—No —repuso Goon—. ¡Ni yo, ni nadie! Nadie sabe quién se los llevó, ni dónde los escondió. ¡Los he buscado por todas partes!

—¿Y tú, Federico? —inquirió el superintendente—. ¿Puedes aclararnos este punto?

—Sí —contestó Fatty—. Wilfrid y otro hombre vinieron aquí a medianoche y se los llevaron uno a uno.

—¡Bah! —resopló Goon—. ¡Cualquiera diría que fuiste tú testigo del hecho!

—Pues el caso es que lo fui —declaró Fatty—. Los ladrones metieron los muebles en un camión de caballerías matrícula… ¿La tienes ahí, Larry? Eso es, matrícula OKX 143. Y actualmente siguen allí metidos, casi reducidos a astillas, en un matorral próximo a los establos pertenecientes a la casa King de Marlow. Puedo llevarle allí ahora mismo, si lo desea, señor Goon.

—¡Has encontrado el dinero y los muebles, pero no has localizado a la muchacha! —rugió Goon—. ¡En cambio, yo sé dónde está!

—Es usted muy hábil, señor Goon —masculló Fatty—. Hagamos una cosa, ¿quiere? ¡Usted me dice dónde «cree» que está, y luego le diré dónde me figuro «yo» que está!

—Según mis informes, la chica embarcó para Irlanda —gruñó el señor Goon.

—Pues, según los míos, está en la habitación contigua —dijo Fatty con una sonrisa—. ¡Marian! ¿Está usted ahí?

¡Y ante el asombro del señor Goon, Marian entró tímidamente en la estancia! El señor Henri lanzó una exclamación. Y el superintendente, guiñando un ojo a su atónito agente vestido de paisano, exclamó:

—¡Qué pantomima!

El agente asintió en silencio, sonriente.

Entonces, el superintendente, acercándose a Marian, procedió a formularle las siguientes preguntas: ¿Dónde había estado desde su desaparición? ¿Por qué había huido? El agente anotó rápidamente las respuestas de la muchacha, en tanto Goon escuchaba, pasmado.

—¿Así, pues, estos tres muchachos la encontraron anoche encerrada en el camión? —preguntó el superintendente—. ¿Y su primo Wilfrid fue el que la encerró?

—¡Eh, un momento! —interrumpió Goon sin dar crédito a sus oídos—. ¿Dice usted que estos chicos la encontraron en el camión? ¿Cómo «sabían» que estaba allí? ¿«Por qué no me lo dijeron»?

—Federico me telefoneó anoche —contestó su jefe—. Y, a mi modo de ver, obró muy bien, porque es posible que usted no le hubiese hecho caso, Goon.

El señor Goon se dio por vencido y, sonrojándose gradualmente, volvióse de cara a la ventana. ¡Demonio de chico! ¿Por qué siempre

había de salirse con la suya a pleno éxito?

—Y ahora, al único que necesitamos para completar esta simpática reunión, es a muestro amigo Wilfrid —dijo el superintendente—. Supongo que ni siquiera «tú» podrás traérnoslo, ¿verdad, Federico?

Mas sucedió que en el momento en que Fatty se disponía a contestar negativamente a la pregunta del policía, percibióse el chirrido del portillo anterior. Fatty miró por la ventana y vio… ¡al propio Wilfrid en persona!

En efecto, Wilfrid había elegido aquel momento para volver a la casa en busca del dinero y, al ver la puerta abierta, apresuróse a entrar. Pero apenas lo hizo, se detuvo en seco en el umbral. El agente en traje de paisano acercóse a él con disimulo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Wilfrid—. ¿Ha ocurrido algo?

De pronto vio a su prima y, poniéndose muy pálido, balbuceó:

—¡Marian! ¿Qué haces aquí?

—¿Creías que estaba aún en el camión, eh? —murmuró Marian —. Pues te equivocabas. Estoy aquí. He venido a buscar el dinero del abuelo. ¿Ves? ¡Lo escondí en el dobladillo de las cortinas! ¡No conseguirás apoderarte de él, Wilfrid! ¡No podrás llevártelo para pagar tus facturas!

Wilfrid miró con asombro los billetes que Marian iba sacando de las cortinas, y, pasándose la mano por la frente, retrocedió a la puerta con un brusco ademán.

Pero el agente de paisano estaba a su lado y, al punto, asióle por el brazo con dedos de acero.

—No se vaya usted todavía, Wilfrid —dijo el superintendente—. Queremos formularle una serie de preguntas.

Su voz era muy distinta de la jovial y afable entonación que los niños conocían. Bets se estremeció. El superintendente era amigo suyo, un buen amigo suyo, pero, por lo visto, mostrábase implacable, severo e inflexible con las personas como Wilfrid. Éste permanecía ante él, pálido como la cera y temblando de pies a cabeza.

—Oiga, Johns —ordenó el superintendente—. Usted y Goon quédense aquí y oblíguenle a confesar el golpe de la otra noche, dónde aparcó el camión y todos los demás detalles del robo. Luego

llévenlo al Cuartel de Policía. Estaré allí dentro de una hora.

—De acuerdo, señor —asintió Johns, el agente de paisano.

Goon murmuró algo por lo bajo, pero nadie captó sus palabras. En realidad, ¿qué importaban los comentarios del policía? El pobre parecía muy deprimido mientras los cinco muchachos y Marian se alejaban con el superintendente.

El señor Henri los acompañó y despidióse de ellos en el portillo.

—¡Voy a contar «ezta zenzacional hiztoria» a mi «herrmana»! —profirió el francés—. ¡Venid a vernos pronto! «Au revoir».

—¿Adónde vamos? —preguntó Bets, apoyándose en el brazo del corpulento superintendente.

—Escuchad —sonrió el policía—, ¿no hay por aquí algún sitio donde vendan helados y almendrados? He desayunado muy temprano y os veo muy de tarde en tarde. ¡Quisiera invitaros a todos esta mañana, y también a Marian! ¡Parece un poco decaída! ¿Pasó usted mucha necesidad en aquel camión, Marian?

—No pude comer mucho —contestó la muchacha—. Pero ahora estoy muy bien, gracias. Lo mismo digo de mi madre. ¡«Qué» alegría tuvo al verme! ¡De no haber sido por estos tres muchachos, aún estaría prisionera!

—¡Ea, ya hemos llegado! —exclamó el superintendente, deteniéndose ante la atractiva y limpia granja—. ¡Sí! ¡Aquí venden los mejores almendrados que he comido en mi vida! ¡Entremos!

Y entraron todos, con inclusión de «Buster», ante la sorpresa de la menuda mujer al frente del establecimiento, que no esperaba tantos parroquianos de una vez. ¡Sumaban siete en total… y el perro, tan buen parroquiano como el que más por ser tan aficionado a los almendrados y los helados como los chicos!

—Tráiganos veintiún almendrados, por favor —encargó el superintendente—. ¡Mejor dicho, veinticuatro! ¡Perdón, «Buster»! Y, para empezar, una tanda de ocho helados y naranjada para todos, excepto el perro.

—Sí, señor —murmuró la lechera, alejándose contenta y afanosa.

A poco reapareció con la naranjada.

—En seguida les serviré lo demás —prometió.

—¡Brindemos por el día en que Federico Trotteville se convierta

en mi brazo derecho! —profirió el superintendente, levantando su vaso.

Fatty sonrojóse de orgullo, al tiempo que todos bebían cordialmente.

Entonces Fatty, levantando su vaso a su vez, exclamó:

—¡Por mi futuro jefe, el superintendente Jenks!

Y todos apuraron sus bebidas. Tan sólo en el vaso del superintendente quedaba un poco de naranjada.

—¡Tengo que acabármela! —decidió el policía, regocijado—. ¡Por los Cinco Investigadores… y el Perro! ¡Para que puedan desentrañar muchos misterios!

Sí, también nosotros se lo deseamos. ¡Que desentrañen muchos nuevos misterios… y que cada uno de ellos resulte más misterioso que el anterior!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).

Notas

[1] En realidad, es «Green trees» (Arboles verdes), con la grafía figurada de una mala pronunciación extranjera. (N. de la T.) <<

[2] Moneda de plata de dos chelines y medio. (N. de la T.) <<

[3] «Glass» significa «vidrio, cristal», en inglés. (N. de la T.) < <